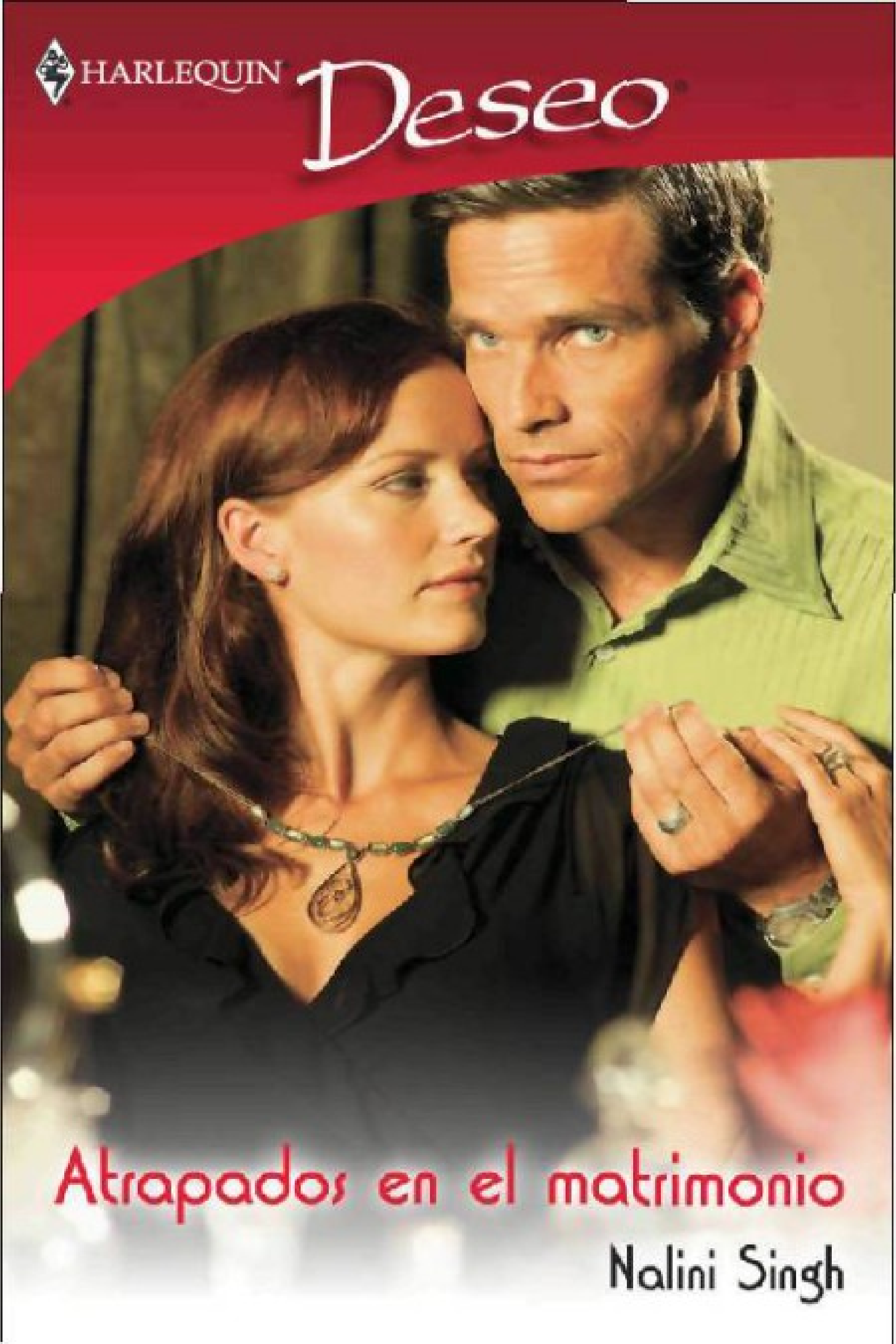

HARLEQUIN
Deseo
Atrapados en el matrimonio
Nalini Singh

Argumento

Era tan peligroso como pactar con el diablo…

El pacto que Jessica Randall había hecho con el rico ranchero neozelandés Gabe Dumont era una auténtica locura. Él salvaría las tierras de la familia de Jessica si se casaba con él y le daba un heredero. Era un plan calculado y totalmente carente de ternura, exactamente igual que el hombre que lo había ideado.

Su relación debería de haber sido sencilla, pero en realidad estaba llena de secretos, celos, desconfianza y amenazas… unas emociones que iban a hacer que a Jessica le resultase muy difícil mantener la distancia necesaria...

Capítulo 1

La última persona con la que Jess Randall esperaba encontrarse al salir del aeropuerto internacional Christchurch era el hombre con el que se iba a casar.

—Gabriel. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Llevas un año viviendo en Los Ángeles y eso es lo único que se te ocurre decir?

Nerviosa, se inclinó y le dio un rápido beso en la mejilla. Se le hacía extraño y frío.

—Lo siento, es sólo que estoy sorprendida. ¿No estás ocupado con el trabajo de la finca?

—Quería hablarte de algo. Pero lo primero es lo primero —dijo, y sin preludio alguno la besó en la boca.

Totalmente aturdida, tuvo que sujetarse de su camisa para evitar perder el equilibrio. Su corazón latía con fuerza y su sangre fluía como un torrente por sus venas. Sentía a su alrededor un poderoso calor masculino que demandaba todo lo que ella podía dar.

Fue el beso más íntimo que habían compartido y lo más cerca que sus cuerpos habían estado. Eso la puso muy nerviosa. Y no porque no le hubiese gustado, sino más bien al contrario.

—Bienvenida a casa —dijo él soltándola.

La mirada de sus ojos verdes era inconfundible, Gabriel Dumont era un hombre que estaba más que preparado para su noche de bodas.

Aún le temblaban las piernas mientras lo miraba agarrar el equipaje. Gabriel la guió a través del aeropuerto hacia las pistas de aterrizaje de los aviones privados. El Jubilee, uno de los dos aviones de Angel Station, estaba esperándolos.

Asustada por las expectativas de Gabe y por la inexplicable reacción ante su roce, se quedó paralizada. Durante el último año se había convencido a sí misma de que su matrimonio sería algo así como un asunto de negocios, sin considerar lo que realmente significaba convertirse en la esposa de Gabriel, ser tocada y acariciada de tal manera que la distancia que necesitaba para sobrevivir aquel trato, desaparecería.

El se sentó a su lado, en el asiento del piloto, y tomó el control. Era un hombre que sabía lo que quería y cómo lo quería; cuya prometida nunca podría ser ignorada.

Aunque era alto, fuerte y musculoso, sus movimientos eran como los de un semental salvaje en todo su esplendor: saludable, magnifico y orgulloso. Las cicatrices de su brazo izquierdo y de su espalda no le quitaban nada de atractivo, todo lo contrario puesto que acentuaban la irresistible sensación de masculinidad que lo rodeaba. A la que había que añadir aquellos ojos de un intenso color verde y su cabello aclarado por el sol. Casi parecía que se había puesto más guapo durante el año que había durado su ausencia.

El atractivo de Gabe era como el de un tigre: salvaje, peligroso y sin duda intocable. Una vez más, pensó en la locura de su decisión de casarse con un hombre del que sabía tan poco, a pesar de que habían crecido siendo vecinos.

—Entonces, ¿qué has aprendido en Los Ángeles? —preguntó él, después de un rato de vuelo.

Aún aturdida por el efecto de aquel beso, Jess tuvo que luchar consigo misma para mantener la calma en su voz.

—Que puedo pintar.

—Los dos sabíamos eso, Jess. Fue el motivo por el que te fuiste a los Estados Unidos.

Ella había ido a estudiar con el renombrado pintor Genevieve Legraux.

—Es verdad. Quiero decir que me he dado cuenta de que podría ganarme la vida pintando.

Había sido un descubrimiento asombroso para una mujer que había pasado su vida entera ayudando a sus padres con la cría de las ovejas y que apenas había podido dedicar tiempo a su afición.

—Genevieve me animó a presentar mi trabajo a algunas galerías.

Ella nunca se había atrevido a enviar algo a Richard Dusevic, el dueño de una galería de Auckland, que tenía muy buenos contactos y que podía lanzar o destruir la carrera de un artista.

—Nunca mencionaste nada de eso cuando te llamaba.

Ella se encogió de hombros, pensando en aquellas conversaciones de dos veces por semana. Habían durado apenas unos minutos y siempre la habían dejado confusa.

—Quería mostrarte las pinturas. Deberían llegar pronto, las envié

por barco.

El asintió con el reflejo del sol sobre su pelo.

—¿Echarás de menos Los Ángeles?

—No —dijo ella mirando a través de la ventana.

Estaban pasando sobre las planicies de Canterbury. Pronto estarían en Mackenzie Country, un impresionante paraíso oculto en las sombras de los Alpes del sur de Nueva Zelanda y el único lugar que ella había llamado su hogar.

—Necesitaba salir de aquí una temporada, pero no para siempre. He vuelto para quedarme.

—¿De veras?

Ella se volvió, advirtiendo un extraño tono en las palabras de Gabe.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? Nos vamos a casar... a menos que hayas cambiado de parecer.

Quizás él se había enamorado realmente de una de esas mujeres sensuales y seguras que pasaban por su cama en un desfile interminable. Jess apretó los puños sólo de pensarlo.

—Yo estoy listo. Eres tú la que me preocupa —dijo él mientras hacía un pequeño ajuste en los controles.

—Prometí que volvería preparada para casarme y así lo he hecho.

Debido al fallecimiento de su padre y a la ejecución hipotecaria de la finca Randall, Jess no había tenido la fuerza suficiente para convertirse en la esposa de nadie doce meses atrás y mucho menos de un hombre como Gabriel.

—Damon y Kayla se han separado.

Jess no entendió el sentido de aquellas palabras.

—¿Cómo? Creí que me dijiste que Kayla estaba embarazada.

—Y lo está. Tu novio la dejó hace tres meses.

Fue como un puñetazo.

—Damon es mi amigo, nada más —dijo ella mientras apretaba sus puños con más fuerza.

—Pero te gustaría que fuese algo más, ¿verdad? —preguntó mirándola con unos ojos tan fríos que podía ver en ellos su propio reflejo.

—Sí, pero él nunca me ha amado, no como ama a Kayla —admitió ella, a pesar de su humillación.

—Pues no lo parece. El muchacho va detrás de todo lo que tenga

un par de pechos.

Esas palabras tan directas hicieron arder de rabia sus mejillas.

—No es un muchacho, tiene mi misma edad.

Veintiséis años era edad suficiente para haber madurado.

—Ahora mismo está actuando como un niño.

Gabe ignoró su comentario. A sus treinta y cinco años, era nueve años mayor y la diferencia de edad nunca había sido tan evidente como en momentos como éstos.

—¿Cómo sucedió? ¿Y por qué no me lo dijiste antes? —preguntó ella.

Él le dedicó una mirada extraña.

—¿No te lo dijo Damon?

—¿Qué? No, no hemos hablado desde que me fui —dijo llevándose el cabello detrás de las orejas.

—¿Nunca?

—No —mintió ella, tratando de no pensar en esa única llamada telefónica que Damon había hecho desde un bar cuatro meses atrás. Estaba borracho, pero había dicho cosas que ningún hombre casado debería decir… cosas que ella no debería haber escuchado.

—¿Y es definitivo?

—El rumor es que están a punto de divorciarse.

—Pobre Kayla.

—¿Hipocresía Jess? No esperaba eso de ti.

Sus mejillas ardieron de nuevo.

—No importa lo que pienses, no le desearía esa clase de sufrimiento a ninguna mujer. A menos que… ¿Fue ella quien pidió la separación?

—Por cómo se encuentra, no lo creo.

—No puedo creer que Damon haya puesto fin a su matrimonio.

—Tal vez se haya dado cuenta finalmente de a qué había renunciado. ¿Qué es lo que vas a hacer? —le espetó.

—¿Hacer?

—Vamos a casarnos mañana, así que si pretendes ir tras Damon, será mejor que me lo digas ahora.

Jess respiró hondo.

—¿Cómo voy a tomar una decisión en este instante?

—De la misma forma que decidiste casarte conmigo y usar mi dinero para ir a Los Ángeles.

—¡No me digas eso! Estuviste de acuerdo en que me fuera durante un año.

—Contesta la maldita pregunta. ¿Quieres casarte o no?

La verdad es que ella no tenía otra opción. Si se retractaba, perdería su último y frágil lazo con la tierra que una vez fue la finca Randall.

—¿Cuánto dinero quieres por Randall?

Gabe nunca había estado particularmente interesado en Randall. La única razón por la que había intervenido en la ejecución hipotecaria era que ella había acudido a él implorándole. Pero eso no cambiaba el hecho de que ahora, él era su dueño. Y de ella también.

—No tenías esa cantidad de dinero entonces y no la tienes ahora. Ni tampoco Damon —replicó él.

Aquello era cierto. También estaba en deuda con él por aquel año en Los Ángeles, cuando tanto necesitaba madurar. Y madurado era exactamente lo que había hecho. Amaba a Damon, pero le había hecho una promesa a su padre en su lecho de muerte y la mantendría. Siempre habría un Randall en esa tierra.

—Me casaré contigo.

—Firmarás un acuerdo prenupcial.

Ella entendió su intención.

—No trataré de recuperar la tierra con un divorcio. Tú la compraste.

Y al hacer eso, él la había salvado de las inmobiliarias que la hubieran destruido completamente.

Pagar el precio que él había pedido, el matrimonio, no le había parecido un sacrificio tan grande entonces. Sobre todo porque había imaginado que aquel matrimonio no requeriría nada de ella en términos afectivos, dejando su cuerpo y alma a salvo. Nunca se le había pasado por la cabeza que Gabe no le permitiría mantener la distancia hasta que la besó.

—Mi abogado traerá los papeles mañana por la mañana.

—Bien.

El dinero de Gabriel nunca había sido lo que ella buscaba. Era el temor a perder el derecho a pisar aquella tierra lo que no podía soportar.

El silencio llenaba la cabina. Jess reposó su cabeza en el asiento y trató de olvidar el nudo en su garganta. Damon se había separado.

Una pequeña y egoísta parte de ella, la parte que había amado a Damon, quería decirle a Gabe que suspendía la boda. Pero había dejado de mentirse a sí misma hacía mucho tiempo. Aunque Damon volviera a estar soltero, sabía que nunca había sido para él más que una amiga.

Para contrarrestar esa lógica, su mente insistía en recordar la inesperada llamada telefónica de Damon y las cosas que había dicho. Tragó saliva y recordó que estaba borracho. Seguramente, no había reparado en lo que le había dicho.

—¿Por qué has adelgazado? —preguntó Gabe en un tono que cortaba el aire como con un cuchillo.

—Porque sí.

Seguramente se debía al estrés de los primeros meses en una ciudad extraña.

—Pensé que te agradaría —dijo ella, recordando que las mujeres que habían estado con él, siempre habían sido bellezas delgadas y esbeltas.

—No me estoy casando contigo por tu cuerpo.

—No —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

A pesar de ese beso inesperado, sabía demasiado bien que ese exitoso, rico y extremadamente atractivo Gabriel Dumont no se estaba casando con ella por su cuerpo. Tampoco por su inteligencia o su vasto conocimiento de la vida en una finca de ganado. No, Gabriel se estaba casando con ella por la simple y práctica razón de que, a diferencia de todas las otras mujeres con las que él había estado, Jess no tenía ilusiones románticas.

Ella no quería ni esperaba que él la amara, ni ahora ni nunca. Y eso la convertía en la candidata perfecta para casarse con un hombre que no tenía capacidad de amar y que no quería molestarse en tener una esposa que incomodara su vida con sueños románticos.

—Compré un vestido en Los Ángeles para la boda —dijo ella, en un esfuerzo por llenar el vacío entre ellos.

Gabriel no podía dar crédito a la aparente calma de Jess.

—¿No estás ni siquiera un poco dubitativa?

—Me diste un año. Ahora estoy preparada.

Una frase vino a la mente de Gabriel.

—Necesito saber quién soy antes de convertirme en la señora Dumont por el resto de mi vida… Nunca he aprendido a

arreglármelas sola y me hará falta estando contigo —le había dicho antes de irse a Los Ángeles, a modo de petición desesperada aquella noche en que tomaron la decisión de casarse un año atrás.

Era la hija única de unos padres mayores y había estado luchando por mantenerse a flote durante los tres meses posteriores a la muerte de su padre. Aun así, había tenido el coraje de decirle a la cara a Gabe algo a lo que muchos nunca se habrían atrevido, que él era capaz de destruir una personalidad más suave y menos poderosa con su pragmatismo imperdonable.

La mujer que había a su lado no parecía la misma de doce meses atrás, excepto por ese subyacente hilo de coraje.

—Bien —dijo él, sin estar seguro de si le gustaba aquella respuesta.

Había elegido a Jess porque sabía que no le pediría nada a cambio. Todo lo que le preocupaba a ella era mantener la vieja finca Randall Station de su familia.

—Tú... ¿No has encontrado a otra mujer?

—Quiero que seas mi esposa, Jess. Quiero que vivas en Angel Station, tomes mi nombre y tengas mis hijos.

Gabe se aseguró de que ella escuchara la determinación en su voz. El había tomado una decisión y se mantenía aferrado a ella.

El hecho de que ella no sintiera nada por él no le desconcertaba en absoluto. Había decidido hacía mucho tiempo que el amor no formaría parte de su matrimonio.

—A diferencia de Damon, he cumplido mi palabra.

—¿Vas a mencionar su nombre en cada conversación que tengamos?

Al oír su reproche, la miró. Tenía los ojos entrecerrados y los brazos cruzados, lo que le pareció divertido. A pesar de que hubiera madurado, Jess seguía siendo un peso pluma comparada con él.

—¿A quién quieres invitar a la boda?

Jess resopló y sacudió la mano, agitando los rizos pelirrojos de su cabello. Gabe reparó en su pelo. Era una de las cosas que no había cambiado en Jess, esa salvaje y sedosa mata de cabello, tan incongruente con su tranquila personalidad.

—Me gustaría que no fuese muy concurrida y si invitamos a algunas personas de Kowhai, y no a otras, causaría algo de resentimiento. ¿Y si lo limitamos solamente a la gente de la finca?

Kowhai era la ciudad más cercana.

—¿Y nadie más?

—No. ¿Acaso la gente sabe…? —comenzó Jess.

—Algunos lo han adivinado desde que escucharon que volvías e irías directamente a Angel Station.

Gabe se estiró para alcanzar un interruptor y ella se quedó observando la fuerza debajo de esa piel dorada.

—Una vez celebremos la boda, los rumores quedarán confirmados.

Jess asintió, incapaz de dejar de pensar que muy pronto las manos de Gabe estarían tocando cosas mucho más íntimas que los controles de un avión. Ese pensamiento amenazó con reavivar su pánico, pero luchó por calmarse. Gabriel nunca respetaría a una mujer débil.

—Eso lo hará más fácil.

—¿Qué te parece mañana a las cuatro de la tarde?

La garganta de Jess estaba tan seca que tuvo que toser un poco para aclararla.

—Está bien.

No había motivos para esperar. Habían hecho un trato durante una noche lluviosa un año atrás y le había llegado el momento de pagar.

Capítulo Dos

—He puesto tus cosas en la habitación de invitados por esta noche.

Gabe colocó las manos a ambos lados de Jess, posándolas sobre la barandilla. Ella sintió el calor masculino de su pecho contra su espalda y se le revolvió el estómago aunque sabía bien que él jamás la forzaría. Gabe podía ser despiadado, pero si ella decía no, él se detendría.

—¿Sólo por esta noche? —preguntó ella, observando la grandeza de los Alpes a la distancia. Ubicado en la cuenca debajo de esos magníficos gigantes, Mackenzie ofrecía una vista sensacional incluso al final del invierno. Pero ni la hermosura de su tierra natal podía calmarla en este momento.

—No puedes pretender que... ¿tan pronto?

—Pronto estaremos casados, Jess.

—Lo sé, pero no podemos...

—Fui sincero contigo acerca de querer hijos.

Jess tuvo que hacer acopio de todo su coraje para continuar enfrentándose a la férrea voluntad de Gabe.

—Sólo digo que necesitamos tiempo para acostumbrarnos el uno al otro de esa manera.

—¿De qué manera?

Las palabras fueron pronunciadas sobre la sensible piel de su cuello como una cálida caricia de su aliento.

El deseo fluyó como una ráfaga por las venas de ella, una conmoción que amenazaba con obnubilar su juicio.

—Sabes lo que estoy tratando de decir.

—No he tenido relaciones en un año. Si quieres más tiempo, búscate otro hombre —dijo él.

—No puedo creer que hayas dicho eso. ¿Me estás diciendo que cancelarás la boda si no tengo sexo contigo ahora mismo? —dijo ella tratando de darse la vuelta, pero él no la dejó; su cuerpo era una trampa que la envolvía.

—Piénsalo, Jess. ¿Por qué nos estamos casando? Tú quieres

mantener Randall Station en tu familia y yo tengo treinta y cinco años, estoy en una etapa de mi vida en la que quiero hijos que aseguren el futuro de Angel Station. En esencia, ambos nos casamos para tener herederos. ¿Si no estás dispuesta a hacer lo que se necesita para tenerlos, de qué sirve?

Era una representación brutalmente práctica de su trato, dolorosamente cierta. Y la puso furiosa. ¿Por qué no había tratado de suavizar las cosas cuando ella más lo necesitaba?

—Soy virgen, Gabe. Por lo que si cometo algunos errores mañana, tendrás que disculparme.

El se quedó completamente rígido.

—¿Qué es lo que has dicho?

Estaba orgullosa de haberlo pillado desprevenido por una vez, a la vez que nerviosa por lo que acababa de decirle.

—Ya me has oído.

—¿Me estás diciendo que Damon nunca intentó nada?

Sí él hubiera sido cualquier otro hombre, habría pensado que la pregunta era un intento deliberado de echar sal sobre heridas aún abiertas. Pero ése no era el estilo de Gabe, que prefería atacar directamente.

—No.

—¿Y no encontraste otro amante? Por supuesto que no. Estabas esperando que Damon se enamorara de ti —dijo él respondiendo su propia pregunta antes de que ella pudiera decir nada.

Su suposición acertada y cruel dio justo en el clavo.

—Los dos sabemos que eso no pasó, así que tengo menos experiencia de lo que podrías estar acostumbrado.

Las mujeres de Gabe siempre habían rebosado sensualidad y una evidente y oscura experiencia en sus ojos.

—Muy bien. Te entrenaré yo mismo.

Jess se quedó de piedra.

—Espero que eso haya sido una broma.

El inclinó su cabeza hasta que sus labios quedaron casi tocando los de ella.

—Creí que lo sabías, no tengo sentido del humor.

Gabe la besó de una manera nada suave o gentil, sino con una arrogancia y resolución masculina que la hizo abrir su boca para él.

Como en el aeropuerto, Jess se quedó helada. Pero esta vez el

beso no terminó en un instante. Ella lo sintió como una hoguera y se encontró a sí misma agarrándolo sin saber cómo había llegado allí, con su cuerpo presionado contra el de él, su mente inundada de una necesidad auténtica. Cuando al fin la soltó, fue sólo para dejarla tomar un respiro. Luego la reclamó una vez más.

Los pensamientos de Jess se esparcieron como un millón de granos de arena bajo el estruendoso oleaje.

Gabe se tomó su tiempo para saborearla, disfrutando de la calidez de sus labios. No tenía ninguna duda de que estaba respondiendo a sus instintos más primitivos. Era exactamente lo que pretendía conseguir. Aunque Jess amara a otro hombre, iba a gritar el nombre de su marido en la cama.

Lo que no esperaba encontrar era el exquisito placer que le daba y eso no le gustaba. La pasión había saboteado sus mejores planes. Al elegir a Jess, había tomado la decisión de esquivar el deseo. Pero allí estaba ella, entregándose a sus brazos.

Gabe rompió el beso y la observó recuperar el control, mientras respiraba entrecortadamente. Tenía los labios húmedos y los ojos cerrados. Se sentía tentado a besarla otra vez, pero se contuvo.

Jess abrió los ojos. El acarició sus labios.

—No tendremos problemas en la cama.

La dulce sumisión femenina desapareció al instante.

—Déjame ir. Ya has dejado claro adonde querías ir.

Gabe la soltó y retrocedió tratando de recuperar el control bajando los ojos para observar cómo se habían endurecido los pezones de Jess, que se ruborizó, pero no hizo ningún esfuerzo por ocultarlos. Disfrutaría poseyéndola.

—Duerme algo. Mañana será un día agitado. Y Jess, recuerda, no soy un hombre que deje escapar lo que es suyo.

La señora Croft, cocinera y ama de llaves de la casa principal de Angel Station, estaba atareada en la cocina cuando Jess bajó las escaleras a eso de las siete de la mañana del día siguiente.

—¿Por qué te levantas tan temprano, mi niña?

La mujer, mucho mayor que Jess, acarició su mejilla. Siendo amiga de la madre de Jess, las dos se conocían desde hacía mucho tiempo.

—Échale la culpa al cambio de horario. ¿Dónde está Gabe? —dijo Jess tratando de no pensar en la despiadada forma en la que éste había demostrado su vulnerabilidad ante él.

No debería haberse sorprendido. Gabe tenía la reputación de un adversario con voluntad de acero en los negocios. ¿Por qué había supuesto ella que sería diferente como esposo?

—Se ha ido a revisar las existencias con Jim, el capataz. Ese hombre no se da cuenta de que es el día de su boda y de que debería estar nervioso —dijo la señora Croft.

Jess casi se rió ante la idea de Gabe poniéndose nervioso por algo. Pero ese día, no sentía ganas de reírse por nada.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? —dijo Jess pensando que al mantenerse ocupada quizá podría evitar pensar en todas las cosas que tenía en la cabeza.

Pero la mujer negó.

—Siéntate a desayunar. Luego tendrás tiempo de ponerte guapa para la boda.

Jess comió lo que había de desayuno, pero si alguien le hubiera preguntado qué había comido, no habría podido decirlo. Su mente estaba demasiado ocupada con otras cosas. Su corazón, la parte que siempre había estado enamorada de Damon, seguía insistiendo en que estaba cometiendo un terrible error y que debería cancelar esa boda. Tal vez Damon...

No. Kayla estaba embarazada. Jess no se lo perdonaría si algo le sucediera a la madre o a su bebé por su culpa. Y lo cierto era que Damon había tenido más de dos décadas para enamorarse de Jess. Pero siempre había escogido a otra mujer.

Pero, ¿y aquella llamada telefónica? La locura le susurraba de nuevo, preguntándole si no recordaba lo que...

—¡No! —dijo apartando el plato vacío—. Creo que iré a dar un paseo para despejarme.

—Gabe está afuera, cerca del granero del oeste —dijo la señora Croft asintiendo.

Jess sonrió agradecida y salió. Después de la noche anterior, su futuro esposo era la última persona a la que quería ver. Porque durante aquellos minutos en la barandilla, él había hecho desaparecer todo lo que siempre había pensado sobre sí misma. ¿Qué clase de mujer amaba a un hombre y besaba a otro con tanto deseo?

Dos de los perros pastores pasaron corriendo a su lado y luego volvieron a dar una vuelta alrededor de Jess antes de decidirse a seguir adelante. La interrupción fue precisamente lo que ella necesitaba. Respirando profundamente el fresco aire de la mañana, miró a su alrededor contemplando las verdes colinas con sus ovejas esparcidas aquí y allí, las resistentes flores silvestres, más hermosas que las de cualquier jardín cultivado y por encima de todo aquello, el interminable cielo azul.

Su cuerpo y su mente se relajaron. Aquello le gustaba. Esa tierra era donde ella estaba destinada a vivir, cada parte de ella lo sabía.

Los perros ladraron y se alejaron corriendo. Ella los siguió, observando en la distancia el granero del oeste. Era la única estructura que había sobrevivido el catastrófico incendio veinticinco años atrás. Su padre había sido uno de los que había ido a combatir las llamas esa noche, pero nadie había sido capaz de detener el gran incendio. Como una bestia suelta venida de alguna región infernal, había devorado casi todo.

Cuando llegó al viejo edificio, decidió abrir la puerta y mirar a su alrededor, pero eso fue antes de ver quién estaba dentro.

—La señora Croft dijo que estabas en el otro granero.

Gabe estaba colocando las balas de paja.

—¿Tan ansiosa estás por verme? —dijo él quitándose los guantes y colocándolos en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo ella negándose a dejarle ver cuánto la aturdía su presencia.

¿Pero por qué seguían sus ojos observando los sudorosos músculos de los brazos de Gabe, marcados por las mangas cortas de su camiseta?

—Necesitamos hacer un poco de sitio aquí y todo el mundo está ocupado.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo ella raspando el suelo con su zapato.

Su respuesta fue un gruñido mientras se ponía la chaqueta de piel de oveja que aparentemente se había quitado antes. Tomando eso como una afirmación, ella prosiguió.

—Después de la boda, en algún momento, tal vez mañana o pasado mañana... ¿Te importaría que visitáramos a mis padres?

Los padres de Jess estaban enterrados uno al lado del otro en el

cementerio de la familia Randall, a unos sesenta minutos en automóvil. Aunque la finca Angel tenía una gran extensión, la casa principal había sido construida relativamente cerca de la de la finca contigua.

—Por supuesto que no me importaría —dijo él.

Los rasgos de su rostro eran duros, pero Jess advirtió una leve muestra de ternura.

Su comprensión probablemente no pasaría de su siguiente petición, pero debía intentarlo puesto que no estaba dispuesta a dejar que Gabriel Dumont aplastara su mente o su espíritu.

—Quiero visitar a tu familia también.

Hubo un silencio.

—No tengo recuerdos de ellos, pero sé que Michael tenía cuatro años y Angélica era aún más pequeña.

No hubo respuesta, pero ella insistió.

—Ellos eran tu familia. Deberíamos recordarlos.

—Está bien. ¿Estás lista para la boda? —dijo él secamente, pero al menos había consentido.

Luego señaló la puerta con un gesto de su cabeza. Ella la abrió, sus palmas estaban sudando a pesar de la baja temperatura.

—Tan lista como jamás lo estaré.

Salieron y se encaminaron hacia la casa principal.

—No tendremos tiempo para una luna de miel.

—Está bien —contestó ella con sinceridad.

La idea de pasar las veinticuatro horas del día con Gabe en algún destino romántico, hacía que el estómago se le hiciera un nudo. Jess estaba a punto de decir algo más cuando un automóvil azul oscuro que se dirigía a la casa, llamó su atención. Lo seguía un vehículo casi idéntico de color verde oscuro.

—¿Invitaste a alguien más?

—Ese es David Reese, mi abogado. El otro coche será el de Phil Snell, tu abogado.

—¿El mío? —preguntó ella acelerando el paso para igualar el de Gabe que ahora caminaba más rápido hacia la casa.

—Si firmas el arreglo prenupcial sin asesoramiento legal independiente, podrías cuestionarlo en cualquier momento.

—Ah.

No hablaron nada más durante el resto del camino. Los dos

abogados parecían agradables a primera vista y cuando Phil la apartó para hablar en privado, Jess se dio cuenta de que no era más que un títere. Evidentemente, Gabriel quería dejar las cosas bien atadas.

—Si el señor Dumont y usted se divorcian, no tendrá derecho sobre esta tierra ni podrá reclamarla. Pero obtendrá una liquidación monetaria substancial dependiendo de la duración del matrimonio. Es un buen trato. Su prometido es un hombre generoso —resumió Phil.

Aquello nunca había sido un asunto de dinero, de legados, de promesas y de lealtad.

—¿Dónde firmo?

Una vez terminada la reunión, subió a su habitación con una sensación dolorosa en su interior. Parecía un error que el día de su boda comenzara de aquella manera, con una discusión sobre dinero y activos. ¿Pero qué otra cosa había esperado? La finca Angel Station era el latido del corazón de Gabe y como su futura esposa, ella estaba en un puesto muy bajo de su lista de prioridades que él tenía.

—Nada que no supieras ya —susurró para sí misma, acariciando con su mano el satén marfil de su vestido nupcial. ¿Entonces por qué estaba tan segura de que iba a cometer el peor error de su vida?

Unas palabras vinieron a su mente. "Te echo de menos, Jessie. Nunca debí dejarte ir. Vuelve a mi..."

Temblando, tomó el teléfono y comenzó a marcar un número de memoria. Los primeros seis dígitos fueron fáciles, pero una lágrima se deslizó por su mejilla cuando su dedo estaba a punto de marcar el último. No. Sacudiendo su cabeza, colgó antes de ensuciar la memoria de su padre y su amor propio en un esfuerzo por correr detrás de un sueño imposible.

Unas horas después, su mano apretaba con fuerza los delicados tallos de su ramillete. Tener a Gabe a su lado debiera haberla consolado, pero sólo incrementaba la tensión que le revolvía el estómago.

El era un hombre que jamás se doblegaría a la ternura. Ciertamente, no para su prometida.

—Jessica Bailey Randall ¿Aceptas a este hombre como tu legítimo esposo?

Y aun allí, algo dentro de ella estaba esperando que la voz familiar de Damon detuviera la boda. Si lo hubiera hecho, ella habría

renunciado a todo, a sus principios, a sus promesas, a sus lealtades. Pero Damon no apareció, como no había aparecido el día anterior, aunque todo el mundo en Kowhai sabía que ella había vuelto.

Ella apretó su mandíbula.

—Sí, acepto.

Sus ojos observaron a Gabe mientras lo dijo y se asustó. Gabriel Dumont era un hombre que se aferraba a lo que poseía. Por supuesto que sería posesivo con ella, sin importar el hecho de que la había elegido por razones distintas a la pasión.

Por lo que a Gabe concernía, ahora ella era suya.

Jess se estremeció al oír un estruendoso aplauso y se dio cuenta de que se había perdido el resto de la ceremonia.

—¿Jess?

Saliendo de la confusión, miró a Gabe.

—¿Qué?

Había algo muy varonil en sus ojos. Apartó un rizo que se había escapado del moño de Jess.

—Quieren un beso. Y yo también lo quiero.

—Ah.

Jess pudo sentir cómo sus mejillas se ruborizaban mientras se ponía de puntillas con una mano sobre el hombro de Gabe, quien deslizó su mano a lo largo de la nuca de su esposa. La aspereza de su piel era una caricia erótica para la que no estaba preparada. Trató de reprimir un gemido, pero él la oyó. Sonriendo, la atrajo hacia él y puso la otra mano sobre el final de su espalda. Luego, la besó.

Poseída de manera absoluta e innegable, así se sintió. Tampoco pudo evitar que su cuerpo se fundiera con el de él y los brazos rodearan su cintura, con el sentido y la razón obnubilados bajo una avalancha de sensaciones penetrantes.

Un inesperado aullido de lobo rompió el momento, incitándola a separarse. Pero sólo consiguió liberarse cuando él la soltó. Un segundo antes de que él se girara para dar la cara a los demás, ella vio algo en sus ojos, satisfacción y mucha impaciencia.

Gabriel estaba listo para cerrar el trato de una manera física.

Capítulo Tres

Después de cuatro horas interminables de baile y champán, Jess no sabía qué ponerse. De lo que estaba segura, era de que no iba a ser el ajustado camisón que la señora Croft le había regalado.

Pero si usaba su vieja camiseta favorita, Gabe podría pensar que estaba siendo deliberadamente provocativa, desafiándolo a él y a las explícitas reglas en su acuerdo. No tenía ninguna duda de que él pondría fin inmediatamente a su acuerdo si no lo cumplía hasta sus últimas consecuencias.

Seguía frente al armario, pensando qué ponerse. Por ello, no reparó en que la puerta que conectaba su cuarto con el cuarto principal se abrió.

Con el corazón latiendo con fuerza contra sus costillas, se giró para mirarlo.

—Pensé que estabas abajo.

Gabe se había remangado los puños y estaba ahora desabrochando los dos botones superiores de su camisa blanca. Su piel estaba bronceada.

—Pensé que mis asuntos con Jim podían esperar.

Ella se llevó una mano al cabello y luego la dejó caer de nuevo, sin saber muy bien qué hacer.

—Todavía no estoy lista.

—Yo me encargaré de eso —dijo Gabe sonriendo lentamente, sensual y complacido.

Ella se ruborizó, aunque había tratado de prepararse para estar tranquila durante todo aquel asunto. Con lo que no había contado era con el total impacto de Gabriel Dumont. Y aquella noche, él tenía puesta toda su atención en ella.

La respiración de Jess se aceleró. No podía concentrarse bien, su visión estaba limitada y lo único en que se podía fijar en aquel momento era en su marido. Él puso las manos en su cintura y su sonrisa cambió, pasando a una expresión más oscura y sexual. El cuerpo de ella respondió a ese cambio con una calidez que la sorprendió y la devolvió a un instante de claridad mental.

Jess levantó las manos y las puso sobre el pecho de Gabe con la vaga idea de apartarlo un poco. Pero se dio cuenta de que aquella inútil barrera no lo detendría puesto que su propio cuerpo estaba preparado. Y cuando el calor de Gabe penetró el delgado algodón de su camisa, ella se encontró más ansiosa aún.

Dejando una mano sobre la cintura, él comenzó a quitarle las horquillas del cabello con su otra mano.

—Me gustan tus rizos, Jess —dijo en una austera y viril aprobación.

—Se ha vuelto más caoba con el paso de los años —dijo ella sin saber por qué había hecho ese comentario vacío.

Como si a él le importara que fuera pelirroja. Antes de adelgazar, consideraba su pelo su mejor arma. Y a Gabriel le gustaba. Eso no debería haberle importado, pero no fue así.

Gabe continuó quitándole las horquillas y dejándolas caer al suelo.

—No quiero que te lo cortes.

Ella emitió un sonido ininteligible y él sonrió con un brillo en sus ojos.

—¿Serias capaz de cortártelo para enfadarme?

Lo cierto es que se le había pasado por la cabeza un segundo antes, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Sobre todo cuando ni ella misma entendía muy bien por qué. No parecía estar dispuesta a disfrutar nada de aquel matrimonio que parecía destinado a ser una fría transacción.

—¿Has quitado todas las horquillas?

—Eso parece —dijo él hundiendo sus dedos en el cabello de Jess.

Gabe acarició su nuca y ella se estremeció.

¿En qué estaba pensando? Era completamente incapaz de mantener su fuerza frente a aquel hombre y eso disparó su pánico.

—Gabe, no tienes por qué ir despacio. Acabemos con esto cuanto antes.

Era un intento malintencionado de provocarlo. Un Gabriel enfadado sería mucho más fácil de resistir que este hombre tentadoramente seductor y con esa habilidad para encender cosas en ella que deberían estar muertas para él.

Pero la única reacción de él fue negar con la cabeza.

—No, Jess. No puedes reducir esto a un rápido trámite sin sentido

y nada más.

Ella se sintió avergonzada, pero él no había terminado.

—Voy a darte placer, mi querida esposa. Es mi deber como marido.

—Deja de jugar —dijo ella, segura de que él estaba burlándose.

Inesperadamente, la tomó en brazos y la levantó en el aire.

—Estoy hablando en serio. Quiero que mi esposa grite mi nombre.

La piel de Jess se erizó al ver la resolución en aquellos ojos verdes y no pudo encontrar las palabras adecuadas con las que resistirse mientras la llevaba hasta la habitación principal y la dejaba sobre la cama. Había una fuerte atracción sexual entre ellos.

Jess no era capaz de soltar el cuello de Gabe, mientras la abrazaba y comenzaba a bajarle la cremallera suavemente. Sentía su cuerpo tenso e hizo un esfuerzo por recobrar el control.

Entonces la besó. Gabriel besaba como el hombre que era, seguro y posesivo. Una de sus manos subió para enredarse en los cabellos y llevar la cabeza de Jess hacia atrás, facilitando un acceso cómodo a su boca, mientras que introducía la otra mano por la cremallera abierta para sentir la piel desnuda de su espalda.

Ella gimió, capturada por la corriente de deseo que había en cada movimiento de la lengua de su marido, en cada presión de sus labios.

Cuando la soltó, para seguir besando su barbilla y acercarse a su cuello, ella inclinó la cabeza, cooperando inconscientemente. Nada de lo que había hecho la había preparado para este asalto a sus sentidos, ese desencadenamiento de placer sobre placer.

La mano de Gabriel era áspera contra su piel, la mano de un hombre que trabajaba la tierra. Pero sobre el cuello de Jess, sus labios eran tan suaves como el terciopelo, un contraste seductor. Ella se quedó sin aliento cuando él cerró sus dientes sobre el cuello, para luego abrir su boca una vez más y deslizar esos mismos fuertes dientes contra el resto de su piel.

Los sentidos de Jess se derretían bajo el sonido de los gemidos aprobadores de Gabe. Y la entrega fue tan súbita y total que algo dormido dentro de ella se despertó por primera vez. Aquello no estaba bien, no debería ser así.

Se había preparado para meterse en la cama con Gabriel. Se había dicho que tenía que soportar la experiencia, aunque le doliese

acostarse con un hombre que no amaba. Aun así, allí estaba ahora, derritiéndose en los brazos de aquel hombre. Estaba confundida y deseaba poder liberarse. Pero lo cierto es que en su desesperado esfuerzo por recuperar el control, no tenía oportunidad de triunfar y estaba completamente desconcertada.

Debajo de su vestido, Gabe colocó una mano alrededor de sus costillas para acariciar suavemente el costado de sus pechos, haciendo desaparecer cualquier intento de rebelión. El grito agudo de Jess lo hizo sonreír. Era un sonido muy sensual. Incluso ella misma se había dado cuenta de que aquel hombre sabía que tenía una mujer en la palma de sus manos. Esa noche, él era el maestro y ella una principiante.

Ese pensamiento disparó un nuevo estallido de desafío. Aunque no fuera capaz de controlarse, Jess se negaba a ceder completamente. Tomándolo de los cabellos, logró que elevara la cabeza.

—¿Por qué tengo que ser la que se desviste primero?

Con voz jadeante pronunció aquellas palabras. Al menos las había podido decir.

—Aquí estoy. Desabrocha la camisa —dijo él, a modo de orden y de desafío sin confiar en que Jess fuese a hacerlo.

Pero lo hizo.

Una piel viril y bronceada apareció desnuda a escasos centímetros de sus labios, una pura tentación que la hizo tragar saliva, haciéndola arder de deseo.

Había cometido un error. Aun así, no tenía intención de echarse atrás. Con la boca seca, continuó a lo largo del pecho y estómago, terminando por sacarle la camisa del pantalón.

Cuando la besó de nuevo, las manos de Jess estaban aún entre sus cuerpos y no pudo evitar que sus palmas quedasen aprisionadas contra el pecho de Gabe. Ese contacto, piel contra piel, la hizo temblar. No había nada suave en Gabriel.

Cuando él deslizó su mano hasta los hombros, ella entendió su silenciosa petición y le dejó quitarle el vestido. Para sorpresa de Jess, él se detuvo antes de dejar sus pechos al descubierto. Los ojos de él brillaban de pasión como nunca antes había visto.

—Hazlo por mí, Jess.

Ante aquella pasión desbordada de sus ojos, Jess no pudo hacer

otra cosa que acceder. Su cuerpo había triunfado sobre su mente e incapaz de sostener su mirada, apartó los ojos y dejó caer el vestido, que se deslizó por su cuerpo como agua fría.

Silencio.

Aun así, encontró el coraje para levantar la mirada.

Unos ojos verdes se encontraron con los suyos y el tiempo se detuvo.

—Eres hermosa —dijo él rompiendo esa conexión visual para bajar su vista y observarla completamente.

Luego levantó la mirada mientras Jess apenas podía respirar. Y eso fue antes de que él se quitara la camisa.

—Si quieres tocar, hazlo —dijo él tomándola de la cintura.

A continuación, presionó sobre las curvas de su trasero con una osadía que dejaba bien claro que la consideraba suya en el sentido más básico.

Ella presionó sus manos contra el pecho de Gabe y luchó contra el impulso de inclinarse más cerca para saborearlo. La piel de ese hombre era hermosa, saludable y de un tono dorado que irradiaba poder. Un segundo después, él usó esa misma fuerza para levantarla y depositarla suavemente sobre la cama.

Luego, sin dejar de mirarla, se sentó a un costado para quitarse los calcetines. La tentación musculosa de su espalda eliminó definitivamente las últimas defensas de Jess. Estaba a punto de tocarlo cuando él se puso en pie y se llevó sus manos al cinturón.

Jess permaneció hipnotizada, apretando las sábanas con las manos mientras él se desabrochó la hebilla, se lo quitó y lo dejó caer al suelo, con un sonido metálico. Pero ella no reparó en aquel ruido ya que tenía toda su atención puesta en los dedos que ahora bajaban la cremallera de los pantalones.

Con las mejillas ardiendo, cerró los ojos para poder sentir más intensamente cómo Gabe se metía en la cama junto a ella y le colocaba una mano sobre el estómago.

—Aún no estoy desnudo —susurró junto a su oído.

Ella abrió los ojos y observó que los labios de ambos estaban casi tocándose y que no había diversión en los ojos de él a pesar de su sonrisa. La mano sobre su estómago se deslizó más abajo.

—Mírame —ordenó cuando ella intentó girar la cabeza.

Ella se quedó como estaba y él ahuecó su mano para acariciarla

más íntimamente. Jess arqueó su cuerpo y se encontró a sí misma apretando sus muslos para sostener esa mano viril entre ellos. El la besó con un ronco gemido mientras que con esa gran mano frotaba esa necesidad insoportable que ella tenía entre las piernas. Al segundo él se había retirado. Ella gritó, emitiendo un sonido tan desesperado que se sorprendió a sí misma.

—Te quiero desnuda —dijo soltando su liguero.

La tensión en la mandíbula de Gabe no dejaba dudas acerca de la fuerza de su erección.

—¿Dónde comprase esto?

—En Hollywood Boulevard —respondió ella.

Besándola en el cuello, él puso su muslo entre los de ella.

—Vuelve a usarlo para mí —dijo en lo que sonó como una ineludible orden.

Ella estaba a punto de protestar por su arrogancia, justo en el momento en el que él cubría uno de sus pechos con la palma de su mano. Pero él se apartó demasiado rápido y Jess tuvo que morderse el labio inferior para evitar rogarle que volviera a hacerlo.

—Me gusta la forma en que me miras, Jess. Ha llegado el momento de que yo te mire a ti —dijo él poniéndose de rodillas y moviéndose hasta quitarle completamente las medias.

Luego, la miró de arriba abajo desde la punta de los dedos de sus pies hasta las curvas de sus caderas y la voluptuosidad de sus pechos. Jess sentía cada mirada como si fuese un contacto físico y cuando él le levantó las piernas y dobló sus rodillas, le faltó fuerza para rechazarlo.

Gabe le separó las piernas y se arrodilló entre ellas. Jess sintió el calor de su cuerpo como una caricia exquisita. La levantó con sus manos y la colocó sobre él.

—Oh —dijo ella, sujetándose a los hombros de Gabe, súbitamente consciente de la rigidez de su erección.

Fue como si él la entendiese con sólo mirarla a los ojos.

—Relájate, cariño. No he terminado de saborearte.

Ella tragó saliva. En aquella posición estaba completamente a su merced y él la atrajo hacia sí para lamerle uno de sus pezones.

Jess clavó sus uñas en los hombros de Gabe y sintió su piel caliente y sudorosa. El era tan puramente masculino que cada parte de su feminidad reaccionaba debilitándose.

Por lo que cuando volvió a dejarla sobre la cama, Jess había perdido completamente el control.

—Gabe, por favor.

En un rápido movimiento, Gabe se quitó los calzoncillos y se colocó sobre ella.

—Rodéame con tus piernas.

Ella obedeció y se dio cuenta de que su cuerpo estaba ligeramente erguido, en una posición perfecta para él.

—Gabe. Será demasiado —susurró ella.

—Yo te ayudaré a hacerlo —dijo pasando su mano por todo el cuerpo para detenerla sobre sus pechos y aunque sus palabras eran tranquilizadoras, sus ojos no lo eran.

Jess sentía su erección contra su muslo. Una pequeña parte de ella temía la intensidad de él, pero el deseo que sentía era más poderoso.

La tomó del trasero y ella sintió esa parte larga, dura y caliente del cuerpo de Gabe. Jess sintió como si un rayo hubiera alcanzado su cuerpo. Cuando él la penetró, dejó escapar un grito.

Pero cumpliendo lo que le había dicho, la penetró suavemente. Gabe estaba despertando zonas de su cuerpo que ninguna otra persona había tocado jamás, dándole un intenso placer.

Jess apretó sus músculos íntimos aprisionándolo, en una reacción tan vieja como el tiempo mismo. Echando la cabeza hacia atrás, él la sujetó con más fuerza y comenzó a moverse. Su ritmo era rápido y sus arremetidas profundas. Ella gritó y gritó mientras él la llevaba al borde de una tempestad. Ambos respiraban entrecortadamente, jadeando ante las embestidas de él.

Y cuando ella volvió a estar tumbada, lo hizo como una mujer marcada. La mujer de Gabriel Dumont.

Jess se sintió desnuda. Estaba agotada. El había reclamado su pasión y ella se lo había permitido.

No lograba entender por qué aquel hombre era fuente de sus anhelos. Se sentía como si hubiera renunciado a su sueño, como si hubiera renunciado a Damon. Cada vez que había gritado, cada vez que había sentido placer, había traicionado al amor de su vida. Y no entendía cómo había pasado. Gabe no era la clase de hombre que ella estaba preparada para amar. Ni siquiera estaba segura de si le gustaba o no.

Deslizándose cuidadosamente fuera de la cama, Jess se puso la primera prenda que encontró a mano. Por desgracia, era la camisa de Gabe y estaba impregnada de su olor. Mientras buscaba su vestido para deshacerse de la camisa, escuchó las sábanas moverse.

—¿Adónde vas, Jess?

Una lámpara de mesa se encendió.

Entrecerrando los ojos por el efecto de la luz, Jess se llevó el cabello detrás de las orejas y se abotonó la camisa.

—A mi habitación.

El la miró fríamente.

—Creí que ya estabas en ella.

—Escucha, hemos consumado el matrimonio. Ya no hay necesidad de que permanezcamos en la misma cama. Preferiría dormir en la mía. Te... te dejaré saber si hemos tenido éxito —dijo encogiendo los hombros y rodeándose con sus brazos.

El levantó una ceja.

—Probablemente hará falta más de un intento.

Ella se mordió el labio inferior, tratando de no mirar el musculoso tórax que acababa de acariciar con tanta vehemencia hacía menos de una hora.

—Bueno, de cualquier forma no podemos hacer nada durante unos días. Estoy dolorida.

A pesar de la difícil y humillante confesión, Jess se obligó a mirarlo a los ojos, para evitar que Gabe se diera cuenta de su vulnerabilidad.

El apagó la luz.

—Haz lo que quieras. Pero no trates de usar el sexo en mi contra. No juego esa clase de juegos.

—No estoy jugando.

—¿No lo estás? Si crees que voy a estar de acuerdo con llevar adelante un matrimonio en el que mi esposa se reserva para otro hombre, estás muy equivocada.

Capítulo Cuatro

—¿Cómo te atreves a decirme eso?

—Te pedí ser mi esposa, no mi compañera de habitación. Haz lo que quieras.

Jess no respondió y se fue dando un portazo. Gabriel puso sus brazos detrás de la cabeza. Ninguna mujer había puesto las reglas en su cama, jamás. Y Jess no iba a tener la oportunidad de ser la primera. Le había dejado claro lo que pensaba. No tenía intención de vivir un matrimonio sin sexo, no cuando la cama era el único lugar en el que él… Desplazó ese pensamiento y se sentó.

No tenía ganas de dormir. De hecho, estaba dispuesto a repetir la experiencia justo antes de que Jess reaccionara como lo había hecho. Aquella mujer se había transformado en un relámpago en sus brazos. Ella era la mujer más receptiva con la que había estado. No buscaba pasión cuando la eligió y no pensó que disfrutaría tanto con ella. Pero lo había hecho. Además, le gustaba saber que había sido el único hombre en saborear los gritos de su mujer.

A ese pensamiento lo siguió inmediatamente otro, mucho menos placentero. Damon. Gabriel se había encargado de estar al tanto de los movimientos de ese otro hombre desde que se enteró de su separación y sabía que había estado recientemente buscando información acerca de Jess.

Cerró sus puños.

Jess podía amar a Damon todo lo que quisiese. No cambiaba nada para Gabe, ya que eso significaba que ella nunca esperaría nada emocional de parte de él. Pero no tenía intención de permitir que su esposa y Damon fueran amigos.

Jess podría odiar a Gabe por eso, pero sabía con quién se había casado. Él se aferraba a lo que era suyo y Jess ahora lo era. Fin de la historia.

Jess despertó, miró el reloj y vio que faltaba poco para las cinco.

—Cuatro horas de sueño. Genial —se dijo a sí misma.

Escuchó un sonido en la habitación contigua y se dio cuenta de que Gabe estaba probablemente levantado. Tratando de no pensar en él o en lo que habían hecho en la tentadora privacidad de la noche, se llevó la manta hasta la barbilla.

El olor que la envolvía era el del mismo hombre que estaba tratando de ignorar. Había estado tan perdida por la furia que había olvidado quitarse la camisa de Gabe y ahora su error, le recordaba lo sucedido. Decidió levantarse y ducharse.

Sintió el agua caliente como un bálsamo sobre sus músculos, que no estaban acostumbrados a la actividad de la noche anterior. Una actividad en la que no quería pensar, pero que le resultaba imposible apartar de su mente.

Había acabado de vestirse y se estaba peinando frente a la ventana cuando un golpe suave sonó en la puerta que conectaba los dos cuartos. Un segundo después, Gabe entró; vestía unos vaqueros gastados y una camisa de trabajo y su sexualidad era de alguna forma más intensa, más real.

—Buenos días —dijo él otorgándole una sonrisa satisfecha, claramente al tanto de su efecto sobre ella.

Esa arrogancia la devolvió a sus sentidos.

—No te he permitido pasar —dijo ella.

El se le acercó. Era una presencia poderosa que ella había tocado íntimamente, pero que conocía sólo como una sombra.

—Prepárate para salir a las siete.

—¿Adónde vamos?

—A visitar a tus padres.

—Gracias —dijo posando el cepillo sobre el marco de la ventana y forzándose a mirarlo.

La mirada de Gabe era impenetrable.

—Dame un beso de buenos días, Jess.

—No me gusta que me den órdenes.

—Qué gracioso. Las seguiste perfectamente bien anoche.

La espalda de Jess se enderezó.

—Eso no es lo que a una mujer le gustaría oír después de su primera vez.

—Tienes razón —dijo él con una mueca de dolor.

Jess se quedó boquiabierta por la disculpa. Gabe aprovechó y tomándola de la nuca, la besó. Cuando él dejó la habitación, Jess se

sentía aturdida. Aquello no estaba en sus planes. Siempre había hablado de amor y sexo como una misma cosa, siempre había pensado que elegiría cuidadosamente al hombre con el que hiciera el amor por primera vez. Pero allí estaba, derritiéndose cada vez que Gabe la tocaba. Se sentía muy avergonzada.

Y lo peor era que no tenía idea de cómo luchar contra ello. Su amor por Damon la había aislado contra otros hombres desde el día en que había alcanzado la madurez. Pero ese escudo había crecido bajo la potente y viril seducción de Gabe.

Incapaz de pensar en otra cosa que la hiciese sentir mejor, hizo lo que siempre hacía cuando necesitaba pensar. Sacó un cuaderno y comenzó a dibujar.

Jess comenzaba cada proyecto con un esbozo detallado, sin poner nunca la pintura sobre el lienzo hasta que hubiese calculado todas las dimensiones y ángulos. En realidad, no era impulsiva sino que le gustaba pensar cuidadosamente en el dibujo antes de crearlo. Pero en aquel momento, dejó que su mano corriese libre sin interferencia de su conciencia. Lo que emergió de ello fue una imagen de la cara que había llevado en su corazón durante más de una década.

Si Damon no hubiera esperado tanto tiempo para hacer aquella llamada, ella no estaría allí en aquel momento. Se habrían casado antes de morir su padre y habría encontrado otra manera de quedarse con la finca Randall. Pero él había esperado demasiado y el embarazo de Kayla unido a la deuda de Jess con Gabriel, había abierto una grieta abismal entre ellos.

Esa distancia dolía. Damon había sido su mejor amigo desde la infancia. Su relación era una combinación de travesuras y risas. La había ayudado a ver la luz del sol después de la muerte de su padre, limpiándole las lágrimas y forzándola a retomar su vida. Ella le había confesado sus secretos a la vez que había escuchado los suyos. Y en algún lugar entre la niñez y la madurez, se había enamorado.

El había roto su corazón al casarse con Kayla. Y se lo había destrozado una vez más con esa llamada telefónica

—¿Por qué? ¿Por qué esperaste tanto tiempo? —susurró mirando el bosquejo.

Lo mejor había sido no verse antes de la boda, puesto que no habría podido resistir sus declaraciones en persona. Y ahora ella era de Gabriel. Aunque eso no importaba. Si Damon realmente pensaba

lo que le había dicho, la hubiera buscado a su regreso. Pero no lo había hecho. ¿Por qué?

Arrojó el lápiz al suelo y se llevó las manos a la cara.

—Ayúdame —dijo en un susurro tortuoso.

Pero nadie estaba escuchándola.

Varias horas después, Jess estaba observando el terreno de la familia Dumont desde dentro del coche. Había forzado aquella visita, pero ahora que estaban allí ya no estaba segura de haber tomado la decisión correcta. Era evidente que Gabe prefería estar en cualquier otro lugar.

—¿Vienes? —preguntó ella, abriendo la puerta. Había sido una sorpresa para Jess que él la acompañara hasta la sepultura de sus padres.

No sabía qué podía ocurrir, puesto que Gabe había permanecido en silencio durante todo el camino de vuelta a Angel Station.

El se quitó el cinturón de seguridad y salió sin decir nada mientras ella tomaba las flores del asiento posterior. Caminaron juntos hasta las tumbas de Stephen, Mary, Raphael, Michael y Angélica Dumont.

Ella se detuvo enfrente de la tumba de Raphael y lo miró.

—¿Te gustaría dejar las flores a ti?

—No —dijo él en un tono que dejaba bien claro que todo esto le parecía una pérdida de tiempo.

Ella se dio cuenta de su incomodidad, pero rehusó darse prisa. Aquello era importante.

Gabe sólo reaccionó al verla colocar las flores sobre la tumba de su madre. Se adelantó y tomándolas de sus manos, las colocó en la tumba de su hermana.

—¿Gabe?

—¿Ya has terminado?

—Sí —dijo ella, poniéndose en pie mientras miraba las duras líneas de un rostro que encontraba imposible de leer.

—Pero...

—¿Pero qué, Jess? Están muertos, y lo han estado por veinticinco años. Tengo que ir a ver unas vallas. Mejor vayámonos —dijo mirando la hora en su reloj.

Ella tomó su mano para detenerlo antes de que se diera la vuelta, actuando más por instinto que por lógica. Los ojos de él se encontraron con los de ella y Jess encontró el coraje para hacerle frente.

—Lo siento, no me di cuenta de cuánto podía dolerte esto.

—Estoy bien. Tú eres la que quería venir aquí —dijo él arqueando una ceja.

—Gabe —comenzó ella, convencida de haber visto un ápice de vulnerabilidad detrás de su máscara.

Sintió algo de esperanza. Tal vez su matrimonio no fuera tan frío después de todo. Si Gabe podía sentir tan intensamente, entonces tal vez lo que había pasado entre ellos la noche anterior no había sido efecto tan sólo de la lujuria.

—No soy ningún héroe herido al que tienes que salvar. Tenía diez años cuando murieron. Apenas los recuerdo —dijo Gabe soltando su mano y dándose la vuelta para retornar al coche.

Jess quería creer que estaba mintiendo, pero la mirada en sus ojos transmitía sinceridad. La esperanza se desmoronó. No era difícil adivinar por qué Gabe nunca visitaba la tumba de sus padres y hermanos. Ni siquiera recordaba con cariño a su familia.

El día pasó con tranquilidad. Jess estaba dibujando en el porche cuando vio llegar una camioneta a bastante velocidad, que frenó en seco.

Frunciendo el ceño, Jess dejó a un lado su bloc. ¿Quién podía...? La puerta del vehículo se abrió rápidamente para dejar salir a la última persona que ella hubiese esperado ver.

—¡Jessie, querida! —dijo Damon subiendo los escalones a toda prisa para abrazarla por la cintura.

Era imposible no alegrarse de verlo, sobre todo cuando lo había extrañado tanto. De ojos azules y cabello muy negro, Damon tenía la apariencia de una estrella de cine o un conquistador. Pero era su sonrisa lo que la había hecho rendirse a él, una sonrisa con tal luminosidad que proclamaba su alegría de vivir.

Ella rió por primera vez desde que volviera a su país.

—Suéltame, tonto.

La sonrisa familiar se desvaneció.

—No quiero dejarte... nunca —dijo él, pero la dejó en el suelo—. ¿No podías haber esperado hasta que yo regresara? Ni siquiera me

diste una oportunidad —continuó diciendo Damon a modo de acusación.

—¿Qué? —preguntó Jess sintiendo mariposas en su estómago, y de las peores.

—Me han dicho que te casaste mientras yo estaba fuera de la ciudad.

—Te han dicho bien. Por lo que sugiero que le quites las manos de encima —dijo Gabe en una voz tranquila pero letal desde el otro lado del porche.

Consciente de la situación, Jess se alejó de los brazos de Damon, con la cara ruborizada.

—Damon ha venido a saludarme.

Gabe se acercó para poner su brazo alrededor de la cintura de Jess. Rechazando aquella muestra de propiedad, ella trató de apartarse, pero al contrario que Damon, Gabe no estaba dispuesto a soltarla.

—¿Ah, sí?

Jess se sorprendió al ver los ojos de Damon entrecerrarse.

—¿Ni siquiera le dijiste a Jess que quería hablar con ella apenas volviese, verdad?

—Es gracioso. Pensé que había teléfonos en todas partes del país —dijo Gabe en un tono completamente razonable e indefiniblemente peligroso al mismo tiempo.

Jess comenzaba a temer por Damon. Era fuerte, pero no tanto como Gabe. Ella le imploró silenciosamente cuando él la observó y para su alivio sus siguientes palabras fueron civilizadas.

—Creo que Jessie y yo tenemos que hablar.

El brazo de Gabriel se convirtió en una trampa de acero.

—Si quieres hablar con mi esposa puedes hacerlo ahora mismo.

—Sí, claro. Hasta más tarde, Jess —dijo Damon y se retiró con la misma turbulencia con la que había llegado.

Jess no volvió a hablar hasta que su camioneta era un punto borroso en la distancia. Entonces se libró del apretón de Gabe para mirarlo a la cara con los brazos cruzados.

—¿Qué crees que estabas haciendo?

—Creí que estaba dejando claro que ahora eres mi esposa, algo que parecías haber olvidado. ¿Cuánto tiempo más pensabas estar coqueteando con él delante de media finca? —dijo con los ojos

encendidos de rabia.

La respuesta de Jess fue provocada por la ira.

—Él ha sido mi amigo prácticamente desde que nací. ¿Acaso no has podido pensar que quería contarme lo que pasa en su vida? —dijo haciendo a un lado el recuerdo de Damon cuando le dijo que no quería dejarla ir nunca.

—No me importa de qué demonios quería hablar. No habrá más conversaciones privadas entre vosotros —dijo Gabe cruzando sus brazos, un sólido y dominante muro.

—¡Tú eres mi esposo, no mi carcelario!

—No necesitaría serlo. Pero, ¿crees que estoy dispuesto a dejar que te arrojes en los brazos del que podría ser tu amante?

—¡Le estás dando la vuelta a todo! —dijo ella.

Aunque lo cierto es que al abrazar a Damon, lo había hecho desde la más inocente felicidad. Pero Gabe lo estaba haciendo sonar sórdido, provocando que ella se cuestionara cada actitud, cada palabra.

La mandíbula de Gabe parecía hecha de granito y sus siguientes palabras, fueron frías como el hielo.

—Lo juro por Dios, Jess, si tratas de engañarme con ese hombre, me divorciaré de ti tan rápido que tu cabeza dará un tumbo. Y luego aceptaré la oferta de la inmobiliaria, que no ha perdido el interés por Randall Station.

Ella sintió la sangre fluir bajo su piel.

—No puedes hacerlo. ¡Te lo he dado todo! —dijo ella pensando que ni siquiera Gabe podría ser tan cruel.

—Has firmado un acuerdo de por vida y no por un rápido revolcón en mi cama. Si crees que eso es lo que quería, lo habría conseguido mucho más barato y con alguien con mucha más experiencia que tú, cariño —dijo él de forma burlona.

Sintió su comentario como si le hubiera dado un puñetazo.

—Tu tierra no tiene un valor real para mí. La compré para cerrar nuestro trato y me puedo deshacer de ella tan fácilmente como la adquirí si tú no puedes cumplir tu deber como mi esposa. Piensa en eso la próxima vez que te sientas tentada a verte con tu amigo —dijo, para luego retirarse, dejándola sin oportunidad de responder.

Jess se dejó caer en una silla y puso la cabeza entre sus manos. Pero eso no evitó que su mente quedara sumida en el caos. La

amenaza de Gabe la había asustado y sus palabras habían dejado bien claro que confiaba en ella tanto como en un gato callejero. Aun así, no podía creer que le hubiese arrojado a la cara lo que más daño podía hacerle.

La idea del legado de sus padres siendo arrasado por lo que las inmobiliarias habían llamado un retiro para los ricos y famosos, complejo con piscina, canchas de tenis y circuito de golf, era su pesadilla personal. Eso destruiría la belleza de todo aquello por lo que sus padres habían trabajado duramente tanto tiempo para conseguir. Era un insulto para su memoria que no podía tolerar. Al contrario que Gabriel, ella sí respetaba la memoria de los suyos. Era todo lo que aún le quedaba.

—¿Jess? —dijo la señora Croft.

—¿Qué pasa? —preguntó Jess bajando sus manos.

La mujer observó su expresión con ojos preocupados, pero no preguntó nada.

—Tienes una llamada —dijo entregándole el teléfono inalámbrico.

—Gracias —dijo Jess a punto de atenderlo cuando la señora Croft hizo un gesto que la obligó a posar su mano sobre el altavoz.

—Tomaste tu decisión al aceptar tus votos matrimoniales, mi niña. No mires atrás ahora —dijo la señora Croft y con ese consejo se retiró.

Jess se sintió derrotada ante la evidencia de que otra persona más creía que había sido infiel.

—Hola—dijo suavemente.

—¿Estás sola, Jessie?

Capítulo Cinco

Su mano se quedo petrificada sobre el auricular.

—¿Estás loco? Si Gabe hubiera contestado el teléfono. ...

—Habría colgado —dijo él riendo, pero ella percibió un tono de amargura en su voz.

—¿Para qué has llamado?

—Ya te he dicho que quería hablar contigo —dijo e hizo una pausa—. Todavía eres mi amiga, ¿no?

Su corazón se ablandó.

—Claro que sí.

—¿Aunque él se oponga?

—No sigas por ahí.

Gabriel era el único asunto del que no le gustaba hablar con Damon.

—¿Qué es eso que he oído de ti con Kayla? —preguntó ella, tratando de mostrarse amable.

Esta vez, la pausa fue más larga.

—Hemos acabado. Ya te dije que no debería haberme casado con ella.

—Damon... —comenzó ella, pero él siguió hablando.

—Te lo dije, pero tú seguiste adelante y te casaste con ese... —dijo él, pero se detuvo—. Ya no la quiero.

—No lo dices en serio —dijo, aunque en el fondo deseaba que así fuera.

Había tenido aquella esperanza desde que el coche de Kayla se estropease dos años antes y Damon y aquella guapa morena se convirtieran en pareja de la noche a la mañana.

—Sabes con quién debería haberme casado, ¿verdad? —preguntó él con voz profunda.

Debería haber colgado al momento, pero no lo hizo abrumada por el deseo acumulado de años. Porque ni siquiera en aquella llamada de larga distancia, le había dicho lo que más quería oír.

Lo que no podía ni siquiera pensar, mucho menos admitir, era que se estaba comportando de aquella manera por ira hacia Gabriel.

—Contigo, Jess, debería haberme casado contigo.

Ella apretó el botón de fin de llamada con dedos temblorosos. Odiaba haber dejado que Damon continuara, detestando el deseo que la había convertido en la peor clase de hipocondríaca que había. Porque aunque no había cruzado la barrera física de la infidelidad, sí lo había hecho emocionalmente.

El teléfono volvió a sonar y casi se le cae.

—¿Dígame?

La llamada resultó ser de Merri Tanner, una vecina. Aliviada, Jess charló con ella unos minutos.

—Vamos a hacer una barbacoa esta tarde, a eso de las siete, por si quieres venir. Sé que no es una buena hora, pero será una oportunidad para aliviar tensiones.

Precisamente, necesitaba poner distancia entre Gabe y ella.

—Seguro. Suena divertido.

Colgó después de unos minutos más y se quedó mirando fijamente el terreno que había frente a ella. Tan fuerte, tan duradero y capaz de causar tanto daño al corazón.

Se sentía tentada a que fuera otra persona la que le diera el mensaje de la barbacoa a Gabe, pero eso hubiera sido una cobardía. Y su amor propio se había hundido en nuevas profundidades después de la llamada de Damon. Dejó el teléfono en la silla y se fue a buscar a su marido.

Cuando la culpabilidad amenazaba con minar su autoestima, alimentaba su ira contra la cruel amenaza de Gabe. No le daría la oportunidad a Gabriel Dumont de usar su indomable voluntad para machacarla.

Lo encontró hablando con el capataz. Al verla llegar, dejó de hablar.

—¿Qué pasa?

No había ni rastro de cólera en su voz. De hecho, no transmitía ninguna emoción.

—Merri nos ha invitado a su casa a una barbacoa. A las siete —dijo cruzándose de brazos—. Le he dicho que iríamos.

—Bien —dijo él y alargó la mano para inesperadamente acariciar su mejilla—. Ha debido de ser una llamada larga. Tu piel está colorada justo aquí.

Apartándose bruscamente, Jess se preguntó si podría ver la

culpabilidad que sentía en sus ojos. Porque esta vez, había hecho algo de lo que no estaba orgullosa. Pero ni siquiera eso disculpaba las cosas que él le había dicho.

—Déjalo, Gabe. Sientes más cariño por tu cuenta bancaria que por mí.

Algo cambió en su expresión, que se volvió más fría.

—¿Es curioso, no? Si no tuviera esa cuenta, te habrías quedado en la estacada —dijo y sonriendo, continuó su conversación con Jim.

Jess apretó los dientes y se dijo que no debía darle importancia. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Lo cierto es que le había echado sal en las heridas. No era una cazafortunas, pero necesitaba lo que el dinero de Gabe podía facilitarle. Si el dinero no fuera una necesidad, nunca habría hecho ese pacto con el diablo. Pero lo había hecho y ahora tenía que pagar el precio.

Se fue del establo antes de decir algo que no debiera, dirigiéndose a la casa para preparar una ensalada para la barbacoa. Puesto que cocinar la distraía, también hizo un bizcocho.

A eso de las cinco y media, todo estuvo listo y ella también. Había elegido cuidadosamente su ropa, puesto que necesitaba sentirse bien. Se había puesto una falda de lana hasta las rodillas, un jersey blanco de angora y sus botas de piel favoritas.

Gabe no dijo nada al entrar en la cocina, donde ella estaba guardando todo en una cesta de picnic de la señora Croft, pero se acercó y tomó un mechón de su pelo.

—Creo que esta noche, dejaré que te dejes las botas puestas.

Jess sabía que estaba siendo provocador a propósito en respuesta a su fría actitud, pero su cuerpo traicionero deseaba estremecerse ante aquel erotismo implícito. Retirándose, se apartó de él unos metros.

—¿El gato te ha comido la lengua, Jess? —preguntó él—. ¿Quieres que te la busque?

Llevaba unos pantalones color arena y un jersey azul marino que le daban un porte muy masculino y de seguridad en sí mismo.

Ignorando su comentario, ella tomó la cesta.

—Vámonos.

Gabe alargó el brazo y le tomó la cesta. Ella no se lo impidió, consciente de que había sido un acto instintivo por parte de él. Si decía algo, él se imaginaría que no estaba tan tranquila como

aparentaba.

—Tardaremos más de dos horas en llegar a su finca. Será mejor que tomemos el avión.

—No. Prefiero ir en coche.

Fue una decisión espontánea. Necesitaba sentir el suelo bajo sus pies.

—De acuerdo —dijo él enarcando una ceja mientras salía de la casa hacia el Jeep.

Dejó la cesta en el maletero y abrió la puerta del pasajero, mientras ella entraba en el coche.

—Merri me dijo que a eso de las siete, así que probablemente la mayoría de la gente llegue casi a las ocho.

Al ir a cerrar, Gab sujetó la puerta, embriagándola con el aroma de su colonia.

—Trata de no estar mirándome toda la noche. No es la impresión que quiero dar de nuestro matrimonio —dijo y cerró la puerta del coche dando un portazo, antes de sentarse en el lado del conductor.

—Si vas a chantajearme con la oferta de los constructores, no esperes que me muestre dulce y amable.

—¿Dulce y amable? —repitió mientras encendía el motor—. Jessie, has estado enfadada desde que llegaste.

—No me llames así.

Las ruedas chirriaron al acelerar sobre el camino.

—¿Por qué? ¿Porque es así como te llama Damon?

—Cualquiera podría darse cuenta.

Ella se cruzó de brazos.

—La gente a la que le caigo bien, me llama así. Tú ni siquiera confías en mí. Así que llámame Jess o Jessica.

No hablaron nada más durante las dos horas siguientes. Fue justo cuando estaban a punto de entrar en la propiedad de los Tanner, cuando ella rompió el silencio.

—¿Hay alguna noticia más que debiera conocer?

Al contrario de lo que Jess había previsto, ya habían llegado muchos invitados.

—Ya sabes lo principal —contestó él deteniendo el Jeep junto a una camioneta manchada de barro—. Probablemente ya sabrás que Sylvie ha vuelto de Estados Unidos.

La sangre se le heló en las venas.

—¿Cuándo?
—Hace un par de meses.
Nada en su tono de voz reveló qué era lo que pensaba del asunto. Corría el rumor de que había roto su relación con Gabe para seguir su carrera profesional.
Si el cotilleo era verdad, entonces Jess podría creer que Gabe había renunciado a perdonar a Sylvie, incluso yendo tan lejos como para casarse con otra mujer. Pero eso no quería decir que no sintiera algo por aquella guapa rubia, sentimientos que nunca había tenido hacia su esposa. Ni que le importara. Jess abrió de un fuerte empujón la puerta.
Tomaron la cesta y caminaron hombro con hombro hacia el jardín posterior de la casa de los Tanner. A medio camino, Gabe la rodeó por los hombros, acercándose tanto a ella que podía sentir cómo su respiración agitaba su pelo.
—Sonríe, Jessica. Se supone que estamos en nuestra luna de miel.
Sin saber por qué, deslizó el brazo alrededor de su cintura y forzó una sonrisa almibarada al dar la vuelta a la esquina.
—Oh, cariño, eso es muy dulce.
Algunas personas oyeron el comentario y Gabe reaccionó con naturalidad, sin retirar su brazo de la cintura de Jess, incluso al entregar la cesta al joven Simon Tanner.
Jess aprovechó la excusa de saludar al señor Tanner para apartar su brazo de la cintura de Gabe. El notar su calor a través de la ropa, la hacía sentir aturdida, más aún que sí se hubieran dado un apasionado beso.
—Me alegro de verte, Jess —dijo el señor Tanner—. Te hemos echado de menos.
—Es fabuloso estar de vuelta en casa.
—Gabriel, Jess es la mujer más guapa de por aquí.
—Lo sé.
Jess tuvo que contener las ganas de golpear a Gabe al ver su estúpida expresión. Le parecía haber visto la impresionante figura de Sylvie Ryan bajo el resplandor de los faroles que colgaban fuera en el jardín.
—Bueno, bueno.
El señor Tanner vio a otros invitados llegar y se fue a darles la bienvenida, dejando a Gabe y a Jess recibiendo la enhorabuena de

un buen puñado de admiradores.

—Gracias —dijo ella por enésima vez e hizo un discreto movimiento para apartarse del calor del roce de Gabe.

El apretó su brazo. Incapaz de decir nada por los presentes, ella sonrió y siguió charlando, sin dejar de preguntarse si aquel hombre la soltaría de una vez.

—Así que, ¿cuándo vais a dar una fiesta para celebrar la boda? —preguntó Kerry Lynn a Jess, mientras su marido hablaba con Gabe.

—No lo hemos hablado todavía.

—Bueno, espero que sea pronto. Como esperéis mucho más, el trabajo os lo impedirá.

Jess asintió. La mayoría de la gente de aquella zona era dueña o trabajaba en fincas.

—¿Qué clase de fiesta sugieres? —preguntó con la única intención de mantener la conversación, porque realmente no deseaba celebrar la farsa de su matrimonio.

—Una cena formal estaría bien.

Jess no podía imaginar nada peor que estar atrapada frente a la mirada escrutadora de un montón de personas, pendientes de cada uno de los movimientos de Gabe y suyos.

—O quizá un picnic —dijo desesperada—. Podríamos encargarlo, montar unas mesas y unas sillas en el césped y poner música para que la gente bailara.

—Eso suena maravilloso, cariño —dijo Gabriel—. Si ponemos una carpa y algunos calefactores, no pasaremos demasiado frío.

Jess se dio cuenta de que se estaba riendo de ella.

—Claro —murmuró, deseando que ahí acabara la conversación.

—¡Podría tocar la banda de Graham! —exclamó Kerry, agitando las manos para incluir a otras personas en el grupo.

Varias personas secundaron su sugerencia y Graham Lynn sonrió. Jess tuvo la sensación de que estaba perdiendo el control

—No sabía que tuvieras una banda, Graham —dijo sin ganas, apoyándose en Gabe sin darse cuenta.

El la abrazó atrayéndola a su lado y se encargó de seguir la conversación con un encanto que nunca hubiera esperado de él.

—En cuanto decidamos una fecha, te lo haremos saber. De momento, será mejor que saludemos a los demás, antes de que el jet lag haga efecto en Jess.

El grupo sonrió y los dejaron ir.

—Vamos a tener que celebrar esa maldita fiesta, ¿verdad?

—Vigila tu lenguaje, Jessica.

—Deja de llamarme Jessica —dijo—. Nadie me llama así.

Sabía que era un comentario absurdo, puesto que había sido ella misma la que le había dicho que la llamara así.

—Tu marido sí, querida Jessica.

Jess estaba tratando de controlar las mariposas de su estómago, cuando una sensual voz femenina interrumpió.

—Bueno, bueno, si son los señores Dumont.

Enderezándose, Jess levantó la mirada.

—Hola Sylvie. Gabriel me acaba de contar que habías vuelto.

—Hola, cariño —dijo Sylvie, besando a Jess en la mejilla como si fueran viejas amigas.

La verdad era completamente diferente. Sylvie Ryan era hija de un juez y nunca se había dignado a hablar con alguien como Jess Randall.

Sintiéndose empequeñecida frente a la estatura de Sylvie, Jess apretó los dientes y sonrió. Gabe escogió ese momento para finalmente soltarla.

—Necesito hablar de algo con Derek —dijo él girándose hacia el piloto, que estaba junto a una de las mesas de comida—. Me alegro de verte otra vez, Sylvie.

—Lo mismo digo —repuso Sylvie en un tono insinuante que Jess decidió ignorar.

De todas formas, no podía olvidar el hecho de que la otra mujer había dejado bien claro ante todos que Gabe y ella habían sido amantes.

—¿Estás casada, Sylvie? —preguntó Jess una vez Gabe se marchó.

La sonrisa de Sylvie se quedó petrificada durante un segundo.

—Parece que has cazado al único hombre que merece la pena por aquí.

—Esa suerte he tenido.

—Lo importante es saber si serás capaz de mantenerlo a tu lado.

Capítulo Seis

La guerra estaba declarada.

—Imagino que lo sabrás por experiencia.

Jess sonrió con tanta dulzura, que Sylvie no supo si la estaba insultando o no.

—¡Mira! Allí está Merri. Tendrás que disculparme, pero no he tenido ocasión de hablar con ella.

Aliviada de poder deshacerse de los ataques de aquella mujer, Jess localizó un par de asientos y tomó un plato de comida, antes de sentarse con Merri a charlar.

—Será mejor que no la pierdas de vista —le dijo su amiga veinte minutos más tarde, mientras daban cuenta de un pastel de chocolate.

Jess miró en la dirección en que lo hacía Merri, justo a tiempo de ver a Sylvie poner su mano sobre el hombro de Gabe y susurrar algo a su oído. Al verlo sonreír, algo nuevo e inesperado despertó en Jess.

—No ha cambiado nada.

—Fue directamente tras Gabe nada más regresar. He oído que se pasaba el día en Angel antes de que llegaras.

El pastel de chocolate se le estaba atravesando en la garganta.

—¡Oh!

—Pero se casó contigo, así que no creo que tengas nada de qué preocuparte —dijo Merri con una alegre sonrisa.

Jess no estaba tan segura de tener las de ganar. Gabe y Sylvie parecían muy a gusto el uno con el otro mientras hablaban. La altura, el aspecto, la posición social... eran iguales en eso y en mucho más. Quizá la verdadera razón por la que Gabe no se había casado con Sylvie era que la otra mujer le hacía sentir emociones que apenas había tenido en su vida. Le hacía sentir amor.

—¿Qué hace Sylvie ahora? —preguntó Jess, sorprendida por sentir curiosidad acerca de los sentimientos de Gabe por aquella rubia.

No era que estuviera enamorada de él, aunque empezaba a entender por qué se había enfadado tanto aquella mañana al encontrarla en los brazos de Damon. Si él hubiera hecho algo así con

Sylvie...

—He oído que se va a tomar un año sabático de su prestigioso trabajo en un banco internacional —dijo Merri interrumpiendo los pensamientos de Jess—. Quizá pretendía volver y arreglar las cosas con Gabe —añadió y de pronto, exclamó—. Oh, ha venido. ¿Te ha contado alguien lo que ha pasado?

Jess miró por encima de su hombro en el peor momento. Su mirada se encontró con la de Kayla y la morena se acercó. El embarazo había hecho que la esposa de Damon estuviera más guapa, con las mejillas sonrojadas y su brillante pelo peinado hacia atrás. Pero al sentarse frente a Jess y Merri, Jess reparó en el gesto tenso de su boca.

—Hola, Jess. La señora Croft me dijo que habías vuelto.

—Hola, Kayla —dijo sin saber de qué hablar, a la espera de que Merri dijera algo.

De pronto, su amiga se puso de pie.

—Me está llamando mamá. Enseguida vuelvo.

Jess trataba de buscar un tema de conversación, pero lo único que tenían en común era algo de lo que no podían hablar.

—Lo siento —dijo Jess por fin, más confundida de lo que había estado esa misma mañana.

No sólo sentía lástima por Kayla, sino que también estaba enfadada con Damon por crear todo aquel lío.

—Gabe me ha contado...

Kayla trató de sonreír, pero le fue imposible.

—Ya no es un secreto.

—¿De cuánto tiempo estás?

—De ocho meses —respondió la mujer morena, acariciándose el abdomen—. Quería pedirte algo.

Jess sintió un nudo de nervios en el estómago.

—¿Qué?

—Damon... Él te escucha. ¿Podrías...? —Kayla tragó saliva, tratando de contener las lágrimas—. Ni siquiera sé lo que quiero hacer. Si pudieras hacer que mi marido volviera a quererme...

Incapaz de permanecer en silencio ante tanta angustia, Jess puso su mano sobre la de Kayla.

—Hablaré con él.

Era un ofrecimiento desde su blando corazón, ése que ya le había

causado tanto dolor.

—Gracias.

Kayla respiró hondo varias veces y parecía haberse tranquilizado, cuando su expresión se nubló.

Jess sólo tuvo que mirar al otro lado del jardín para averiguar la razón. Damon acababa de llegar y estaba charlando animadamente con otros, hasta que las vio a Kayla y a ella. Cambiando la expresión de su rostro, se dirigió hacia ellas.

—Por favor Jess, detenlo —susurró Kayla—. No quiero hablar con él ahora mismo. No quiero que todo el mundo me vea llorando —añadió quebrándose su voz.

Hubiera hecho falta tener un corazón de hielo para haberse negado.

—De acuerdo.

Pudo sentir los ojos de su marido mientras cubría la distancia hacia Damon. Eso la hizo mostrarse más decidida. No tenía intención de cometer el mismo error que por la mañana.

Entonces, Damon la rodeó con sus brazos.

Ya había tenido suficiente estupidez masculina.

—Deja que disfrute de este instante.

Aquella exhibición sólo complicaría las cosas de su matrimonio y causaría un daño considerable a Kayla. Jess no podía entender el comportamiento de Damon. El muchacho con el que había crecido nunca había sido vengativo ni malvado.

El la soltó, pero Jess supo que el daño ya estaba hecho.

—¿No puedo abrazar a mi mejor amiga?

Consciente de que todas las miradas se habían posado sobre ellos, Jess bajó la voz.

—Deja estos juegos. Kayla...

—No, Jess, no quiero hablar de ella.

—¿Por qué no? —insistió ella— Siempre me has contado todo. ¿Cómo puedes hacer esto, Damon? Está embarazada.

Al ver a Kayla, Jess tuvo cierta una cosa: que Damon había hecho un juramento matrimonial. Había hecho una promesa y Jess era de la opinión de que las promesas había que cumplirlas, por mucho dolor que pudieran causar. Aunque uno cambiara de opinión.

—¿Sería mejor que me quedara con ella aunque ya no la amase? —dijo él rechazando lo principios que siempre habían guiado la vida

de Jess—. Voy a dejar que se quede con nuestra casa y voy a mantenerla a ella y al bebé, así que no pretendas hacerme creer que soy una mala persona —y bajando el tono de voz, añadió—. No seas como los demás y me juzgues sin conocer todos los hechos.

Jess se pasó la mano por el pelo, con la mente puesta en diversos pensamientos. Una parte de ella despreciaba a Damon por lo que había hecho y eso era una cosa que no podía haber pronosticado. Por otra parte, también lo admiraba por ser sincero con lo que sentía. ¿Había ella tomado la mejor decisión al decidir quedarse atrapada en un matrimonio sin amor?

—Pero...

—Ya te he dicho que te quiero —la interrumpió, levantando la mano como si fuera a ponérsela sobre la mejilla—. He sido un tonto por no haberme dado cuenta antes.

Jess no supo cómo, pero adivinó que Gabe estaba detrás de ella. Deseó equivocarse cuando un musculoso brazo la tomó por la cintura. Toda la sangre se le fue al rostro.

—Gabe —dijo, sin ganas de seguir una discusión.

—Estáte callada, Jess —dijo.

Apenas entendió sus palabras, pero la furia que vio en él la hizo estremecerse.

—Va te he dicho que te mantuvieras lejos de mi esposa —añadió Gabe.

—Este es un país libre.

—Damon —dijo Jess sacudiendo la cabeza.

Después de unos tensos segundos que amenazaban con terminar violentamente, Damon se encogió de hombros y se alejó.

—Mírame y sonríe.

Era una orden que en situaciones normales hubiera desoído, pero tenía la sensación de que había llevado a Gabe al límite. Puso la mano sobre su brazo y lo miró.

—Sea lo que sea que hayas oído, no es lo que piensas.

El se inclinó para susurrarle algo al oído. Era un gesto calculado para dar la impresión de que eran una pareja de enamorados.

—¿Ah, sí? Me pareció oír a un hombre confesando su amor por ti.

Ella sintió un escalofrío en la espalda al confirmarse sus peores sospechas.

—¿No tienes nada que decir? —añadió, dándole un beso en la

mejilla mientras separaba la cabeza.

—No...

—Lo hablaremos en casa.

El camino de vuelta a casa fue el peor de su vida. Gabe no dijo una palabra y ella sabía que era inútil hacerle hablar. Incluso al llegar a la finca, no hubo tregua. La dejó y se fue a comprobar algo que Jim le había dicho antes.

Cuando lo oyó regresar al dormitorio, estaba hecha un manojo de nervios. Quería poner fin a aquel enfrentamiento, aunque eso le supusiera saltar sobre las llamas. Se anudó la bata sobre el pijama que llevaba y llamó a la puerta. No obtuvo respuesta, pero aun así entró.

Gabe estaba sentado sobre la cama y ya se había quitado el jersey y la camiseta. En aquel momento, se estaba quitando los calcetines, que dejó en el suelo.

—¿Estás deseando meterte en la cama —Manteniendo su mirada, se quitó el cinturón.

—Déjalo Gabe —dijo, consciente de que su marido se hallaba de un humor extraño—. Sabes por qué estoy aquí.

El cruzó la distancia que los separaba, con los ojos encendidos de ira.

—¿Has venido a besarme y hacer las paces?

Ella levantó la mano para detenerlo, pero él continuó avanzando, apretando su pecho contra la palma de Jess. La energía que desprendía su piel hizo que se despertaran en ella sensaciones desconocidas.

Ella trató de contenerse, decidida a controlar el deseo de su cuerpo por aquel hombre.

—He venido a hablar.

—Hablar no es lo que mejor se nos da, cariño.

En aquellos ojos furiosos, Jess adivinó recuerdos de la primera noche en su cama, sensual y apasionada. Su corazón comenzó a latir con fuerza y se odió por ello.

—Pues será mejor que empiece a dársenos bien —dijo y se soltó.

—¿Por qué? —dijo él, volviendo a agarrarla—. No me casé contigo para hablar. Me casé contigo para tener una esposa de buenos modales, poco exigente y que me fuera fiel para que me diera hijos. Que seas ardiente en la cama es de agradecer, pero por lo que

tengo entendido, el sexo no requiere conversación.

—Maldito seas —dijo abofeteándolo.

Su única reacción fue una sonrisa.

—Hace tiempo que estoy maldito. ¿Acaso no sabes lo que dicen? ¿Que Gabriel Dumont se salvó del fuego porque hizo un pacto con el diablo?

—Tú no eres un demonio, eres un bastardo.

—Nada de eso, querida. Mis padres estaban casados.

Acariciándole el pelo, la atrajo hacia él.

—Solían hablar, pero eso no arregló nada —dijo él rozando sus labios.

Gabe no le dio la oportunidad de decir nada más y puso fin a la conversación con un beso que la dejó sin aliento y sin sentido.

Dos segundos más tarde, su bata estaba en el suelo. Las manos de Gabe se deslizaron bajo la camisola del pijama, acariciando su espalda. Impulsada por sus más primitivos deseos, ella se agarró a su pelo y se entregó a otro beso. El dejó escapar un grave gemido desde el fondo de su garganta e interrumpió el beso para tomarla de la cintura.

Pronto el pantalón del pijama y su ropa interior cayeron junto a la bata y Jess dejó escapar un gemido. Después, trató de decir algo, pero él la levantó y sus palabras se perdieron en un nuevo beso.

Al apartar sus labios para hacerla mirar hacia la cama, Jess no supo qué pasaba hasta que sintió su erección a través de la cremallera del pantalón.

—¡Hazlo!

Y fue esa locura que sentía, la que había surgido con sus besos, la que le hizo comprender. Comprendía su cuerpo, pero no su cabeza. Sus pensamientos estaban divididos y su piel tan tensa que le dolía. Inclinándose, Jess se agarró al poste de madera de la cama.

Y luego, oyó el sonido de la cremallera bajarse.

Ni siquiera eso fue suficiente. Gritó mientras él la penetraba, rápida y profundamente. Su cuerpo lo aceptó, disfrutando de sus embestidas mientras él se mostraba despiadado con lo que quería de ella, llevándola tan lejos que no pudo por más que rendirse a sus más primitivos deseos.

Tumbada en la oscuridad, Jess no sabía quién era. No sólo había dejado que Gabe la amara de una manera tan íntima que se sentía traicionada por sus propios sentimientos sino que no había conseguido hablar con él de nada.

Respiró hondo y trató de levantarse.

Un brazo la tomó por la cintura.

—No, Jess. Esta noche te quedas con tu marido.

Abrió la boca para decir algo, pero él se la tapó con la suya. No hubo cariño en aquel gesto. Fue tan sólo un gesto de posesión. Trató de reprimir sus reacciones, en un intento de recuperar el control sobre su cuerpo, pero de nuevo, no pudo.

Y así fue como pasó las noches de los siete días siguientes, en la cama de Gabriel y entre sus brazos, mientras él le mostraba lo poco que se conocía a sí misma. En aquellas horas de oscuridad, descubrió una parte oculta y sensual de ella que surgía entre las sábanas.

Aunque le apartara sus defensas, él mantenía su frío control. Eso era lo que más le dolía y frustraba, el que Gabe despertara pasión a una relación que ella había creído que era estrictamente de negocios, haciéndola desear cosas que ni tan siquiera había imaginado.

Pasaba los días atormentada por los recuerdos de las noches, con un nudo en el estómago. Así que cuando sus pinturas llegaron, estaba más que preparada para hacer cualquier cosa para evitar caer en un caos emocional.

Abrió las cajas y comenzó a apilar los lienzos en la enorme habitación de la planta baja que se había adjudicado como estudio.

—Esto se me da bien —se dijo, decidida a recuperar la confianza perdida.

No era sólo la esposa de conveniencia de Gabriel Dumont, una posesión más de aquel hombre que tan alejada la mantenía de su vida. Su único lugar parecía estar en su cama y, ocasionalmente, junto a él de su brazo. Cada vez le resultaba más dura aquella fría distancia.

Jess ignoró aquel pensamiento tan pronto surgió. Conocía las reglas de aquel matrimonio. Si confiaba en obtener más, ése era su error y debía cortarlo de raíz.

Respiró hondo mientras colocaba un lienzo en el caballete que había situado frente a la puerta y tomó un lápiz. El rostro de Damon le resultaba fácil de dibujar. Había pasado años observándolo con

ojos de adoración, pero ese día había visto cosas en él en las que antes no había reparado y eso le preocupaba.

—Tienes una llamada, Jess.

Levantó la cabeza sobresaltada al no haber oído el teléfono sonar.

—¿Quién es?

—Un tal Richard Dusevic —contestó la señora Croft.

Jess se sorprendió y esperó a que la señora Croft se hubiera ido para contestar.

—¿Señor Dusevic?

—Señora Randall, tengo sobre mi mesa varias imágenes en alta definición y mi asistente me dice que son trabajo suyo.

—Oh.

—¿Puede enviarme los originales?

Mantenerse tranquila fue todo un reto.

—Claro. ¿Quiere tan sólo los que le remití en diapositivas?

—Envíeme una selección. Quiero ver lo que sabe hacer. Tengo el presentimiento de que no voy a sentirme defraudado.

—Haré que le lleguen tan pronto sea posible.

—La llamaré en cuanto los reciba.

—Gracias —dijo Jess asintiendo con la cabeza a pesar de que no la veía.

—No me haga esperar, querida —dijo a modo de despedida y colgó.

Ella dejó el auricular y trató de respirar, pero le resultó imposible.

—Oh, Dios mío. Richard Dusevic me ha llamado.

—¿Cuántos hombres tienes, Jess?

Aquella pregunta irónica le llegó desde el umbral de la puerta.

Capítulo Siete

Dejándose llevar por su instinto, dejó a un lado el trabajo que tenía en proceso y sonrió. Nada podía echar a perder su buen humor ese día.

—Richard Dusevic es el dueño de una de las galerías de arte más prestigiosas de Nueva Zelanda.

Gabe se cruzó de brazos y se apoyó en la jamba de la puerta.

—Enhorabuena.

—Sólo me ha pedido ver mi trabajo, no es una oferta —aclaró Jess.

—Pero imagino que Dusevic no va por ahí pidiéndoselo a cualquiera.

—No —dijo ella sonriendo—. Tengo que ir mañana por la mañana a la oficina de correos para mandarle algunos dibujos a Auckland. ¿Puedo tomar prestado el coche?

—Yo te llevaré —se ofreció él inesperadamente, con una sonrisa en los labios—. Tengo que ver a alguien.

Jess comenzó a buscar entre sus trabajos, aturdida por la felicidad que había sentido al hacerlo sonreír.

—¿Vas a enseñarme tus dibujos?

Sorprendida, lo miró.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —dijo sin pensar—. Nosotros no hablamos, ¿recuerdas?

—Estabas buscando la ocasión para decir eso, ¿verdad?

Avergonzada por haber caído tan bajo, se encogió de hombros y recogió sus cosas.

—Tengo trabajo que hacer.

Un minuto más tarde, miró y comprobó que se había ido.

Frustrada, dejó escapar un suspiro, se sentó en el suelo y hundió la cabeza entre sus manos. ¿Por qué había hecho eso? Habría sido más lógico haberse comportado civilizadamente y haber roto el hielo entre ellos. Pero odiaba comportarse tal y como él la definía, de buenos modales y poco exigente.

Ella no era una mascota ni una chiquilla. Y Gabriel Dumont iba a

tener que aprender que a pesar de que la hubiera convertido en su esclava en la cama, no iba a conseguir nada más de ella.

Era exactamente lo que había pedido.

Al día siguiente, el camino a Kowhai fue más tenso de lo previsible, especialmente después de lo que había pasado la noche anterior. Agotada después de hacer el amor, ella había caído en un profundo sueño. Si Gabe no se hubiera incorporado gritado algo en mitad de la noche, Jess habría dormido hasta por la mañana.

Sobresaltada y medio dormida, había puesto una mano sobre el hombro de Gabe.

—¿Gabe?

—Vuelve a dormirte —había dicho él, levantándose de la cama.

—¿Estabas teniendo una pesadilla? —preguntó con voz suave, olvidándose de que tenía que mostrarse indiferente.

—Te he dicho que volvieras a dormirte —replicó él con frialdad, ignorando su ternura—. Ya que te has levantado, será mejor que regreses a tu habitación.

Dolida, obedeció, pero al serle imposible dormir, pasó el resto de la noche trabajando en su estudio. Gabe tampoco pudo dormir. Lo oyó irse de la casa y no volvió hasta el amanecer.

Más tarde, sentados en el coche, ambos se mantenían callados, cansados por la falta de sueño y por una relación que caía en picado.

Finalmente, ella no pudo soportar por más tiempo el silencio.

—¿Cuánto tiempo te llevará esa reunión?

—No mucho —dijo él cambiando la marcha mientras subían una colina—. Se me ha olvidado darte tus tarjetas de crédito, así que puedes usar una de las mías. Recuérdame que te la dé cuando lleguemos a Kowhai.

No había rechazado su dinero durante el último año, a pesar de que nunca le había gustado usarlo.

—Si a Richard le gusta mi trabajo y puede venderlo, tendré algunos ingresos.

—Eso no es un problema, Jess. Eres mi esposa —dijo distraídamente mientras adelantaba a un camión.

Por supuesto que no lo era para él. Gabe tenía todas las cartas en aquel matrimonio. Estaba en deuda con él desde el mismo instante

en que había salvado la casa de su familia.

Tomaron la calle que llevaba al centro.

—Aparcaré en la oficina de correos.

—Buena idea.

Kowhai no era demasiado grande, pero estaba bien para ser una ciudad en mitad de ningún sitio. Había una tienda de alimentos junto a la oficina de correos, un banco, el consabido pub e incluso una pequeña clínica, además de algunas tiendas.

—No parece que haya cambiado demasiado.

—Henry le ha traspasado la tienda de alimentos a Eddie.

—¡Por fin! ¿Y cómo se las está arreglando?

—Pregúntaselo tú misma —respondió señalando hacia la tienda, mientras aparcaban frente a ella.

Eddie estaba fuera al sol y vio a Jess en cuanto se bajó del coche. Se acercó y le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—¡Jessie! Hola, forastera. Hola, señor Dumont.

Jess se sorprendió por el saludo formal que le dedicó a Gabe.

—Gabe tiene que irse. ¿Me ayudas a llevar unos paquetes que quiero enviar por correo?

—Tengo tiempo —interrumpió Gabe antes de que Eddie pudiera responder.

Abrió la puerta y sacó los dos lienzos más grandes.

Perpleja, Jess le entregó otros dos a Eddie y ella tomó el que quedaba. No eran pesados, pero si incómodos de llevar por la manera en que estaban envueltos.

Eddie no dijo nada hasta que Gabriel se fue a su reunión.

—Tienes que rellenar uno de éstos —dijo entregándole un formulario.

Jess comenzó a rellenarlo.

—¿No tienes que atender a los otros clientes?

—Sally puede ocuparse. Además, estamos tranquilos en este momento —dijo refiriéndose a su hermana pequeña—. Así que te casaste con Gabriel Dumont, ¿eh?

—¿Señor Dumont? —bromeó.

El se encogió de hombros.

—Así es como solía llamarlo cuando trabajaba en la tienda después del colegio. Es unos diez años mayor que tú, ¿no?

—Nueve —lo corrigió.

El tono de Eddie comenzaba a irritarla.

—Sí, bueno. Me sorprendí cuando me enteré de la boda.

Una vez relleno el formulario, dejó a un lado el bolígrafo.

—¿Por qué?

—Venga, Jess. Cuando Damon dejó a Kayla, todo el mundo pensó que por fin ibais a estar juntos, como debía haber sido siempre.

En aquel momento, Gabriel regresó y le entregó una tarjeta de crédito.

—Necesitarás esto. Nos encontraremos en el coche dentro de una hora.

—De acuerdo.

Gabe se fue sin decir nada más.

—Siento si he metido la pata —dijo Eddie.

—No te preocupes, pero deja de hablar sobre Damon y yo, ¿de acuerdo? Estoy casada y él también.

—Eso no es lo que dijo hace unos días en el pub. El no se enteró de tu boda hasta que se había celebrado. Nunca se imaginó que Dumont llegaría tan lejos tan rápido. Dijo que si...

—Déjalo —dijo Jess levantando la mano—. No quiero oírlo. ¿Cuánto tengo que pagar por el envío?

Eddie preparó los paquetes para su envío sin hacer ningún otro comentario.

—¿Tarjeta de platino? —dijo Eddie al ver la tarjeta de crédito con la que Jess iba a pagar—. Desde luego que has llegado alto.

Jess ignoró sus palabras. La gente podía creer lo que quisiera.

—Gracias —dijo tomando el recibo—. Hasta luego.

—Adiós.

Le quedaba mucho tiempo todavía, así que decidió aprovechar para saludar a algunas personas del pueblo.

La primera persona a la que vio en la acera era alguien a quien no quería encontrarse. Por desgracia, esa persona ya la había visto.

—¡Jess! —saludó Sylvie.

Consciente de que el rumor correría como la pólvora si la ignoraba, Jess esbozó su mejor sonrisa.

—Qué casualidad verte justo cuando estaba pensando en ti. Voy a celebrar mi cumpleaños con una fiesta, una cena íntima, y me encantaría que Gabe y tú vinierais.

Jess no podía imaginar nada peor que verse confinada en una

fiesta con Sylvie.

—Hablaré con...

La rubia la interrumpió con una sonrisa.

—Oh, disculpa, debería habértelo dicho. Me encontré a Gabe en el banco y me dijo que iría.

Alertada por aquella sonrisa engreída, Jess mantuvo la compostura. Si Sylvie quería verla sangrar, iba a tener que usar un cuchillo mas afilado.

—¿Cuándo es la fiesta?

—Este sábado, a eso de las siete en mi casa. Allí te veré.

Jess hizo un sonido ininteligible y cada una siguió su camino.

Jess se encaminó hacia el banco, tratando de relajarse y vio a Gabe saliendo. Sus ojos se encontraron y se quedó observando cómo se aproximaba a ella, aturdida de nuevo por su imponente aspecto. Si podía producirle aquello en público, entonces estaba en apuros.

—¿Estabas buscándome?

Conmocionada, apenas reparó en la sonrisa de sus labios.

—Me he encontrado a Sylvie.

Eso era justo lo que necesitaba para borrar todo atisbo de deseo.

—¿Y? —preguntó él arqueando una ceja.

—¿No crees que deberías consultar conmigo antes de aceptar una invitación?

—Si te supone algún problema asistir, podemos cancelarlo.

—Esa no es la cuestión. Sé lo que piensas de este matrimonio —dijo tratando de no mostrar emoción en sus palabras—, pero merezco un respeto. Deberías haber hablado conmigo antes.

—Es sólo una fiesta, Jess —dijo rodeándola con su brazo y comenzando a caminar—. No es nada serio.

Ella decidió ceder, antes de montar una escena.

—Quizá no quiera ser amable con tu antigua amante.

—Si no entiendo mal, eso quiere decir que la mantengo. Sylvie es más que capaz de mantenerse ella sola.

Con el rostro sonrojado por aquel sutil recordatorio de que él la mantenía, evitó levantar la cabeza y encontrarse con su mirada burlona.

—Sabes a lo que me refiero. No es mi amiga y no tengo ninguna intención de ir a esa fiesta.

—De acuerdo, iré yo solo.

Aquella respuesta incrementó su furia y se cruzó de brazos.

—No, no irás.

Por suerte, ya habían llegado al coche. El se detuvo y la soltó.

—¿Cómo dices?

—Tú no quieres que vea a Damon. De acuerdo. Pero eso debe servir para ambos. Tú tampoco deberías alternar con tus antiguas amantes.

—La diferencia, querida Jessica, es que yo no voy por ahí confesando mi eterno amor por Sylvie —dijo sacando las llaves del coche—. Puedes venir a la cena o no, pero te equivocas si crees que puedes evitar que vaya.

Jess quería gritar. Tenía razón, ella siempre tenía las de perder. Gabe había afrontado duras circunstancias y eso lo había endurecido. Nunca había cedido ante una mujer, mucho menos iba a hacerlo por una mujer con la que se había casado con la esperanza de que no esperase nada de él.

Pasaron varios días de tensas palabras y silencios forzados, en los que Jess se mantuvo distante mientras decidía qué hacer. Si acudía a la fiesta de Sylvie, Gabe ganaría otra batalla más de su guerra. Pero si no iba, aquella rubia intentaría atraparlo. Y Jess estaba descubriendo que tenía un fuerte sentido de la posesión en lo que a su marido incumbía. Otra cosa para la que no estaba preparada.

Pero mantenerse alejada de Gabe sólo funcionaba por el día. Por la noche, se entregaba a él. A pesar de todo, le gustaba lo viva, apasionada y femenina que le hacía sentir. Además, había empezado a creer que la cama era el único lugar donde Gabe se olvidaba del férreo control de sus emociones.

A veces, en mitad de sus momentos más íntimos, le parecía vislumbrar el hombre que había detrás de aquella máscara. Si pudiera hacer que apartara aquella máscara en otras circunstancias, quizá pudiera descubrir las respuestas que tan desesperadamente necesitaba y saber si su matrimonio era territorio inhóspito. Pero Gabe nunca la dejaría llegar tan lejos, ocultándose tras aquellas barreras tan pronto como sus cuerpos se separaban.

—Es suficiente, Jess —se dijo mientras esparcía pintura en el lienzo.

Tenía que dejar de pensar en todo lo que pasaba en la intimidad de la cama de Gabriel y concentrarse en otras cosas como que

quedaban dos días para la fiesta y que no había tenido noticias de Richard Dusevic.

Un pegote de pintura resbaló del pincel, cayendo sobre el lienzo.

—¡Maldita sea! —dijo y decidió dejarlo antes de que echara a perder la pintura.

Más tarde, después de ducharse, tomó las llaves del coche y se fue de Angel, sin darse la oportunidad de cambiar de opinión. Ya llevaba demasiado tiempo siendo una cobarde.

Había llegado la hora de ir a casa, a la casa de Randall Station, el lugar donde había visto morir a su padre, quien estaba convencido de que Jess podría defender su tierra. Las lágrimas se acumularon en sus ojos y, tratando de contenerlas, se agarró con fuerza al volante y observó el paisaje.

Tardó una hora en llegar a la casa. Tentada de dar media vuelta e irse, apagó el motor y se bajó.

Se había imaginado que se estaría cayendo a pedazos, pero parecía haberse mantenido en buen estado. Subió la escalera y miró a través de las ventanas. Se sorprendió al ver todos sus viejos muebles cubiertos con sábanas.

Con un nudo en la garganta, tomó el pomo de la puerta. Estaba cerrada. No había vuelto allí después de que el banco la desahuciara y se preguntó si alguien se habría molestado en cambiar las cerraduras.

Bajó las escaleras corriendo y se agachó a buscar algo.

—¡Aquí está! —exclamó, sacando una llave oxidada de debajo de una piedra.

Se sacudió la suciedad de las rodillas y se dirigió a la puerta. Si habían cambiado la cerradura, tendría que pedirle a Gabe la nueva llave y en aquel estado de humor, no quería pedirle nada.

Introdujo el metal en la cerradura y la giró.

—Por favor, déjame entrar.

Capítulo Ocho

La puerta se abrió, dándole una cálida bienvenida. Quitándose los zapatos como era su costumbre, entró por el pasillo hasta el salón. Había pasado allí muy buenos momentos. Pero entrar en la cocina fue lo peor. Aquél era el centro de la casa, allí donde su padre y ella se habían sentado muchas noches a hablar mientras tomaban un café.

Todo había salido bien, excepto las finanzas.

Sean Randall consideraba deber de un hombre ocuparse de su familia y tener un techo sobre sus cabezas. Así que había llevado toda la carga él solo y la había mantenido en una nube, sin que se diera cuenta de la amenaza de la ejecución de la hipoteca.

Después, había muerto, haciéndola prometer que sacrificaría todo por aquello.

—¿Cómo pudiste hacerme esto, papá? —dijo, quebrándosela la voz por el llanto mientras se sentaba en el suelo.

La culpabilidad había impedido que se diera cuenta de la ira que sentía desde su muerte, pero, el estar en la casa, había hecho desaparecer su capacidad para disimular.

Cuando dejó de llorar, sintió sed. No salía agua de los grifos, así que salió al coche y encontró una de las botellas de agua que siempre andaban rodando en la parte trasera. Se lavó la cara y decidió no volver a entrar en la casa. Ahora, ya pertenecía al pasado.

Se acercó al pie de las escaleras y comenzó a cortar las malas hierbas. A pesar de que el edificio había sido cuidado, el jardín de Beth Randall había sido descuidado.

—¿Cuidarás de mi jardín, verdad Jessie?

—Sí, mamá —le había dicho a su madre, junto a su lecho de muerte en el hospital.

Había hecho una promesa a su madre y otra a su padre. Entre ambos, la habían dejado atrapada entre recuerdos y emociones.

¿Dónde demonios estaba Jess? Gabe miró el cielo nublado y juró

retorcerle el cuello en cuanto diera con ella.

—¿Está segura de que no dijo adónde iba?

La señora Croft sacudió la cabeza.

—Cuando regresé de Kowhai no estaba aquí. Pensé que habría ido a ver a alguien.

—Voy a salir a echar un vistazo. Si vuelve, dígale que se quede.

—¿Quiere que le avise?

—Si no la encuentro, la llamaré —dijo sacando su teléfono móvil y pensando que tenía que comprar uno para Jess—. ¿Por qué no se va a casa?

—¿Está seguro?

—Puede estar atenta a su llegada desde su casa. Desde allí, puede ver el camino de entrada.

El se metió en el jeep. Mientras daba marcha atrás y tomaba el camino, pensó en los sitios a los que su esposa podía haber ido sin avisar, teniendo en cuenta además lo enfadada que estaba con él.

Su mentón se tensó. No, no sería tan tonta como para haber ido a ver a Damon. Decidió concederle el beneficio de la duda y se dirigió hacia el único lugar con el que se mantenía más unida que con nada ni con nadie.

Los baches de las carreteras hicieron el camino lento y cuando la noche cayó cerca del límite de las dos fincas, tuvo que reducir aún más la velocidad. Cuando por fin llegó a lo que había sido la finca Randall, estaba maldiciendo la hora en la que no había seguido su instinto para ir tras el hombre del que Jess estaba enamorada.

Pero unos metros después, sus pensamientos cambiaron cuando los faros iluminaron la camioneta. No había nadie dentro y eso le preocupó. Si se había lesionado, podía llevar allí horas. Atento a cualquier señal, procedió a aparcar junto al otro vehículo.

Los faros iluminaron una pequeña figura sentada en las escaleras del porche, que levantó la mano para ocultar los ojos del resplandor. Al verla, su preocupación se trasformó en ira. Apagó las luces y el motor, y se bajó.

—¿Gabe? —dijo ella sorprendida—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscándote, eso es lo que estoy haciendo —respondió, haciéndola ponerse de pie— ¿Qué clase de travesura infantil crees que estás haciendo?

—¿Travesura? —repitió molesta, empujándolo por los hombros

—. He venido a visitar el único sitio que ha sido mi hogar para sentirme cerca de las personas que me han querido. ¿Ni siquiera me dejas hacer eso?

—Estáte quieta, Jessie —dijo sujetándola firmemente.

Ella intentó soltarse, pero la sujetaba con tanta fuerza que apenas podía moverse.

—Maldito seas. Nunca has querido a nadie en tu vida. ¿Cómo vas a saber lo que se siente cuando lo pierdes todo?

Él se puso rígido, pero cegada por su angustia, no le prestó atención.

—Ni siquiera llevas flores a sus tumbas —continuó.

—Cierra la boca y no digas nada más.

—¿Por qué? —lo retó, rechazando sentirse intimidada—. ¿Acaso no te gusta escuchar la verdad?

La soltó tan bruscamente que casi perdió el equilibrio.

—¿Qué sabes tú de la verdad? —preguntó de manera cortante.

—Sé que tu padre cambió el nombre de la finca de Dumont Station a Angel Station porque a tu madre le gustaban los ángeles y él la amaba.

Todo el mundo en Kowhai conocía esa historia.

—Sí, el gran romance Dumont.

Aquella fría respuesta la molestó y Jess no supo muy bien por qué.

—Sólo porque eres de piedra no tienes derecho a burlarte de su amor.

—¡Tengo todo el derecho! —exclamó levantando la voz y subiéndose la manga de la camisa para mostrar las cicatrices de las quemaduras de su brazo—. Me gané ese derecho.

Sorprendida por aquella muestra de ira, Jess frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? —dijo observando las cicatrices—. ¿Qué tienen que ver esas quemaduras con tus padres?

—Todo.

—Pero el incendio fue un accidente.

De pronto, su comportamiento dio un cambio brusco. Fue como ver que su máscara caía. Se bajó la manga y señaló hacia los coches.

—Vayámonos antes de que empiece a llover.

Ella lo tomó por el brazo.

—¿Gabe? ¿Qué has querido decir?

—Iré delante —dijo él a modo de respuesta y se soltó—. Sígueme tan cerca como puedas. De noche, estos caminos son complicados.

No había ni rastro de la furia que había mostrado tan sólo unos segundos antes, pero era evidente que seguía tenso.

—No puedes hacer esto —protestó ella—. Soy tu esposa y tengo derecho a conocer tu pasado.

—¿Por qué te empeñas en recordar nuestro matrimonio? —preguntó bruscamente—. Lo único que tienes derecho a saber es que puedo darte un buen hogar a ti y al hijo que acordaste darme. Si tienes alguna duda sobre eso, te mostraré las cuentas mañana.

Jess sabía que estaba siendo cruel para evitar que siguiera haciéndole preguntas, pero eso no evitó que aquello le doliera, cosa que no llegaba a entender.

—¿Me estás llamando cazafortunas?

—No, Jess. Siempre pensé que era un trato justo. ¿Cómo si no iba a haber encontrado una mujer dispuesta a no indagar en mi vida? —dijo abriendo la puerta del Jeep—. Así que procura cumplir tu parte del trato. No quiero nada más de ti.

Aquella noche, Jess esperó despierta en la cama a que Gabe fuera a buscarla como de costumbre. Pero las horas pasaron y la puerta entre sus habitaciones permaneció cerrada. Una extraña sensación se apoderó de ella. ¿Se sentía frustrada? No, por supuesto que no. Era sencillamente que le habría gustado poder hablar con él acerca de lo que había mencionado anteriormente.

—Deja de engañarte —se dijo a sí misma— Hablar no es lo que mejor que se le da en la cama

Tenía que admitir que ella era tan culpable como Gabe de la enorme carga sexual que tenía su matrimonio. Si ella no hubiera sido tan buena amante, ¿habría sido él tan exigente?

Apartó las sábanas de una patada y cruzó los brazos bajo su cabeza. Era evidente que Gabe estaba muy enfadado por lo que le había dicho esa noche. Pero eso nunca había sido un impedimento para acudir a ella. Parecía como si le hubiera tocado la fibra sensible, sin saber cómo.

No había ningún misterio acerca del incendio. Se había considerado un accidente. Entonces, recordó que había sido la mención al cariño de sus padres lo que le había afectado en primer lugar. Había crecido escuchando las historias de cómo Stephen

Dumont se había casado con Mary Hannah el mismo día de su graduación. Se habían hecho inseparables desde el primer momento y habían tenido cuatro hijos. ¿Por qué le afectaba tanto recordar aquel amor?

—Deja de pensar y comienza a actuar, Jess —se dijo, levantándose y poniéndose la bata.

Quizá Gabe pensara que la había hecho callar al referirse de manera tan cruel a su matrimonio. Quizá, pensó recordando la pesadilla que había tenido, se había acercado demasiado a aquello que lo asustaba. Había llegado el momento de averiguarlo.

El dormitorio principal parecía estar vacío. Se imaginó que Gabe continuaría en su estudio, así que bajó la escalera y atravesó el pasillo. La luz que escapaba por la puerta entreabierta, confirmó su sospecha.

Puso la mano en el pomo, preparada para abrir la puerta. Entonces, Gabriel habló y lo que escuchó la dejó de piedra.

—No sabe nada de eso y así seguirá —dijo y se hizo un breve silencio—. Es asunto mío cómo trato a mi esposa. No, Sylvie no dirá nada, ya he hablado con ella.

Jess se llevó la mano a la boca para contener un grito. Gabe le había contado sus secretos a su antiguo amor, pero no quería contárselos a su esposa.

—No hay problema. Jess no se dará cuenta.

Comenzó a alejarse de la puerta, tratando de no hacer ruido. Era una estúpida. Si los comentarios de Gabriel no se lo habían dejado suficientemente claro, era evidente por la manera en que acababa de hablar que tan sólo la consideraba una propiedad. Era la esposa que le daría descendencia, manteniéndose apartada de su vida. Y allí estaba, con la esperanza de ayudarlo a enfrentarse con sus demonios.

«Así que procura cumplir tu parte del trato. No quiero nada más de ti»

¿Por qué no había prestado atención a aquel comentario? La pregunta atormentaba a Jess de camino a su estudio. Una vez allí, encendió la luz y cerró la puerta, pero se resistió a llorar a pesar de lo mucho que le dolía pensar que Gabe había compartido sus secretos con Sylvie.

No quería pararse a pensar en ello. Al menos, la humillación que sentía la había hecho aclarar sus ideas, haciendo desaparecer los

sueños que había comenzado a construir. La única manera en la que iba a sobrevivir a aquel matrimonio era hacer como Gabe y ocultar sus emociones de modo que nada ni nadie pudiera descubrirlas.

Tomó un pincel y comenzó a dar los últimos retoques al retrato de Damon. Los minutos pasaron y estaba tan concentrada, que no se dio cuenta cuando la puerta se abrió y apareció Gabe.

—Pensé que estabas durmiendo.

Jess no hizo nada por ocultar el retrato. El se acercó y se quedó mirándolo sin decir nada, mientras ella daba el toque final y daba un paso atrás.

—Terminado.

—Sí —convino Gabe en tono tenso—. Esa etapa de tu vida ya pasó.

Jess guardó la paleta y el pincel y se miró las manos en busca de manchas de pintura

—¿Y tu relación con Sylvie también? —dijo ella arrepintiéndose al instante—. Olvídalo.

Evidentemente, ella no era tan buena como Gabe ocultando sus emociones.

—No me estoy acostando más que contigo.

—Te he dicho que lo olvides.

Una vez hubo recogido, fue a salir, pero Gabe le bloqueó el paso.

—No quiero hacerlo —respondió él, acariciándole un mechón de pelo—. ¿Estás celosa, Jess?

Parecía estar bromeando, pero sus ojos brillaban con una intensidad que no transmitía burla, sino deseo.

Rápidamente, el ambiente pasó de tenso a sensual. Cuando él inclinó su cabeza sobre la de ella, una sensación de fatalidad la invadió. Le había molestado la forma en que la había ignorado antes. Pero en aquel momento, no podía moverse y una parte de ella se odiaba por eso. Deseaba sentir su roce.

Si no hubiera sido por el incesante sonido del teléfono, el poco orgullo que le quedaba la habría hecho sucumbir.

Maldiciendo, Gabe descolgó el aparato de aquella habitación.

—¿Hola? —dijo y su rostro se quedó congelado al instante—. Es la una de la mañana.

Sin saber cómo, Jess adivinó que se trataba de Damon.

—Deshazte de él —le ordenó, entregándole el auricular.

Gabe la miró disgustado al ver que no colgaba enseguida y se dio media vuelta para marcharse, pero ella lo detuvo tomándolo de la camisa.

—Espera —dijo cubriendo el micrófono mientras miraba a los ojos furiosos de su esposo— Algo le ha pasado a Kayla. Están en la consulta del doctor Mackey y Damon está desesperado. Dice que cree que no van a poder salvar al bebé.

No se habría sorprendido si Gabe se hubiera soltado. Pero en su lugar, tomó el teléfono y habló con Damon.

—Jess va a cambiarse. Estaremos ahí enseguida.

Capítulo Nueve

Cuando llegaron a Kowhai, la ambulancia estaba de camino. El doctor Mackey seguía muy preocupado.

—¿Puedes decirnos lo que está pasando? —preguntó Jess—. Damon ha dicho que el bebé...

—Parece que Kayla se ha puesto de parto antes de tiempo. Le he dado una medicación para detenerlo, pero... —dijo sacudiendo la cabeza—. Eso no es lo peor de todo. Tiene la presión sanguínea demasiado alta.

No hacía falta que nadie le dijera a Jess que la consulta no tenía el equipo ni los recursos necesarios para afrontar aquella situación.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Sacad a Damon de aquí. Está desesperado y eso no ayuda. Voy a volver dentro a ver cómo sigue Kayla.

En ese momento, Damon salió de la sala de espera.

—Jess, no sé qué hacer.

Lo abrazó, mirando a Gabe. Su marido asintió.

—Venga —dijo al joven—. ¿Por qué no vamos al aparcamiento a esperar?

Aliviado de tener algo que hacer, Damon lo siguió. Jess esperó a que el doctor Mackey saliera de la habitación de Kayla para preguntarle si podía quedarse con ella.

—Es una buena idea, Jess —dijo el doctor frotándose los ojos—. Voy a llamar al hospital a asegurarme de que están preparados.

Jess entró en la habitación de Kayla y se sentó junto a su cama, insegura de cuál sería su reacción cuando la viera.

—Hola.

En el rostro pálido de Kayla, se dibujó una sonrisa.

—Oh, Jess, me alegro de que estés aquí —dijo alargando la mano.

Jess la estrechó entre la suya, deseando poder ayudarla. Era una ironía ser el apoyo de la única mujer a la que Jess siempre había considerado la causa de su mayor desengaño amoroso. Pero en aquel momento, Jess no podía más que sentir lástima por ella.

Veinte minutos más tarde, la ambulancia llegó.

—Gabe, ¿puedes ocuparte de apagar las luces? —preguntó el doctor mientras se metía en la ambulancia con su paciente y Damon.

Gabe asintió.

—No te preocupes.

Se hicieron a un lado al arrancar la ambulancia con la sirena sonando. Poco más tarde, estaban de camino a casa. Cuando Gabe la llevó hasta su dormitorio, ella no protestó.

Se quedaron dormidos abrazados, sin que Jess tuviera ninguna intención de levantarse enseguida. Aun así, Gabe se levantó un par de horas más tarde. Jess sabía que las fincas no se mantenían solas y, en el poco tiempo que llevaban casados, se había dado cuenta de que le resultaba imposible delegar.

—Deja que Jim se ocupe —dijo con voz somnolienta, dándole el teléfono—. Duerme un poco más.

El la miró con expresión inescrutable. Luego, hizo la llamada y volvió a acostarse junto a ella, abrazándola. Jess se quedó sorprendida de que le hubiera hecho caso y después cayó en un profundo sueño.

—Ha llamado Damon —le dijo Jess a Gabe mientras cenaban al día siguiente—. Kayla está estable. Han conseguido retrasar el parto, pero los médicos la mantienen en observación. Dicen que es posible que dé a luz a pesar de las medicinas.

—¿Quieres ir al hospital?

Sus miradas se encontraron.

—No hace falta. Damon está con ella y parece estar calmado.

—No estaba pensando en Kayla.

—Yo sí.

Al parecer, la tregua había llegado a su fin

Había estado a punto de olvidar la humillante conversación que había escuchado la noche anterior, una conversación que le había mostrado lo poco que significaba para Gabe.

Terminaron de cenar en silencio y Jess subió a su habitación. Lo último en lo que pensaba era en dormir. La situación de Kayla había hecho saltar una alarma en su cabeza. Tan sólo tenía que echar un vistazo a su calendario para confirmar aquel presentimiento. Por suerte, había tenido la previsión de comprar una prueba de

embarazo en Los Ángeles, puesto que si lo hubiera hecho en Kowhai, todos en la ciudad se habrían enterado al cabo de unos minutos.

Se había obligado a esperar hasta después de cenar y de que Gabe se retirara a su estudio, para evitar interrupciones. Ahora, tan sólo le quedaba esperar un minuto, el minuto que podía cambiarle la vida. Sintió un remolino de emociones en su interior: miedo, ilusión, alegría...

Había aceptado aquel matrimonio asumiendo que podría darle un heredero a Gabriel. Lo que no había tenido en cuenta era el hecho de traer un hijo al mundo con un hombre que quizá nunca quisiera a ese niño. Su marido parecía incapaz de mostrar ternura.

La alarma de su reloj comenzó a sonar.

Miró el indicador y se preparó para el resultado, fuera el que fuese.

—¡Oh!

Sin saber cómo, se encontró en el suelo del cuarto de baño, temblando. Su primera reacción fue ir a contárselo a Gabriel, pero algo la detuvo. Necesitaba tiempo para hacerse a la idea, para levantar barreras alrededor de la vulnerabilidad que se abría en su corazón.

Iba a tener un bebé. El bebé de Gabriel. Y en cuanto él lo supiera, perdería cualquier esperanza de que la viera como algo más que el vehículo que le daría un heredero. Jess no podía dejar que eso sucediera, aunque tampoco sabía por qué. Parecía más ético que hubiera algo más entre ellos. Pero si Gabe se enteraba de lo del bebé, no vería motivo para cambiar y menos cuando iba a tener todo lo que quería.

No, no podía decírselo todavía.

A pesar de que estaba segura de haber tomado la decisión correcta, apenas pudo dormir y pasó casi todo el día siguiente tratando de asumir su embarazo. Por la noche, estaba a punto de perder la paciencia mientras se ponía un sencillo vestido negro, sin mangas, que marcaba las curvas de su cuerpo y le llegaba hasta las rodillas.

Era el vestido más sexy que tenía, pero estaba segura de que Sylvie se pondría algo impresionante.

Jess miró el armario y reparó en un vestido estrecho color vino que nunca antes se había puesto. Si no lo hacía pronto, ya no le serviría.

—Deja de pensarlo —se dijo—. Necesitas todos tus encantos esta noche.

Decidida, apoyó un pie en la cama y se dispuso a ponerse unas finas medias de encaje negro. Estaba acabando de ponérselas, cuando Gabriel entró. Se quedó inmóvil al ver cómo le miraba las piernas hasta sus muslos desnudos. Luego, comenzó a acercarse a ella. Vestido con unos pantalones negros y una camisa verde que le resultaba familiar, estaba lo suficientemente guapo como para llamar la atención de cualquier mujer, incluso una tan conflictiva como Jess.

Deteniéndose junto a ella, puso la mano en su rodilla. Prisionera de su propio e inexplicable deseo, observó cómo se inclinaba para besar su muslo. Una oleada de sensaciones se apoderó de ella. Y supo que aquel gesto tan galán, era una declaración de que le pertenecía.

Al enderezarse, vio el deseo reflejado en sus ojos.

—Termina.

Debería haber protestado ante aquella orden, pero su cabeza estaba fuera de control, al haberse dejado llevar por la potente masculinidad de aquel hombre de la que no podía resistirse. Bajó el pie al suelo, pero ni aun así pudo recuperar su sensación de equilibrio.

—Tengo que ponerme los zapatos —dijo ella con voz susurrante, a modo de invitación.

Gabe colocó sus manos sobre los hombros de Jess y la hizo darse la vuelta. Estaba a punto de preguntarle qué era lo que quería cuando él deslizó las manos por sus costados, hasta llegar a las curvas de sus pechos.

Deseaba gritar, pero su cuerpo ya se había entregado a él. Al tomarla de las caderas, le subió el vestido y acarició la parte superior de las medias. Sorprendida por la fuerza del deseo que crecía en su interior, trató de resistirse, pero se encontró piel con piel.

Sus labios besaron la curva de su cuello, mientras sentía su erección contra ella.

—Gabe —suplicó.

El la besó en el lóbulo de la oreja.

—Sujétate el vestido.

Una vez más, supo que no debería obedecer, que no debería rendirse a él. Pero su cuerpo era ajeno a su voluntad. El volvió a tomarla por la cintura y, para su sorpresa, se apartó.

Sintiéndose confusa por su reacción, hizo amago de bajarse el vestido. Él se apretó contra ella una vez más.

—Espera —dijo con la autoridad de un hombre que estaba acostumbrado a dar órdenes.

—¿Por qué? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Porque te falta algo —dijo empujándola suavemente hacia el espejo.

—¿Qué...?

—Esto —dijo colocándole algo frío y brillante alrededor del cuello.

—¡Gabe!

El brillo de una esmeralda resplandeció en el espejo

Gabe cerró el broche y recorrió con sus manos el oro hasta llegar a la esmeralda. Sus nudillos rozaron la parte alta de sus pechos, haciéndola contener la respiración.

—Es precioso —dijo él apoyando una de sus manos en la cadera de Jess.

—No puedo... —comenzó a decir, sorprendida por aquel regalo tan caro.

—No discutas —dijo haciéndola girar y estrechándola contra él.

—¿Por qué? Estamos peleados —repuso ella acariciando la esmeralda.

El deslizó sus manos bajo el vestido de Jess, haciéndola emitir un gemido. Soltó la esmeralda y lo rodeó con sus brazos.

—Eres mi esposa —dijo como si fuera razón suficiente.

—Pero tú has...

Gabe la interrumpió besándola, mientras la tomaba por el trasero. Su abrazo se hizo íntimo y él la atrajo hacia sí.

Jess sintió su corazón latir con fuerza. Había algo extraño en los ojos de Gabriel.

El sonrió satisfecho, haciéndola sentir un nudo en el estómago.

—Jessica, querida, ¿quieres que lleguemos tarde a la fiesta?

Lo cierto es que lo había olvidado.

—Eres tú el que me ha interrumpido —dijo ella consciente de las

caricias de sus manos por su cuerpo.

—Eso es cierto —murmuró él buscando sus labios mientras hundía los dedos en un cuerpo entregado a la seducción.

Separándose de su boca, Jess echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar por el placer. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando él se apartó.

Aturdida, se balanceó recuperando el equilibrio, mientras él se colocaba detrás de ella. Tenía el pelo revuelto y al levantar la mano para apartárselo de la cara, se dio cuenta del instinto primitivo que se había apoderado de Gabe. Ésa fue la señal de que su marido había perdido el control antes de que le levantara la falda del vestido y la penetrara.

Gimiendo, trató de moverse a su ritmo, pero era demasiado rápido para seguirlo.

Gabe la rodeó por la cintura y la mordió en el cuello.

—Ahora, Jess, ahora.

En el último segundo, sus ojos se encontraron en el espejo y Jess supo que habían cruzado una línea. La cuestión era descubrir qué había al otro lado.

Llegaron cuarenta minutos tarde a la fiesta. El vestido de Jess se había quedado irremediablemente arrugado, así que después de una rápida ducha con Gabe, se puso una falda estrecha y un jersey, ambos negros. El collar brillaba sobre su piel. Gabe había insistido para que se pusiera las medias otra vez y había aceptado. Quería sentirse sexy, especialmente teniendo en cuenta que Sylvie estaría allí.

La camisa de Gabe estaba impecable y volvió a ponérsela. Al llegar a casa de Sylvie, Jess reparó en que el color resaltaba sus ojos. Aunque Gabe fuera rico y poderoso, la indumentaria no estaba entre sus prioridades. El hecho de que hubiera elegido la ropa con tanto cuidado para la fiesta de Sylvie, la entristeció, disipando cualquier rastro de sensualidad.

Sylvie sonrió y agradeció con un beso a Gabe la botella de vino que le entregó como regalo de cumpleaños.

—Ese verde resalta tus ojos, querido.

Jess se preguntó por qué no la había saludado a ella con un beso

también y tomó a Gabe por el brazo. Enseguida los ojos de Sylvie se detuvieron en la esmeralda y, a pesar de que intentó disimular, una expresión de ira asomó en su rostro. Aquella reacción le hizo alegrarse.

—El mérito no es sólo mío. Jess es la responsable.

Jess se sorprendió tanto al oír el comentario de Gabe que no pudo articular palabra.

—No sabía que tenías tan buen gusto —dijo Sylvie esbozando una fría sonrisa—. Siempre vas tan sencilla...

—Prefiero dejar lugar a la imaginación —dijo Jess sonriendo y dirigiendo una mirada de soslayo al corto vestido negro que llevaba su rival.

Lo peor del asunto era que aquel vestido que se veía tan sexy en Sylvie, habría parecido vulgar en cualquier otra mujer.

Por suerte, otros invitados rezagados entraron después de ellos y pudieron separarse de la anfitriona.

—¿A qué te has referido cuando has dicho que soy responsable? —preguntó Jess.

—A mi cumpleaños del año pasado.

—Oh —dijo recordando haberle regalado la camisa—. No estaba segura de haber comprado la talla adecuada.

—Es evidente que ya te habías fijado en mi cuerpo incluso antes de marcharte —dijo él acariciándole la mejilla.

Sonrojándose, no pudo evitar recordar su encuentro frente al espejo. Gabe sonrió y tomó dos copas de vino que le ofrecía un camarero.

—¿Podría tomar un zumo?

El cambió la bebida y se la entregó.

—Pensé que te gustaba el vino blanco.

—No me apetece esta noche —mintió, preguntándose cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de por qué no quería beber.

En aquel momento, un terrateniente que Jess apenas conocía, se acercó.

—Gabriel, quería hablar contigo.

Jess se quedó hablando con la esposa de aquel hombre hasta que otra pareja se les unió. Eso le permitió observar y se dio cuenta de que estaba entre el grupo de personas más poderosas de la habitación.

Enseguida se percató de que todos acudían a Gabe en busca de consejo. Lo respetaban más de lo que se había dado cuenta.

A pesar de que había crecido en una finca, su padre nunca le había enseñado cómo llevar los negocios. No era la perfecta anfitriona ni se le daba bien conversar y era evidente que Gabe necesitaba aquellas cosas en una esposa.

—¿Está todo bien por aquí? —preguntó Sylvie, colocándose junto a Gabe.

—Es una fiesta fabulosa—dijo una de las mujeres de mayor edad.

—Quería que fuera una fiesta íntima, sólo con mis mejores amigos. Creo que la cena está lista —anunció Sylvie—. ¿Por qué no pasamos al comedor? He puesto tarjetas en la mesa indicando el lugar de cada uno.

Jess tuvo una extraña sensación de dónde y con quién la habría colocado. Sylvie se situó en el centro de la mesa, con Gabriel a su derecha y otro hombre a su izquierda

Jess estaba frente a la homenajeada, entre una mujer conocida por sus fiestas y un hombre curiosamente vestido, que debía de ser la pareja oficial de Sylvie.

Gabe se puso de pie, con una copa de vino en la mano. Todos se quedaron en silencio.

—Puesto que los padres de Sylvie están de viaje, me ha pedido que haga yo el brindis —dijo mirando a la anfitriona—. Creo que estaréis de acuerdo conmigo de que Sylvie ha conseguido un montón de cosas a pesar de ser tan joven.

Jess entrelazó sus manos bajo la mesa, tratando de que las palabras de Gabe no tuvieran efecto en ella.

—Tiene muchos motivos para estar orgullosa y os invito a todos a que os unáis a mi felicitación por todo lo que ha conseguido y por lo que conseguirá. Feliz cumpleaños, Sylvie.

Los demás aplaudieron y Sylvie tomó del brazo a Gabe mientras él se sentaba. Jess se obligó a apartar la mirada. No quería darle el gusto a Sylvie de parecer una esposa celosa. En aquel momento, sus ojos se encontraron con los del hombre que tenía a su lado.

—Soy Jason —dijo él sonriendo

—Jess —dijo tratando de relajarse—. ¿A qué te dedicas, Jason?

—Soy abogado. Oh, discúlpame —dijo él girándose para contestar una pregunta de la mujer que tenía al otro lado.

—Jessica, querida, quería hablar contigo.

Sorprendida, Jess miró a su izquierda.

—¿Señora Kilpatrick?

¿De qué podía querer hablarle?

—¿Por qué no me habías dicho que eres tan buena artista?

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Jess sorprendida, dejando la copa de zumo que acababa de tomar.

—Hace años que soy amiga de Richard Dusevic. La semana pasada coincidimos en una importante exposición en Australia. No veía el momento de regresar desde que su secretaria lo llamó para decirle que el paquete de J.B. Randall había llegado —respondió la señora Kilpatrick sonriendo—. Después de eso, tenía que ver las pinturas y fui a tu galería antes de volar hasta aquí anoche.

Jess levantó la mirada al oír las risas de Sylvie y vio a Gabe sonriéndole de una manera que no solía hacer con su esposa. Con un nudo en el estómago, volvió la atención hacia la señora Kilpatrick.

—Imagínate la sorpresa que me llevé cuando supe que J.B. Randall era nuestra Jessie.

—¿Así que a Richard le ha gustado mi trabajo? —preguntó, deseando lanzarle la copa a Sylvie al oírla reír de nuevo.

—Quedé con él en que yo te daría la noticia, puesto que te conozco desde niña. ¡Quiere montar una exposición exclusiva de tu trabajo!

Jess se quedó sorprendida. Una exposición exclusiva era algo insólito para un artista novel. Pero ni siquiera la alegría de aquella noticia podía hacer desaparecer el enfado que sentía al ver a Sylvie coqueteando descaradamente con Gabriel.

—¿Puedes hacerme un favor? —preguntó Jason unos minutos más tarde, mientras la señora Kilpatrick hablaba con otros invitados.

—Claro —dijo mirando al otro lado de la mesa—. ¿De qué se trata?

Su apuesto compañero de mesa se inclinó hacia ella.

—Coquetea conmigo.

—¿Cómo?

—Mira, Sylvie me ha invitado a esta fiesta para ser su pareja.

—¿Y?

—Parece que tiene la intención de ignorarme durante toda la noche y si no me equivoco, ha puesto los ojos en tu marido.

—Gabe no es tan fácil de atrapar.

—¿No te gustaría hacerle sentir incómodo? Sé que es una chiquillada por nuestra parte, pero él parece estar disfrutando.

—No puede ser —repuso Jess, aunque pensaba lo mismo.

En aquel momento, estaba muy enfadada con Gabriel. Teniendo en cuenta lo que había escuchado dos noches antes, era evidente que Sylvie y él tenían una relación más intensa de lo que en principio había pensado. A pesar de que se hubiera casado con Jess, era a Sylvie a quién contaba sus secretos. Y ésa era una traición que Jess no podía ignorar.

Jason se acercó aún más.

—¿Qué me dirías si te digo que tu marido ha empezado a prestar atención a lo que está ocurriendo a este lado de la mesa?

Jess hizo un gran esfuerzo por no mirar hacia Gabe.

—¿Crees que dará resultado?

—Por supuesto. Soy rico, atractivo y tengo éxito, por no hablar de mi encanto.

—Eres una amenaza también.

Jess sabía que se estaba metiendo en aguas pantanosas, pero le daba igual. De cualquier manera, no tenía nada que ver con Jason. Era agradable y endiabladamente encantador, pero el hombre que ocupaba sus pensamientos estaba sentado al otro lado de la mesa.

Su cabeza se detuvo en seco. ¿Desde cuándo era Gabriel el hombre en el que más pensaba? Siempre había sido Damon quién había ocupado un lugar especial en su corazón. Pero ahora, ese lugar lo ocupaba Gabriel y eso la aterrorizaba.

—¿Alguna vez vas Auckland? —preguntó Jason, sacando una tarjeta de visita de su bolsillo.

Ella sonrió ante el espectáculo que estaban simulando.

—Tengo que ir en breve.

—Ven a verme —dijo entregándole la tarjeta.

Jess la dejó junto a su plato.

—Estoy casada.

—Eso no es obstáculo para algunos.

—Para mí sí —dijo manteniendo su mirada.

—De todas formas, quédate con la tarjeta. Quizá algún día necesites un abogado y yo soy muy bueno —dijo él y levantó su copa para brindar con la de ella.

Jess mantuvo la cabeza baja mientras daba un sorbo a su zumo. Estaba segura de que Gabriel ni siquiera había reparado en la farsa de Jason y, aunque lo hubiera hecho, no se lo habría tomado en serio. Aun así, algo en su interior confiaba en que no fuera así.

Respiró hondo, levantó la cabeza y se encontró con los ojos verdes de Gabe. Se quedó sin respiración y se llevó la mano a la esmeralda. Era imposible no recordar lo que había sucedido entre ellos, pero enseguida dejó caer su mano al ver la sonrisa irónica de él.

De todas formas, el daño ya estaba hecho. Con una simple mirada, Gabriel le había hecho entender que se había dado cuenta de su ridículo intento de ponerle celoso y no le había preocupado lo más mínimo, puesto que era suya.

Una punzada de dolor atravesó su corazón. ¿Por qué le dolía reconocer la verdad? Había aceptado un frío acuerdo y lo sabía. Pero de repente le preocupaba haberse metido en un matrimonio con un hombre que nunca la vería como un marido debiera ver a su mujer.

No debía ser hipócrita, se dijo. No amaba a Gabe. Ella siempre había amado a Damon. No tenía derecho a protestar si su marido estuviera enamorado antes de llegar a su vida.

Pero le importaba. De repente, todo le importaba.

Jess dejó el bolso en la cómoda y se quitó los zapatos antes de sentarse en la cama para quitarse las medias.

Un segundo más tarde, Gabe entró.

—Había un mensaje de Richard Dusevic en el contestador. Te llamará mañana otra vez.

—La señora Kilpatrick ya me ha contado de qué se trata —dijo y le contó los detalles sin la ilusión que siempre había pensado que sentiría cuando llegara aquel momento.

—Enhorabuena. ¿Tienes obras suficientes para una exposición? —dijo atravesando la alfombra hasta colocarse frente a ella.

Ella sintió que se le erizaba el vello de la espalda.

—Algunas de las obras que guardaste sirven. Además he dedicado mucho tiempo durante el último año.

—Eres una mujer decidida. Estoy seguro de que la exhibición será un éxito. Pero Jess —dijo tomándola de la barbilla para que la

levantara—, ese juego que estabas jugando durante la cena, no vuelvas a hacerlo.

Sorprendida por la ira que se ocultaba tras aquellas palabras, preguntó.

—¿Por qué no? ¿Debería haber permanecido de piedra mientras tú no dejabas de mirar el escote de Sylvie?

—No, mi querida esposa —dijo sujetándola por la barbilla—, no puedes acusarme de eso. Si quisiera ver el cuerpo de una mujer, lo haría en privado. Tú, sin embargo, estabas dando un espectáculo con tu amigo.

—Por favor —murmuró—. Llevo un jersey. No puedo ir más discreta.

—Ahora mismo, puedo ver el principio de tus pechos y los bordes de tu sujetador —dijo en tono peligroso.

Sonrojada, evitó cruzar los brazos sobre su pecho.

—Estás mirándome desde otro ángulo. Además, como has dicho en muchas ocasiones, te casaste conmigo porque era simpática, y sencilla, la esposa ideal que siempre habías querido. Bien, seré esa clase de esposa —prometió—. Pero entiende una cosa: no soy una alfombra que puedas pisar cada vez que quieras.

El soltó su barbilla y la hizo levantarse.

—Ten mucho cuidado de lo que me acusas, Jess.

—Dime Gabe, ¿es por eso que querías una esposa sumisa, para vivir la vida a tu manera?

Capítulo Diez

—Yo no soy el que va por ahí mostrando amor hacia otro hombre —dijo sujetándola con tanta fuerza que casi la levantaba del suelo.

—No creas que vas a ser libre para ir tras él acusándome de infidelidad.

—¿De veras crees que haría algo así? —preguntó, sintiéndose dolida en su interior—. Su esposa está en el hospital y están a punto de tener un bebé.

—Deja de actuar, Jess. Has sido muy amable con Kayla, pero ¿no será porque te sientes culpable? Si Damon estuviera aquí y te pidiera que te casaras con él, lo aceptarías esté su esposa embarazada o no.

La soltó bruscamente y se pasó la mano por el pelo.

La sangre se le heló en las venas y se dejó caer en la cama.

—Sal de aquí y déjame sola.

—¿Esa es tu forma de afrontar la realidad, escondiendo la cabeza?

Ella levantó la cabeza, tratando de contener las lágrimas.

—Ya me doy cuenta del tipo de persona que crees que soy. Me crees capaz de traicionar mi matrimonio y arruinar la vida de una mujer y de su bebé. ¿Por qué ibas a querer estar en la misma habitación que yo?

Gabriel se estaba haciendo la misma pregunta. Cada vez que Jess estaba junto a Damon, se iluminaba como una bombilla. No tenía ninguna duda de que si se presentara la ocasión, ella elegiría al otro hombre. Gabe debería haberse alejado de Jess en cuanto se dio cuenta de eso, pero sin embargo, se había casado con ella. Lo peor era que no podía mantenerse alejado. Seguramente fuera por el sexo, se dijo. Jess era una amante muy diferente a las que había tenido.

—Me casé contigo no por la conversación —dijo furioso, tanto por su amor hacia Damon como por la manera en que había coqueteado con el abogado—. Acostarme contigo no implica que tengas que gustarme.

Jess se quedó callada unos segundos. Luego, se puso de pie y comenzó a quitarse el jersey.

—Bien, pues hagámoslo para que pueda irme a dormir.

—¿Crees que puedes mantener esa fría expresión después de que te toque? En cuanto te tenga entre mis brazos...

—Aunque esté entre tus brazos, no es en ti en quien estoy pensando.

Gabe sintió que cada uno de sus músculos se tensaba, así que salió de la habitación y cerró la puerta dando un portazo. Había sido un estúpido por creer que podría escapar del pasado. Pero, después de todo, era hijo de su padre.

Jess se tumbó en la cama, y contuvo sus sollozos, tratando de no pensar en nada. Pero su cabeza era incapaz de detenerse. Estaba esperando un hijo de un hombre que la veía como una traidora.

No tenía salida. Si lo dejaba, vendería su casa familiar a los constructores. Gabriel Dumont no había llegado hasta donde estaba por permitir que se inter-pusieran en su camino. La había convertido en su esposa y no la dejaría ir.

Pero algo había cambiado en ella. Por primera vez, consideró la posibilidad de perder la finca Randall. Aquel lugar era el último recuerdo que tenía de sus padres. La única manera de mantenerlo, era seguir con aquel matrimonio que amenazaba con hacerla pedazos.

Después de lo que había pasado la noche anterior, Jess buscaba paz y tranquilidad, pero una llamada de teléfono lo alteró todo.

—Muchas gracias, Richard —dijo sentándose en su estudio.

—No me lo agradezcas. Has hecho un buen trabajo —dijo—. Me gustan todas tus obras, pero creo que los retratos son tu fuerte.

—Sí —respondió—. Es lo que más me gusta.

Le gustaban los retratos, imaginar las historias detrás de las arrugas, las miradas y las sonrisas

—Bien porque quiero organizar la exposición centrada en los retratos. Tienes un don, Jess —dijo—. Es cierto que todavía tienes que madurar tu estilo, pero me gusta.

Richard Dusevic la estaba halagando. Después de oír aquello se sentía más tranquila.

—¿Tanto como para montar una exposición?

—No te lo habría dicho si tuviera alguna duda. Tu trabajo es muy sincero, a veces demasiado. No escondes emociones ni dejas que tus modelos lo hagan. Voy a pedirte que me pintes, aunque me asusta cómo me verás.

Aquellas palabras trajeron recuerdos a su memoria. En una ocasión había pintado a su madre.

—Jessie, cariño, has pintado mi alma—le había dicho al verse retratada.

Si al menos pudiera ver la oscura alma de su marido...

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Elegiremos juntos las obras.

Después de aquella agradable llamada, se sentía más segura. Aquella sensación la acompañó durante el resto del día y para cuando se sentó a cenar con Gabe, estaba decidida a hacer las paces. No podían seguir así, puesto que había mucho en juego. Estaba a punto de decírselo cuando el teléfono sonó.

—¡Es una niña! —gritó Damon—. Y a pesar de que ha nacido con tres semanas de antelación, está bien. Ni siquiera necesita estar en la incubadora.

—Enhorabuena —dijo Jess sonriendo—. ¿Qué nombre vais a ponerle?

—Todavía no lo sabemos —dijo y después de unos segundos, preguntó—. ¿Vendrás a visitarnos? A Kayla le gustaría.

—Claro, iré mañana.

Sería un largo viaje de ida y vuelta, pero podría aprovechar su tiempo a solas para aclarar sus ideas.

—Estaré esperando.

Preocupada por el tono de aquel último comentario, colgó y dejó el auricular.

—Kayla ha dado a Luz a una niña.

—Iremos juntos en avión, será más rápido.

—No tienes que ir.

—Saldremos a eso de las siete.

—De acuerdo —respondió ella, sabiendo perfectamente por qué quería acompañarla. No confiaba en ella ni en la más inocente de las situaciones.

***

A mediodía del día siguiente, iban de camino en un taxi del aeropuerto al hospital.

—Vas a pasar mucho tiempo alejado de la finca.

—Es necesario.

—Yo no diría eso.

—Jess, no vamos a hablar de eso ahora.

Ella se giró y contempló el paisaje de la ciudad desde la ventanilla.

—Richard me ha vuelto a llamar esta mañana. Está pensando en que la exposición tenga lugar en un mes —dijo mientras llegaban a la entrada del hospital.

Salió del taxi con el ramo de flores que había comprado en el aeropuerto y esperó a que Gabe pagara al taxista.

—Eso te mantendrá ocupada —dijo mientras se dirigían hacia la puerta.

—¿Como un niño con un lápiz? —preguntó Jess apretando con fuerza el ramo.

—Precisamente te estás comportando como una niña ahora mismo —replicó él apretando el botón de llamada del ascensor.

—¿Por qué? —dijo ella entrando en el ascensor—. ¿Acaso estás pensando en respetarme a mí y a mi trabajo?

—El respeto se gana.

—Cierto.

Salieron del ascensor unos minutos más tarde y siguieron andando en silencio. Al entrar en la habitación, encontraron a Damon sentado junto a la cama de Kayla. Por la expresión de sus rostros, aquel silencio no era una buena señal.

Jess se sintió como una intrusa, pero la pareja se alegró al verlos. Tuvo la extraña sensación de que cualquier interrupción los habría alegrado.

—¿Cómo estás? —preguntó Jess a Kayla, dejando las flores en la mesilla—. ¿Y el bebé?

—Es un encanto—dijo sonriendo satisfecha—. ¿Quieres sujetarla?

—¿Puedo?

—Espera, te la daré —dijo Damon feliz.

Jess se apenó al verlo tomar el bebé de la cuna. Siempre había

soñado con tener hijos con Damon.

Una mano la tomó por el hombro. Era el silencioso recordatorio de a quién pertenecía. Respiró hondo y tomó al bebé entre sus brazos.

—Es preciosa.

—Es nuestra pequeña cosita, ¿verdad, Cecily? —sonrió Kayla—. Vamos a llamarla Cecily Elizabeth Hart.

—Me gusta —dijo Jess acariciando la delicada piel de Cecily

En unos meses, ella también sería madre de un bebé. Sonriendo, se giró hacia Gabe.

—¿Quieres tomarla?

—No —dijo él tensando los músculos de su mentón.

Jess se sorprendió. No podía creer que Gabe se mostrara tan frío ante un bebé. Se giró y le entregó el bebé a Kayla. De pronto, sintió náuseas y tuvo que respirar hondo varias veces seguidas para calmarse.

Kayla la observó detenidamente y después se giró hacia su marido.

—¿Por qué no me traes uno de esos zumos de la máquina del pasillo?

—Claro —dijo Damon y miró a Gabriel—. Estoy en deuda contigo por lo de la otra noche. Deja que te invite a un café.

Gabriel aceptó la invitación.

—¿Estas embarazada, verdad? —preguntó Kayla una vez los hombres se hubieron ido.

—¿Acaso tienes un radar?

—Deben de ser las hormonas —respondió Kayla besando en la frente a Cecily—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy deseando verle la cara.

Acababa de descubrir aquel deseo unos minutos antes. Pero a la vez, le había surgido una nueva preocupación: si Gabe reaccionaba así ante un bebé, ¿qué clase de padre sería?

—A mi me pasaba lo mismo —dijo Kayla sonriendo e hizo una pausa—. ¿Por qué no somos amigas, Jess?

Sorprendida por aquella pregunta, Jess asintió.

—Ya lo somos.

—No, no entiendes—dijo Kayla sujetando a Cecily contra su pecho—. No sé si podré salvar mi matrimonio teniéndote cerca.

Aquella acusación fue como un puñetazo en pleno rostro.

—Nunca faltaría a mis votos matrimoniales ni le pediría a Damon que lo hiciera.

—Lo sé. No es eso lo que pienso de ti. Pero el verte me recuerda lo que ha dejado a un lado. Le he pedido que nos mudemos de Kowhai, quizá a Hawkes Bay. Tengo familia allí y le será fácil encontrar trabaja

Jess odiaba ser el motivo de la infelicidad de la otra mujer.

—Confío en que podáis arreglar las cosas.

Damon apareció en aquel momento y dejó el zumo en la mesilla, junto a las flores.

—Aquí tienes. Gabe te trae un café —le dijo a Jess—. Bueno, ¿y de qué habéis estado hablando vosotras dos?

—Parece que también hay que dar la enhorabuena a Jess y Gabe —dijo sonriendo—. También están esperando un hijo.

El rostro de Damon se quedó helado unos segundos antes de poder reaccionar.

—Esa es toda una noticia.

—¿Cuál? —dijo Gabe entrando por la puerta—. Toma, Jess —añadió ofreciéndole el café.

Jess se acercó a él.

—Oh, es sólo... —comenzó, pero Damon ya había comenzado a responder.

—El bebé —dijo sonriendo y Jess se percató de que su expresión era forzada—. Debes de estar muy contento.

Capítulo Once

Jess se dio cuenta del momento en el que Gabe cayó en la cuenta. Estaba a su lado y se percató de la tensión de su cuerpo. Pero al hablar, no mostró sorpresa en su voz.

—No hay nada en el mundo igual, pero eso ya lo sabes.

—Cierto —asintió Damon.

—Será mejor que nos vayamos.

Jess necesitaba salir de allí y arreglar la situación. Si es que podía hacerlo. Al menos, ni Kayla ni Damon parecían haberse dado cuenta de lo que acababa de pasar.

—Hay muchas cosas que hacer en la finca.

—Gracias por venir —dijo Kayla, sin apartar la mirada de su marido mientras se despedía de Jess.

—Si alguna vez me necesitas... —susurró Damon mientras abrazaba a Jess.

—Cuida de tu familia —dijo ella y girándose, se fue con el hombre que debía ser su apoyo, a pesar de lo frío e intocable que era.

—¿No vas a decir nada? —dijo Jess una vez en el avión.

—¿Qué quieres que diga?

—Lo siento. Kayla lo adivinó y enseguida se lo contó a Damon.

Él se giró y la miró. Sus ojos estaban llenos de ira.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Necesitaba tiempo para hacerme a la idea. Nunca pensé que nadie pudiera adivinarlo antes de decírtelo.

No dijo nada más y el silencio entre ellos permaneció durante toda la siguiente semana. Los únicos sonidos entre ellos eran los gemidos de placer en la cama.

Jess sabía que no sólo tenían que hablar del embarazo, sino de cómo se había comportado Gabe con Cecily en el hospital. Pero no podía hacerlo, así que se entregó a su trabajo. A pesar de todo, ni siquiera su pasión por la pintura evitaba que dejara de pensar.

Y la razón la aterrorizaba. A pesar de que no dejaba de repetirse que aquel matrimonio estaba basado en la conveniencia y no en el amor, había comenzado a aceptar a Gabriel como su marido y no tan sólo de palabra.

La noche en que había acudido con ella a ayudar a Kayla y Damon, había alterado el modo en que lo veía. El cambio había ocurrido poco a poco, pero aquel hecho había dejado a un lado las ideas preconcebidas que tenía de él. Ahora, no estaba segura de haberse dejado engañar por una ilusión.

Se quedó mirando el lienzo y la yegua que estaba pintando.

—Si pudiera montarte y alejarme de todo...

Lo cierto era que eso ya lo había hecho una vez, aunque ahora estaba convencida de que el año que había pasado en Los Ángeles había sido inútil.

Había sido Gabriel quien la había enviado allí, con la promesa de que volvería. La había dejado ir, hacer lo que quería. ¿Lo convertía eso en un buen hombre o había sido su manera de jugar con ventaja para salirse con la suya? Después de todo, aquel año de libertad, suponía estarle agradecida aún más.

Jess no sabía la respuesta de ésa ni de ninguna otra pregunta. Frustrada, comenzó a dibujar. Las horas pasaron y, por fin, pudo dejar de pensar y concentrarse en lo que estaba haciendo.

Gabriel estaba hablando con Jim acerca de los arreglos que había que hacer en los barracones en los que se quedaban los esquiladores cuando llegaba la época. Apenas podía concentrarse puesto que tenía toda la atención puesta en Jess.

—¿Qué? —dijo al ver que Jim esperaba una respuesta.

—¿Estás bien, Gabe?

No, no lo estaba. En lo único en que podía pensar era en lo distante que estaba Jess desde el día del hospital. Damon le había hablado sobre los planes que tenía de mudarse y ésa debía de ser la causa.

Sorprendido por la ira que sentía al ver que Jess no podía olvidar a aquel hombre, Gabe no había hecho ningún intento de acortar distancias con ella. Excepto por la noche. Ese era el momento en que se aseguraba de ser él el único hombre en su cabeza.

—¿Por qué no lo dejamos para otro momento? Eso no es urgente ahora.

—Claro —dijo Jim arqueando una ceja—. De todas formas, no me estás escuchando.

—Lo siento.

—Menos mal que no me ofendo fácilmente —sonrió—. Los barracones pueden esperar, pero hay otros asuntos que no.

—Espera una semana.

—Está bien —dijo el capataz y giró la cabeza hacía uno de los hombres que lo llamaba—. Tengo que irme.

Gabe tenía muchas cosas que hacer, incluyendo comprobar el acceso del sur, que tenía algunas puertas estropeadas. Aquella carretera era usada por camiones de gran tonelaje. Kowhai estaba bien para pequeñas compras, pero el grueso de las provisiones eran traídas en camión o en avión. Lo que le recordaba que tenía que hablar con uno de los contratistas para que le trajera algunas cosas más.

Con aquel pensamiento, levantó la cabeza y vio humo saliendo de los establos. A continuación vio llamas. Su corazón se detuvo. Jess estaba allí.

Todo se borró de su mente y se concentró en rescatarla. No dejó de dar instrucciones a los hombres. Había un sistema diseñado en Angel para el caso de que hubiera un incendio y los hombres reaccionaron con precisión militar tratando de impedir que el fuego se propagase.

Uno de los caballos salió asustado al entrar Gabe. Tosiendo debido al humo, evitó pensar en que Jess podía haber resultado herida por la coz de alguno de los animales asustados.

El incendio era mucho peor de lo que parecía desde fuera.

—¡Jess!

No tenía ni idea de dónde podía estar, pero siguiendo su instinto fue hasta los dos establos que habían sido ocupados ese día. Si no estaba equivocado, su esposa estaría intentando salvar a los animales.

—¡Jess! ¡Jessica!

Se agachó tratando de permanecer bajo el humo.

El sonido de un relincho lo alertó de que el otro caballo seguía atrapado. Unos segundos más tarde, lo encontró junto a Jess. Estaba

tratando de guiar al caballo fuera, pero el animal estaba demasiado asustado para colaborar

Las lágrimas corrían por el rostro de su esposa. Sabía que no sería capaz de dejar allí al animal.

—¡Jess! —dijo tomando las riendas—. Vete.

Ella no discutió. Gabe hizo que el caballo se moviera en la misma dirección, chocándose contra ella y haciéndola caerse. Enseguida soltó al animal, que corrió hacia la salida y tomando a Jess entre sus brazos, siguió el sonido de los cascos.

Cuando dio con la salida, sintió el aire fresco llenándole los pulmones. Alguien trató de tomar a Jess, pero él se negó a soltarla hasta asegurarse de que estaba ilesa.

—Estoy bien —dijo ella acariciándole la mejilla.

Aquellas palabras eran lo que él necesitaba oír.

Unas horas más tarde, Jess fue en busca de su marido. El doctor Mackey la había examinado y le había confirmado lo que ya sabía, que estaba bien.

Encontró a Gabe junto a las humeantes ruinas. Los establos habían quedado hechos añicos, pero el resto de los edificios no habían sufrido daños gracias a la rápida reacción de los hombres y mujeres de la finca.

—Lo han hecho muy bien —dijo ella, acercándose a su marido.

—¿Qué estás haciendo levantada? —preguntó él ocultando su rostro bajo el sombrero—. Se supone que tienes que descansar.

—El doctor Mackey no ha dicho nada de eso —dijo tosiendo.

—¿Qué pasó dentro? —preguntó él, poniendo los brazos en jarras.

Paradójicamente, aquella postura agresiva la calmó. Había temido que el fuego reviviera malos recuerdos, pero por lo que estaba comprobando, se mostraba tan frío como siempre.

—No lo sé. Me quedé dormida.

—¿Dormida?

—Pasé la noche vomitando.

—¿Y te quedaste dormida en los establos?

—¿Qué te pasa? Nadie ha resultado herido y los caballos están bien.

Gabe respiró hondo como si tratara de tranquilizarse.

—¿Dónde te quedaste dormida?

—Sobre una bala de paja. Me estaba mareando y me tumbé encima.

—Podías haber muerto —dijo él manteniendo el control, por lo que Jess adivinó lo enfadado que debía estar.

—Me desperté cuando los caballos comenzaron a dar golpes. Pude abrir los establos, pero Starr no quería salir.

—Así que decidiste arriesgarte para salvarla.

—No podía dejarla allí. Estaba muy asustada.

No podía creer que estuviera discutiendo por aquello. Había visto lo mucho que él se preocupaba por todos los animales de la finca.

—Deberías haber salido de allí inmediatamente.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió mirándola como si deseara estrangularla—. Porque la paja arde rápidamente y el edificio era de madera.

De repente, se percató de que tenía razón. Si no hubiera ido a buscarla, podía haberle ocurrido algo serio. Pero algo en su interior no quería admitirlo.

—Tenía que sacar a los caballos. Estoy bien Gabe. De verdad. Y el bebé también.

—He entrenado a los hombres para las urgencias. Podían haber rescatado a Starr con menos riesgos.

Su mirada gélida le hizo tener la extraña sensación de que se estaba comportando así porque había temido por su seguridad.

—Perdóname por tener un corazón. Quizá si fuera como tú —dijo sin pensar—, habría sido capaz de dejar a ese pobre caballo allí.

Él fue a decir algo cuando Jim apareció y le dijo algo al oído. Su rostro se ensombreció y supo que habían dado con la persona responsable del fuego.

—Que vaya a mi oficina.

Jess esperó a que el capataz se fuera.

—¿Qué ha pasado?

—Me ocuparé de todo.

—Entonces, no te importará que vaya contigo —dijo dando un paso hacia él.

—Esto es un asunto de negocios.

—Pero soy tu esposa.

—No eres esa clase de esposa. No quiero ni necesito que te entrometas.

Ella lo miró con los ojos entornados. Estaba intentando enfadarla para que se fuera y se preguntó cuántas veces habría caído en la trampa.

—Eso es problema tuyo.

—Haz lo que quieras, pero no te interpongas.

Dejó el sombrero en el escritorio del estudio y se pasó la mano por el pelo, quedándose de pie.

Un joven apareció en la puerta un minuto más tarde. Jess no había visto nunca a nadie tan asustado. Lo había visto un par de veces en los establos y había admirado sus dibujos.

—Cierra la puerta.

Corey obedeció y se mantuvo lo más alejado posible de Gabe.

—Te doy un minuto para que me convenzas de que no llame a la policía.

Por unos segundos, su rostro parecía a punto de descomponerse. Pero se mantuvo firme y miró a Gabe a los ojos.

—No ha sido intencionado, señor —dijo tragando saliva—. Estaba fumando. Tiré la colilla y pensé que la había pagado.

Jess vio cómo Gabe apretaba los puños. Nunca antes le había visto así. Parecía al límite y eso la asustaba.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí trabajando?

—Un año, señor.

—Y en ese año, ¿has aprendido las reglas?

Corey bajó la cabeza.

—Sí, señor.

—Dime cuál es la primera regla.

—Nada de fumar en Angel, en ningún sitio de Angel.

Jess no sabía eso, pero ahora que reparaba en ello, no había visto a nadie llevarse un cigarrillo a la boca. Y eso no era habitual.

—Estás despedido. Sal de esta propiedad y no vuelvas nunca más.

—Lo siento, señor —dijo Corey y girándose hacia ella, añadió—. No pretendía hacerla daño, señora Dumont.

—Lo sé —dijo ella.

—Señor, si usted me echa de Angel, nadie volverá a contratarme.

Jess sabía que el muchacho tenía razón, pero Gabe no respondió a su súplica.

—Necesito trabajar —dijo Corey frotándose las manos en los pantalones.

—Sal de aquí. No me hagas repetírtelo.

Corey salió de la habitación cabizbajo. Jess esperó a que saliera y entonces se acercó a Gabe y lo tomó por el brazo.

—Gabe, quiero...

—Te dije que no intervinieras, Jess. No se te ocurra defenderlo.

—¿Por qué no? ¿Porque el pasado te ha cegado tanto que no puedes ni escuchar?

—Es asunto mío cómo lleve la finca.

—Bueno, también es mía desde que te casaste conmigo. Así que has de escuchar lo que tengo que decir.

—¿O si no qué? —dijo él—. ¿No te acostaras conmigo?

—Tiene una hija de tres años. La madre huyó dejándole con el bebé cuando Corey tenía dieciséis años.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque me enseñó una foto y me pidió que alguna vez le hiciera un retrato. Él se ha ocupado de la niña, pero tuvo que dejar el instituto. Es el único trabajo que conoce. Si le echas, no tendrá otras opciones.

—Conocía las reglas y no las ha cumplido. Tiene suerte de que no lo haya denunciado.

—Pero... —dijo apretándole el brazo.

—Vete, Jess. Tengo que comenzar a rellenar los papeles para el seguro —dijo fríamente y se soltó de su mano.

Jess sintió que algo en su interior se quebraba.

—Pensé que eras... Tienes un bloque de piedra por corazón.

Gabe oyó el portazo al salir Jess.

Tenía razón. Con apenas diez años, había perdido a su familia y desde entonces, no había tenido intención de encariñarse con nadie. Ni con Jess ni con nadie. Ella lo sabía antes de casarse con él, así que ¿por qué se mostraba tan sorprendida?

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Sam?

—Hola, Gabe —dijo Sam, propietario de unos de los más importantes viñedos de Marlborough—. ¿Qué hay de nuevo?

—Necesito un favor.

Jess estaba tan enfadada con Gabe que cerró la puerta que comunicaba sus habitaciones con llave. A pesar de todos los problemas que había habido entre ellos, era la primera vez que lo hacía. Sabía que la acusaría de hacerse la fuerte empleando el sexo como arma.

Pero la verdad era más simple a la vez que más complicada. No sólo se había olvidado de cómo había reaccionado ante Cecily, sino que ahora tenía más pruebas de lo insensible que era al no querer perdonar a Corey. Y no se veía capaz de dormir con un hombre capaz de tanta crueldad.

Se le hizo un nudo en la garganta. Estaba de acuerdo en que Corey había cometido un gran error, pero todo el mundo merecía una segunda oportunidad. Aun así, Gabe estaba al mando y había despedido a Corey sin pensárselo. No sabía si aquel acto se debía al dolor de décadas o a una fría venganza.

Lágrimas comenzaron a correr por su rostro y se llevó la mano al vientre. Una vez más, se preguntó qué clase de padre sería. Si le resultaba tan fácil condenar a Corey, quizá llegara un día en que renegara de su hijo por no cumplir las reglas.

Era demasiado fácil de imaginar y eso le dolía. Gabe había tenido siempre la habilidad de herirla con sus despiadados comentarios, pero había podido soportarlos, resguardándose en su amor por Damon.

Pero aquel cobijo ya no estaba allí y temía preguntarse por qué. Lo único que sabía en aquel momento es que Gabriel tenía línea directa con sus puntos más débiles y ésa era una realidad que no podía dejar que averiguara.

Se quedó dormida con aquel pensamiento en la cabeza. Cuando se despertó, era demasiado tarde. Gabriel la estaba llevando a su cama y ella lo rodeaba por el cuello. Su cuerpo la había traicionado incluso en sueños.

—¿Qué estás haciendo?

—Llevándote adonde perteneces —dijo él sentándose en la cama con ella sobre su regazo.

—¿Y si no quiero estar aquí? —dijo ella poniendo una mano

sobre su pecho desnudo.

El respondió besándola y ella se agarró a él como si fuera un salvavidas en mitad de una tormenta. Claro que ésa no era más que otra de sus ilusiones.

Ella se separó y miró su rostro imperturbable.

—Ahora mismo no me gustas demasiado.

Aquel comentario ni le inmutó.

—Eso no importa. Aun así me deseas —dijo acariciando su muslo y besándola en el cuello.

Ella, contuvo la respiración y trató de apartarse, pero él la sujetó y haciéndola tumbar en la cama, se tumbó sobre ella.

—Tenemos pasión y eso es suficiente —añadió él.

—¿Y qué me dices del amor? —susurró Jess, preguntándose si la habría oído.

—El amor es para tontos.

Aquéllas fueron las últimas palabras antes de que sus cuerpos continuaran su particular conversación acerca de deseos inconfesables. Pero mientras Jess se dejaba llevar por lo que le hacía Gabe, se percató de que había algo diferente. A pesar de que nunca le había hecho daño en la cama, esa noche era más cuidadoso y sus caricias derrochaban una ternura desconocida. Pasó horas recorriendo su piel. Al final, ella se rindió a aquella extraña ternura que le suponía un paso más hacia lo desconocido.

Después de hacer el amor aquella noche, Jess confió en ver algún cambio en su relación, después de aquella nueva intimidad que habían compartido. Pero a pesar de haberse preparado para aquel cambio, las horas se convirtieron en días y Gabe parecía alejarse más de ella.

Estaba ocupada preparando la exposición mientras Gabe se ocupaba de la reconstrucción de los establos, además de prepararse para la época de esquilado. Pero a pesar de eso, parecían estar más distantes cada día.

Eso no la habría alarmado si no hubiera sido porque Gabe evitaba hablar del bebé. Al principio, él estaba demasiado ocupado para acompañarla al doctor para una revisión y no reparó en ello.

Pero casa vez que sacaba el lema, él se mostraba más distante y

nunca hacía preguntas. Por una parte, pensaba que era su imaginación, puesto que el embarazo la había convertido en una tormenta de hormonas. Pero por otra parte, estaba convencida de que había algo que no iba bien.

Los días pasaron y no quiso presionarlo. Las cosas iban relativamente bien entre ellos y así habrían seguido si no hubiera contestado el teléfono de la oficina una noche.

—Angel Station —dijo y dio un sorbo a su café, con la mente puesta en la exposición.

—Jess, ¿eres tú? —dijo una voz femenina y seductora— ¿Te has convertido en la secretaria de Gabe?

De repente, el café se le atragantó.

—Hola, Sylvie. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito hablar con Gabe de algo. Bueno, ya sabes que queda poco para el aniversario.

Jess apretó el auricular.

—Has sido muy amable al llamar.

—No podía dejar de hacerlo, ¿verdad? Me refiero a que no mucha gente conoce la verdad. Imagino que tú sí, ¿verdad?

Jess sabía que la otra mujer estaba siendo malvada a propósito, pero no podía evitar sentirse herida. Lo cierto es que Sylvie podía hacer lo que estaba haciendo gracias a Gabe. El había decidido mantener a su esposa al margen de todo lo que importaba.

En aquel momento, apareció Gabriel.

—Espera, Sylvie. Gabe ya está aquí —dijo entregándole el auricular.

Tomó su café y se fue. Esta vez evitó la tentación de quedarse a escuchar y salió a sentarse en los escalones de atrás. Las estrellas brillaban sobre su cabeza y apenas podía disfrutar de aquella bonita imagen debido al dolor que sentía.

No se movió de allí ni siquiera cuando escuchó los pasos de Gabriel unos minutos más tarde. Se sentó detrás de ella, rodeándola con sus piernas y apoyando el pecho en su espalda.

—¿Qué te ha dicho Sylvie?

Jess dejó la taza y se rodeó con sus brazos sin sorprenderse por aquella pregunta.

—No te preocupes, no me ha contado tus secretos —dijo fijándose en la estrella más brillante.

Gabriel acarició su brazo.

—Sylvie y…

—No quiero saberlo —contestó Jess. Podía pasar el resto de su vida sin saber qué tipo de relación tenía con Sylvie—. Eres mi marido y me gustaría disfrutar de lo que eso significa.

—Jess.

—Alimentos, protección, sexo. Los tres básicos. ¡Ah! y un bebé. Eso también me lo has dado. Pero no pareces desearlo.

—Me ocuparé de que no le falte nada a nuestro hijo.

—¿Al igual que haces conmigo? ¿O con Sylvie?

—Ya hemos tenido esta conversación antes.

—No creo que me estés engañando, Gabe. Al menos no con tu cuerpo —dijo y soltándose de sus caricias, se puso de pie y se giró para mirarlo—. Pero, ¿por qué le cuentas a ella cosas que a mí me ocultas?

El no se levantó, pero por su voz, era evidente que se había enfadado.

—Mira quién fue a hablar.

—De acuerdo, metí la pata. Debería haberte dicho lo del bebé en cuanto lo supe, en vez de que te enteraras por Damon.

—Muy amable de tu parte —respondió él con ironía.

—No pretendas que se trata de una tontería —dijo ella decidida a acabar con aquel silencio—. Llegué a este matrimonio consciente de lo que hacía. Me casé contigo a pesar de la clase de hombre que eras. Pero nuestro bebé no ha podido hacer ninguna elección, así que no me importan tus confidencias con Sylvie o cómo me ignores, no estoy dispuesta a dejar que hagas daño a este niño. Darás a nuestro hijo el cariño y el respeto que se merece.

Finalmente, él se puso de pie.

—¿Has acabado?

—No —dijo ella demasiado enfadada como para dejarse intimidar —. Querías una esposa y un hijo y eso significa que tienes que ser un marido y un padre. Mejor dicho, olvídate de ser un marido decente y procura ser un buen padre.

—No quiero ser padre.

Sorprendida, se quedó de piedra.

—¿Qué?

—Me equivoqué cuando te lo pedí.

Jess no acababa de aceptar lo que estaba escuchando.

—¿Me estás pidiendo que...? —dijo ella llevándose la mano al vientre.

—Claro que no. No soy un monstruo —dijo con el rostro en penumbra—. Pero no esperes que sea un padre cariñoso. Me ocuparé de que no le falte de nada, pero quiero que vaya a un internado en cuanto sea lo suficientemente mayor.

—¿Qué te pasa? Estás hablando de nuestro bebé, no de un mueble.

—Hablo en serio —dijo en tono frío—. Ese niño no se va a quedar en esta casa más tiempo del necesario.

Un terrible pensamiento cruzó por su cabeza.

—¿De veras crees que te he engañado? ¿Es por eso? ¿Acaso crees que el bebé no es tuyo?

—No digas tonterías, Jess. Sé que soy tan responsable de eso como tú.

—¿Responsable de eso? Estamos hablando de nuestro bebé, Gabriel —repitió ella tomándolo por los brazos—. ¿Cómo puedes decidir enviarlo lejos?

—Aquí termina esta discusión —dijo soltándose de ella.

Ella se quedó inmóvil viéndole entrar en la casa. Y entonces, como si un ángel se lo hubiera susurrado al oído, lo supo.

—Esto es por ellos.

—No tiene que ver más que con el reconocimiento de haber cometido un error. No quiero un hijo y no quiero ser padre.

—¿El hecho de que el aniversario del incendio es dentro de dos días no tiene nada que ver?

—Hace tiempo que no pienso en ello. Para mí es un día más —respondió dando un portazo tras él.

Jess se sentó en un escalón y se abrazó las rodillas. No sabía qué hacer, pero no había perdido la habilidad de pensar. El aniversario era en dos días y fuera lo que fuese que Gabe no quería contarle, tenía que ver con el incendio y su familia. Además, su nueva postura hacia el embarazo, no tenía sentido.

Jess se puso de pie frotándose los ojos, dispuesta a regresar a la casa. Tenía que haber un motivo para aquella inexplicable reacción. Porque si no era así, no había ninguna esperanza para aquel matrimonio.

***

A pesar de lo que había dicho dos noches cuando soltó la bomba acerca del bebé, Jess había confiado en que Gabe hiciera algún tipo de comentario sobre el aniversario. Sin embargo, pasó el día ocupado en sus negocios como de costumbre, al igual que los demás.

—¿Es siempre así? —preguntó a la señora Croft.

—Sí desde que trabajo aquí —respondió la otra mujer recogiendo los platos—. No le des importancia, Jess. Era un muchacho cuando pasó. Es normal que lo haya olvidado.

Jess se preguntó si de verdad lo había olvidado. Estaba segura de que la noche anterior había tenido otra pesadilla. Después de unos segundos con la mente en blanco, tomó las llaves del coche.

—Voy a la casa de la finca Randall —le dijo a la señora Croft—. Quiero ocuparme del jardín, pero regresaré antes de que oscurezca.

—Se lo diré a Gabe. ¿Quieres llevarte algo para comer?

La señora Croft le preparó un bote con fruta fresca y un termo de té caliente. Mientras conducía de camino, Jess se preguntó si debería haberle dicho a la señora Croft el verdadero motivo de su viaje, pero finalmente decidió que había hecho lo correcto. Cualquiera que la buscara, daría con ella fácilmente.

El camino entre Angel y lo que una vez había sido su hogar le resultaba ahora familiar. Salió del coche y pasó la siguiente hora trabajando en el jardín. Cortó un buen ramo de flores y llevó algunas a la tumba de sus padres.

—Os echo de menos —susurró—. Pero estaré bien. Es increíble cómo algo tan pequeño en tu interior, puede darte tanta fuerza.

Después se metió en el coche y regresó a Angel.

Una vez dentro de la finca Dumont, había que seguir conduciendo unos quince minutos hasta llegar a la casa principal. De pronto, se extrañó al ver una de las camionetas que se empleaban para las labores de la finca aparcada. ¿Quién más había ido a presentar sus respetos?

Detuvo el coche. Se bajó tomando las flores y rodeó la camioneta. Se sorprendió al ver al hombre que estaba agachado frente a una pequeña lápida. Se habría ido si él no la hubiera visto.

—Traigo unas flores.

No había tristeza en el rostro de Gabriel, pero cada una de las tres tumbas tenía unas flores encima. Conteniendo las lágrimas, Jess colocó las que llevaba.

—Lo siento —dijo encontrándose con aquellos impenetrables ojos verdes—. No quería interrumpir.

—No hay nada que lamentar —dijo él poniéndose el sombrero—. Tengo que irme.

Y rápidamente se marchó. Pero esta vez no la había engañado. Se había preocupado de visitar las tumbas de sus hermanos. Levantó la mirada y observó que Gabe no había dejado nada sobre las tumbas de sus padres.

No había ninguna duda de que había querido mucho a sus hermanos, pero aquel vacío en las tumbas de sus padres era una muestra de que había una parte de la historia que se le escapaba. ¿Qué había ocurrido con Stephen y Mary Dumont? ¿Y por qué seguía su marido tan enfadado?

Durante los días siguientes, Jess trató de hablar con Gabe, pero fue como darse contra un muro. Sus discusiones eran tan fuertes que cuando llegó a Auckland para la exposición, estaba emocionalmente hundida.

—¡Jess!

Se sobresaltó al oír su nombre y encontrarse con la señora Kilpatrick.

—Gracias por venir a recogerme.

—No es nada. Estoy muy contenta por ti. Richard ha creado mucha expectación para la exposición, así que estoy segura de que será un éxito.

—Tengo la impresión de que usted también tiene mucho que ver en ello.

Jess sabía perfectamente de los contactos sociales que tenía la señora Kilpatrick.

La otra mujer ignoró el comentario, pero no pudo evitar sonrojarse.

—Vayamos al hotel. Son las once, así que tienes tiempo suficiente para prepararte para la inauguración. Richard te ha dicho que es a las siete, ¿verdad?

—Sí —asintió Jess, aunque se sentía ajena a todo aquello.

—¿Y Gabriel? ¿Vendrá más tarde? —preguntó la señora Kilpatrick abriendo el maletero para que Jess dejara sus cosas.

—No creo que pueda llegar a tiempo —respondió tratando de disimular su decepción—. Está muy ocupado.

—Oh, es una lástima.

Al cabo de una hora, Jess estaba comiendo en el restaurante del hotel, con Richard. Era un hombre tan encantador e inteligente como por teléfono y era evidente que habían congeniado enseguida.

—Mi querida Jess, creo que vamos a tener una larga y exitosa relación —le había dicho sonriendo, saludándola con un beso en la mejilla—. El tener un talento como el tuyo al que cuidar hace que vuelva a tener fe en mi trabajo.

Aquel cumplido estimulaba su profesionalidad, pero emocionalmente seguía hundida.

—Gracias.

Cuando se marchó para acabar los preparativos de la galería, ella regresó a su habitación y colgó el vestido rojo que pensaba ponerse para la inauguración de aquella noche. A la vista de los cambios de su cuerpo, casi le quedaba estrecho así que era la última oportunidad de ponérselo en una temporada.

Después de aprovechar para hacer algunas compras, regresó al hotel para cambiarse. Richard le había pedido que estuviera, en la galería una hora antes. Estaba arreglándose cando el teléfono sonó haciendo que su corazón diera un vuelco. Quizá Gabe había cambiado de opinión.

—¿Hola?

—Jessie, ¿adivina dónde estoy?

La sonrisa se borró de su rostro.

—¡Damon! —exclamó sentándose en la cama— ¿No se supone que estás en Hawkes Bay?

—Lo estaba, pero cuando llamé anoche a mis padres y me dijeron que ibas a exponer, pensé que no me podía perder tu primera exposición. Mamá llamó a la señora Kilpatrick y ahora soy uno de los invitados. En estos momentos estoy en Hamilton, pero llegaré a Auckland antes de que empiece la fiesta.

—¿Qué pasa con Kayla y Cecily?

—Están en casa. Kayla no quería hacer el viaje con el bebé.

—Claro, Cecily es muy pequeña para un viaje tan largo.

—Pensé que estarías feliz. No hemos tenido ocasión de vernos desde el hospital.

—Tienes una esposa y una hija, Damon. Vuelve a casa con ellas o Kayla dejará de esperarte.

—¿Cómo tú, Jess? —dijo él susurrando—. ¿Has dejado de esperarme?

—Siempre seré tu amiga —respondió ella cerrando los ojos.

—Estropeé las cosas cuando te dejé ir.

—No, no lo hiciste. Te casaste con una mujer que te amaba y tienes una hija preciosa. No lo eches a perder

Se hizo una pausa. Jess se había dado cuenta de que nunca la haría feliz.

—Creo que fui un egoísta pretendiendo que tú también me amaras. Pero ya no queda nada entre nosotros, ¿verdad?

—Así es. Ya no hay nada.

No estaba segura de que lo hubiera habido alguna vez. Y eso la asustaba puesto que dudar de lo que durante un tiempo había creído una verdad irrefutable sólo quería decir que algo más intenso había surgido. Algo más fuerte y más real que la ilusión de un sueño de adolescente.

—Cuida bien de tu familia, Damon.

—Ten cuidado, Jess. Él no...

—Calla —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Conduce con cuidado.

—Espero que te hagas rica y famosa.

Jess colgó y continuó arreglándose. Si no se hubiera dado cuenta de sus verdaderos sentimientos por Damon, no habría reparado en la razón que había detrás y que eclipsaba todo lo demás.

***

Jess entró en la galería sintiéndose como una impostora. Se quitó el abrigo, lo dejó en el perchero y se miró en el espejo que había a la entrada. El color del vestido iba muy bien con su pelo, pero era la forma en que el material se ajustaba a su cuerpo lo que le hacía extraordinario.

Debería haberse sentirse sexy y segura, pero no podía dejar de pensar que el hombre al que más deseaba gustar no iba a estar allí

esa noche. Ella no era lo suficientemente importante para él y eso le dolía.

—¡Jess! Estás impresionante —dijo Richard, iluminándosele el rostro al verla y ofreciéndole su brazo—. Vas a ser una estrella. ¿Te he dicho ya que sólo se puede asistir con invitación? No quiero por aquí estudiantes de arte que sólo vienen a comer.

Jess rió.

—¿Cuánto estás pidiendo por mis cuadros?

—Mucho.

—¿Crees de verdad que la gente pagará por un artista desconocido?

—Harán lo que yo les diga —dijo con mirada divertida—. Les estoy dando la oportunidad de descubrir a alguien que llegará muy lejos. Y ya saben que nunca me equivoco.

Jess confió en que sus palabras la animaran, pero aun después de llegar los primeros invitados y de escuchar los halagos, seguía sintiéndose ausente. A pesar de estar en Auckland, su mente se había quedado en Mackenzie Country por una razón que ni siquiera quería considerar.

Acababa de deshacerse de una pareja muy habladora, cuando Richard la tomó por la cintura.

—Si estás buscando un marido rico que financie tu trabajo, el señor Matthews cree que eres toda una obra de arte.

—Pues dígale al señor Matthews que esta obra ya tiene dueño.

Jess se quedó de piedra al escuchar aquella profunda voz masculina. Rápidamente sintió que Richard retiraba su mano y en su lugar se colocaba otra más fuerte y musculosa. Toda ella se estremeció.

Capítulo Doce

Richard dio un paso atrás.

—Jess, querida, dile a este apuesto caballero que tienes a tu lado que estaba bromeando.

Saliendo de su estado de sorpresa, sonrió.

—Richard, te presento a mi marido Gabriel.

Observó cómo los hombres estrechaba sus manos, sintiendo que el corazón se le derretía. Gabe había ido a pesar de que le había dicho que estaba muy ocupado para acudir. Eso sólo quería decir una cosa.

—Veo que allí hay un comprador potencial —dijo Richard y se excusó.

Jess se giró hacia Gabe.

—Has venido —dijo y en ese momento se dio cuenta de que estaba tenso.

Su sonrisa desapareció.

—¿Qué estás haciendo, Jess? ¿Dónde está?

—¿Quién?

La expresión de él se volvió más oscura.

—Kayla está histérica. Me ha llamado para que te pida, que no te quedes con su marido.

—Eso responde a la pregunta de por qué te has molestado en venir —susurró dolida.

—Jess, querida —la voz de la señora Kilpatrick fue toda una bendición—. ¿Puedo separarte de tu marido? Quiero hablarte acerca de una posible comisión.

—Claro —respondió aprovechando la ocasión de apartarse de Gabe.

El tiempo fue pasando y se las arregló para mantenerse alejada de él hasta casi el final, cuando se detuvo frente a una pieza que tenía un cartel que decía que no estaba a la venta. Era una imagen de Randall Station, uno de los pocos paisajes que había en la exposición.

—Hogar —dijo Gabe leyendo el título y apareciendo por detrás de ella—. Pero ahora tu hogar está en otro sitio, ¿verdad?

—No, un hogar es un lugar seguro, donde la gente no piensa lo peor de uno.

El acarició su hombro con delicada ternura.

—¿Serviría de algo si me disculpo?

Sorprendida ante la idea de verlo pidiendo disculpas, respondió con la verdad.

—No lo sé.

—Primero esa llamada cuando estaba a punto de salir para Auckland. Luego llego aquí y te veo vestida como si estuvieras esperando a un amante —dijo deslizando la mano por la espalda de Jess—. Quizá he llegado a una conclusión errónea.

—¿Quizá? —preguntó, pero se había quedado sorprendida por lo que había dicho antes de eso—. ¿Ibas a venir antes de que Kayla llamara? Pensé que estabas muy ocupado.

—He sacado tiempo.

Un rayo de esperanza se abrió entre el dolor. Entonces, apareció Richard a su lado. Quería que fuera a despedirse de algunas personas.

La siguiente vez que estuvieron a solas fue en el ascensor del hotel, de camino a la habitación de Jess.

—No puedo imaginar lo que Kayla debe sentir —dijo observando el rostro de su marido—. ¿Qué ocurre? —preguntó al ver cómo cambiaba la expresión de Gabe.

Siguió su mirada y el estómago se le hizo un nudo. Todo lo bueno que había ocurrido aquella noche, se esfumó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó mirando al hombre que estaba sentado en la alfombra junto a la puerta de su habitación.

Damon se puso de pie.

—Quería hablar contigo cara a cara.

—Te dije lo que tenía que decirte por teléfono —dijo Jess bajando la voz al ver una pareja que pasaba— Te dije que volvieras a casa con tu esposa —añadió mientras abría la puerta y entraba en su habitación.

Hasta entonces, Gabe no había dicho ni media palabra y en aquel momento, apoyó el brazo en el umbral de la puerta y se giró bloqueando la entrada a la habitación.

—Creo que Jess lo ha dejado bien claro.

—Vete, Damon. Lo que tuvimos ya acabó. Creo que lo nuestro no

estaba destinado a perdurar.

—¿De veras le prefieres a él? Todo el mundo sabe que te casaste con él por su dinero.

—No sabes nada de mi matrimonio —repuso ella— Por favor, no estropees nuestra amistad y vete.

—¿Así que puede hacer lo mismo que su padre hizo con su madre? —gritó Damon.

Aquella pregunta llamó la atención de una camarera que pasaba en aquel momento y que se apresuró con su carro en dirección contraria.

—¿Qué? —dijo Jess frunciendo el ceño, consciente de que Gabe se había quedado mudo.

—Mi madre solía trabajar en Angel antes del incendio. Conoce todos los secretos —dijo extendiendo el brazo hacia ella—. No voy a dejarte aquí con este bastardo para que te deje toda llena de cardenales.

Gabe lanzó su puño contra la mejilla de Damon, que acabó en el suelo. Jess se colocó ante Gabe y apoyó las manos en su pecho.

—No, Gabe, por favor—rogó Jess.

Finalmente, Gabe bajó las manos y las apoyó en la cintura de Jess, que se sintió aliviada.

—No voy a marcharme de aquí hasta que no me digas que no me amas —gritó Damon.

Jess sintió que el mundo se detenía. Sus ojos se encontraron con los de Gabe. Damon trataba de ponerse de pie, frotándose la mandíbula y mirándola de una manera por la que en otro momento lo habría dado todo.

—No te amo —dijo conteniendo las lágrimas.

—Estás mintiendo.

—No, Damon —dijo sacudiendo la cabeza, tratando de hacerle ver la verdad en sus ojos—. No miento. No sé si alguna vez te he amado.

Se había aferrado a él tras perder a su madre, a su padre e incluso su hogar. Él era el único recuerdo que le quedaba de su infancia.

—Quizá no me ames, pero estoy seguro de que a él tampoco, ¿verdad?

—Eso es entre Gabe y yo. No tienes derecho a hacerme esas preguntas.

—Jess...

—Vete a casa, Damon. Vete antes de que pierdas a Kayla también.

Acababa de perder su amistad. No podía continuar respetando a un hombre que había ignorado todo lo que le había dicho.

Con expresión hundida, Damon pasó junto a ella. Entristecida, se dio media vuelta y entró en su habitación. Era como si se hubiera roto el último lazo que la unía al pasado. El futuro se abría ante ella y sólo estaba segura de una cosa: estaba enamorada de Gabriel Dumont.

Había tardado mucho en darse cuenta, cegada por ilusiones juveniles. Había visto en Damon lo que había querido ver, poniéndole en un pedestal y llevándolo hasta una perfección de fantasía.

Gabriel no era perfecto. Podía ser muy distante y no podía esperar de él ternura. Pero aun así, se había enamorado de él. Porque aunque no fuera perfecto, era un hombre íntegro que respetaba sus votos y promesas.

No era tan inocente como para pensar que la amaba, pero Gabe era capaz de amar tal y como las mujeres soñaban con ser amadas. Sólo que se empeñaba en mantener sus sentimientos ocultos tras una barrera tan alta, que Jess estaba empezando a perder la esperanza de poder atravesarla.

La puerta se cerró con un clic.

—Siento lo que ha pasado —dijo ella acercándose a la ventana.

—Creo que le has roto el corazón.

No sabía si estaba siendo irónico.

—Sabrá sobreponerse. Siempre lo ha hecho.

Su amigo de la infancia seguía siendo eso, un niño. Porque mientras Damon había estado en su vida, había pensado que nada había cambiado, cuando la verdad no era ésa.

—Y si le queda algo de sentido común, intentará salvar su matrimonio.

—Es difícil saber qué pasará —dijo tomándola por los hombros.

—¿Qué es lo que quieres, Gabe? —dijo ella apoyando las manos en el cristal, mirando las luces de la ciudad—. He admitido que no lo amo. ¿No es eso suficiente?

—Nunca he sido violento contigo —dijo él masajeando la tensión

de sus hombros.

Sorprendida por la inesperada referencia a la acusación de Damon, trató de buscar el reflejo de su mirada, pero estaba oculto en la oscuridad.

—¿Qué ha querido decir con lo de tus padres?

—Mi padre amaba a mi madre —respondió él con tristeza—. La amaba tanto que la quería sólo para él, aunque tuviera que encerrarla en el sótano para conseguirlo.

Ella apoyó su mano sobre la de él, deseando llorar.

—¿Acaso os hizo daño a ti y a tus hermanos?

—Angélica era muy pequeña —fue su respuesta—. No debería haber puesto una mano sobre ella.

—Todos erais muy pequeños.

—No me gusta hablar del pasado.

—Pero puede surgir en cualquier momento, como acabas de ver —dijo ella consciente de que no podía obligarle a hablar—. Soy tu esposa. Trátame como me merezco.

Soltando sus hombros, la rodeó por la cintura y la atrajo hacia él.

—Nunca pensé que serías capaz de darle un puñetazo a otro hombre.

Parecía haberse dejado llevar por sus emociones cuando el control lo era todo para él.

—La violencia forma parte de mi familia.

—Eres demasiado listo para aceptar una explicación tan sencilla —dijo ella apoyándose en él y dejando de luchar contra el efecto que le producía—. Cualquiera habría hecho lo mismo en tu lugar.

—¿Me estás defendiendo, Jess?

—Estoy diciendo la verdad.

—También lo hacía Damon —dijo él después de un largo silencio—. Aunque lo cierto es que mi padre rara vez pegaba a mi madre. Prefería debilitar su espíritu y así no dejar huellas. Hasta el día en que trató de encerrar a Angélica en el sótano.

Jess tenía tanto miedo a interrumpirle que apenas se atrevía a respirar.

—Mi madre le hizo frente, aunque entonces no lo supe. Aquella noche, mi padre perdió el sentido por una borrachera y ella aprovechó para darnos un vaso de leche a cada uno.

—Odias la leche —dijo ella sin pensar.

—Creía que no lo sabías —dijo él abrazándola con más fuerza.

—Ya te lo he dicho, soy tu esposa.

—Mi madre también lo sabía y nunca me obligaba a nada —dijo él con voz calmada—. Aquel día, eché la leche en una maceta cuando ella no miraba. Después, cuando todos dormían, me escapé de casa para ir a explorar un estanque que había a una milla de casa. Cuando regresé, la casa estaba en llamas y cuando traté de entrar, la gente que había ido a ayudar me lo impidió.

Ella acarició su brazo.

—Pero te quemaste.

—Fui más rápido que ellos y entré en el pasillo antes de que una viga cayera.

—El fuego —susurró Jess, sintiendo un pellizco en la boca del estómago—. Fue tu madre.

—Estoy seguro de que la leche tenía alguna droga. Se comprobó que nadie intentó salir. Y hubo pruebas de que el fuego podía haber sido intencionado —dijo con voz firme—. Asumieron que había sido mi padre, pero yo sabía que no podía haber sido él. Cada vez que perdía el sentido, permanecía en aquel estado al menos ocho horas o más.

Lo único que deseaba era abrazarlo. Pero, ¿aceptaría aquella muestra de ternura?

—Dijeron que fue un accidente. Es una ciudad pequeña y los hombres que estaban al mando en aquel entonces, era buenos amigos de mi padre. Decidieron que la verdad tan sólo serviría para convertir mi vida en un infierno, así que lo ocultaron. No fue hasta que tuve dieciséis años que me confirmaron lo que ya sabía.

Aturdida por lo que acababa de conocer acerca del hombre que era su marido, trató de buscar las palabras adecuadas.

—Tú no eres como él.

—Suficiente, Jess—dijo él acariciando su pelo hacia atrás y besándola en el cuello—. No quiero volver a hablar de esto nunca.

No le gustaba darse por vencida, pero ya habían llegado demasiado lejos. Se giró en sus brazos y dejó que la tomara bajo su calor masculino.

La siguiente semana transcurrió en una nube de felicidad. Gabriel

no era un príncipe azul, pero era capaz de hacer derretir a una mujer con su sonrisa. Y últimamente, sonreía mucho.

Así que cuando Jess se encontró a Corey en el supermercado, se sintió mal por haberse olvidado de lo duro que había sido. Se le había olvidado aquel aspecto de la personalidad de Gabe. Podía ser despiadado, pero le dolía pensar en él como incapaz de perdonar.

Estaba a punto de darse media vuelta e irse, cuando Corey la llamó. Se acercó hasta él y la pequeña niña que llevaba en brazos y sonrió.

—Hola.

—Ella es Christy, mi hija —explicó, como si temiera que no lo recordase.

—Encantada de conocerte. Tu padre me ha hablado mucho de ti.

La niña se ocultó junto al cuello de su padre, pero Jess vio que sonreía. Se sintió peor.

—Corey, siento lo que pasó.

Corey sacudió la cabeza.

—Fue culpa mía. El señor Dumont tenía razón al estar enfadado —dijo mirando a su hija—. Yo también me habría enfadado si hubiera estado en su lugar. Quería decirle que he dejado de fumar.

—Eso está bien —dijo ella, sorprendida por su falta de amargura—. ¿Todavía quieres que le haga un retrato?

—¿Lo haría? —preguntó val verla asentir, sonrió—. ¿Podría hacerlo a partir de una foto?

—Claro, si es eso lo que quieres.

—Es que no estaremos mucho tiempo en la ciudad. He venido a recoger a mi madre y a Christy. Necesitaba tiempo para preparar las cosas —sonrió—. El trabajo con los vinos es diferente, pero creo que incluso me gusta más que trabajar en la finca.

Jess se sintió aliviada al darse cuenta de que debía de haber encontrado empleo en la región de los viñedos.

—Me alegro mucho por ti.

—Será mejor que nos vayamos. Me alegro de verla, señora Dumont.

—Yo también, Corey. Buena suerte con tu nuevo trabajo —dijo ella.

—Por cierto, quería darle las gracias.

—Gracias, ¿por qué?

—Por hablar con el señor Dumont. Imaginé que debía de haber sido usted. Si no hubiera llamado a su amigo de Marlborough, habría estado buscando trabajo de por vida.

Jess se las arregló para sonreír.

—Conduce con cuidado.

—Gracias. Y no se preocupe, esta vez no lo estropearé.

Al verlo marcharse, puso la mano en una de las estanterías y trató de aclarar su mente. Gabe no sólo la había escuchado sino que había reaccionado. Pero, ¿por qué no se lo había contado?

Porque quería mantener las distancias con ella. Mientras lo tuviera por un hombre severo, nunca confiaría en él y eso era justo lo que quería. Para su marido, alguien que había perdido a todos los que quería, su falta de confianza era más fácil de asimilar que su amor y su atención.

Jess esbozó una sonrisa. Era una lástima para Gabe lo que acababa de descubrir de él.

Feliz por su descubrimiento, deseaba hablarle de sus sentimientos y darle la oportunidad de ser el hombre que sabía que era. Había pensado hacerlo en la cama, consciente de que tenía que elegir bien el momento.

—¿Quieres saber si será niño o niña o prefieres que sea una sorpresa? —preguntó aquella noche, sentada en el sofá de su estudio.

—No lo quiero saber.

—¿De veras? No sé si seré capaz de soportar el suspense.

—No es eso a lo que me refería —dijo dejando el documento que estaba leyendo—. Ya te he dicho que no quiero ser padre. No me mezcles en nada en lo que no sea estrictamente necesario.

Jess se quedó mirando su imperturbable rostro, tratando de encontrar alguna muestra de ternura.

—Pero Gabe, ahora que lo hemos aclarado todo... Tú no eres como él, no tienes que preocuparte de hacer daño a tu hijo.

El rodeó su mesa hasta quedarse frente a ella.

—No intentes sicoanalizarme basándote en algo que apenas conoces. Ya he tomado una decisión.

Sintiendo que se le helaba la sangre, Jess se levantó.

—No hablas en serio.

El se pasó la mano por el pelo.

—No ignoraré al niño, si es eso de lo que tienes miedo. Sólo lo quiero lo más lejos posible.

—¿Y crees que enviar a tu hijo a un internado le hará sentirse querido?

—Me ocuparé de todo lo que necesite el niño.

—Entiendo. El cariño no es parte del trato.

—Nunca lo ha sido.

Jess se estremeció ante aquellas palabras, que harían desaparecer sus sueños y esperanzas.

—Pues para mí sí lo es. No voy a dejar que le niegues eso a nuestro hijo.

—Nunca te mentí acerca de quién era yo.

—Pensé…

Ella sacudió la cabeza, por haberse enamorado de un hombre que no existía ni siquiera en su imaginación. Se sintió horrorizada por lo cerca que había estado de declararle su amor a alguien que no lo quería. Se rodeó con sus brazos y trató de contenerse para no llorar delante de él.

—Pero los hombres como tú no pueden cambiar, ¿verdad?

—¿Por qué habría de hacerlo?

Aquella pregunta de la noche anterior se repitió en la cabeza de Jess, mientras estaba sentada en los escalones de la que había sido una vez su casa. Pero Randall Station ya no lo era desde hacía tiempo. Ahora su casa era Angel a pesar de que Gabe no se había dado cuenta.

Había sacrificado todo por salvar a aquella casa, pero no estaba dispuesta a hacer lo mismo con su hijo. El niño no sería un prisionero como ella ni sería obligado a crecer sólo y aislado con el único propósito de mantener a salvo la herencia de los Randall.

¿Para quién si no estaba manteniendo aquello a salvo sino para la vida que llevaba en su interior? Sí, le rompería el corazón irse de allí y dejar el legado de sus padres a la merced de los constructores. Pero se repondría. Lo que nunca podría perdonarse sería si permitiese que su hijo fuera apartado de sus brazos sólo por el inexplicable cambio de opinión de Gabe de no ser padre.

—Lo siento, papá —dijo poniendo la mano sobre el vientre—. Siento no poder mantener mi promesa, pero sé que lo entenderás.

Había sido una estúpida por creer que podría sobrevivir a un matrimonio de conveniencia y por ver a Gabriel Dumont como su caballero de brillante armadura. No era un caballero, ni siquiera estaba dispuesto a darle lo que ella más necesitaba.

Quizá había perdido la habilidad de amar mucho antes del incendio, al ver el modo en que su padre trataba a su madre. Quizá la había perdido la noche en que Angel se convirtió en un infierno que se llevó todo lo que siempre había querido. O quizá fuera a ella a la que no podía amar. No sabía la respuesta, pero no estaba dispuesta a que su hijo sufriera la misma estupidez.

Se levantó, fue al coche y lo encendió. Mientras se alejaba, tan sólo se permitió mirar una vez más por el retrovisor. Las lágrimas amenazaban con hacerla perder el control, pero resistió hasta que perdió de vista la casa. Luego se detuvo y dejó que las lágrimas corrieran.

Cuando llegó al lugar que se había convertido en su hogar, estaba más tranquila. Subió a su habitación, hizo la maleta y la bajó antes de dirigirse a su estudio. Allí, empezó a guardar los materiales de pintura en una pequeña bolsa. Le pediría a la señora Croft que le enviara sus cuadros cuando encontrara un lugar donde quedarse.

—¿Qué demonios estás haciendo, Jess?

Cerró la bolsa y miró al hombre que se había convertido en el centro de su vida durante los últimos meses.

—Te dejo.

Sus ojos verdes brillaron bajo su sombrero.

—Si crees que voy a salir detrás de ti, no me conoces.

Ella respiró hondo.

—No espero que lo hagas. Teníamos un trato y soy consciente de las consecuencias —dijo ella cruzándose de brazos—. Sé que venderás Randall Station y no voy a impedírtelo. Legalmente es tuyo.

—Según el acuerdo prenupcial, el primer pago no se hará hasta que transcurran dos años de matrimonio.

Debería haber imaginado que obtendría aquella fría respuesta.

—No quiero tu dinero—dijo como si fuera la más dura muestra de rechazo—. Me llevará un tiempo, pero ahora que tengo una fuente de ingresos, te pagaré lo que te debo. Y tampoco te preocupes

de mantener al bebé. No me parece justo teniendo en cuenta de que preferirías que no estuviera embarazada.

—No seas ridícula, Jess. No quiero que nadie diga que he dejado a mi esposa embarazada en la calle.

Ella recogió la bolsa con sus cosas.

—De acuerdo. Tienes derecho a mantener al niño, pero no quiero nada más de ti.

Él le bloqueó el paso.

—¿Por qué este cambio? Estabas de acuerdo con este matrimonio hace un año.

Debería haber mentido, pero ya no le parecía una buena opción. Quizá fuera que ya estaba harta de ocultar cosas, pero fuera lo que fuese, le dijo la verdad.

—Hace un año no te amaba.

Capítulo Trece

Gabriel se quedó en silencio después de aquella confesión y Jess tuvo que controlarse para no dejar escapar toda la angustia que sentía. Le dejó llevarle la maleta hasta el coche y él le preguntó que adónde iba.

—Te llamaré —fue su respuesta.

Lo cierto es que no sabía cuál sería su destino. Lo único que sabía era que tenía que irse. Se dirigió hacia Kowhai y pensó en acudir a Merri Tanner, pero rechazó la idea un segundo más tarde. Merri era buena amiga suya, pero su marido lo era de Gabe. No le parecía justo situarlos en medio de sus problemas.

Al final, continuó conduciendo hasta que se hizo de noche y el cansancio la obligó a buscar un motel. Tardó horas en dormirse. Fue durante aquellas solitarias horas cuando aceptó el hecho de que nunca podría vivir cerca de Mackencie Country. Era una pequeña comunidad y no podría evitar escuchar cosas acerca de Gabe y encontrarse con él en los eventos sociales. Necesitaba olvidarlo y encontrar la manera de olvidar lo que sentía su corazón.

Al día siguiente, se levantó temprano y se dirigió al aeropuerto de Christchurch. Después de dejar el coche en el aparcamiento, llamó a Angel Station y dejó un mensaje a Gabe diciéndole dónde podía recoger el vehículo.

Después, hizo una llamada a otro hombre.

***

Gabriel colgó el teléfono, tratando de no destrozar el auricular con su mano. Jess no lo había llamado. Sí el hombre al que había acudido Jess no se hubiera sentido obligado a informarle de que su esposa estaba bien, no habría sabido adonde se había dirigido después de haber dejado el coche en el aeropuerto tres días atrás.

Anotó la dirección que le dio y trató de revisar algunas facturas. Jess lo había dejado y lo había hecho convencida. No había nada que discutir. Tenían un acuerdo y lo había roto, aunque sabía que la

culpa era suya. Nunca debería haberla dejado embarazada. Se ocuparía de mantenerla a ella y al bebé. El no era un hombre que no cumpliera con sus responsabilidades.

El bolígrafo se partió por la fuerza de su mano y se manchó los dedos de tinta azul. Maldiciendo, tiró los trozos a la basura y se fue a lavarse las manos. Después, se dirigió hacia el estudio de Jess y no hacia el suyo. No se había acercado a aquella habitación desde el día en que se fue. Encendió la luz y contempló las pinturas que había dejado.

Se sintió orgulloso al ver su talento. Sus paisajes tanto urbanos como rústicos eran asombrosos, pero sus retratos era donde destacaba. Había historias detrás de aquellas pinceladas, desde un juvenil Corey hasta una sonriente señora Croft en la cocina.

El retrato de Damon estaba entre los demás, confirmando lo que había dicho aquella noche en el hotel. Jess había madurado, dejando su inocente e infantil amor por un hombre que nunca sería lo suficientemente bueno para ella. Y ahora, había dejado también a su marido.

Dejó los retratos apoyados en la pared y salió del estudio.

A pesar de lo tarde que era, el sonido de un coche llegar, lo distrajo. En parte esperaba que Jess se hubiera dado cuenta de su error y hubiera vuelto. Abrió la puerta entusiasmado y atravesó el porche. Pero la mujer que estaba saliendo del coche no era la que esperaba ver.

—¿Qué estás haciendo aquí, Sylvie?

Ella esperó a que se acercara al coche.

—Acabo de volver de un viaje a Wellington y me he enterado de lo que ha ocurrido entre Jess y tú.

El oír el nombre de su esposa hizo que todo su cuerpo reaccionara con una mezcla de deseo e ira. Era suya y no debía abandonarlo.

—Gabe —dijo Sylvie poniendo una mano sobre su brazo—. Lo que pasó entre nosotros estuvo bien.

—Terminamos hace mucho tiempo y no recuerdo que ninguno de los dos derramase lágrimas cuando nos separamos.

—Podríamos volver a intentarlo —dijo ella decidida—. Estoy preparada para sentar la cabeza y tú también. Ella no era la mujer que necesitabas.

En aquel momento, Gabriel supo sin ninguna duda que Sylvie

aceptaría no tener hijos. Nunca le había pedido más de lo que estaba dispuesto a darle. Por eso su relación había funcionado. Eran dos adultos que apenas habían invertido emocionalmente en su relación.

—No, Sylvie. No podemos volver a intentar lo que nunca existió.

Ella palideció.

—Ella nunca te conocerá como yo te conozco.

—La única razón por la que sabes lo que pasó en el incendio es porque oíste a tu padre hablando con el coronel una noche —le recordó—. Nunca me has conocido.

Y nadie, incluso el padre de Sylvie, sabía la verdad de lo que había ocurrido.

Gabriel sólo se lo había contado a una persona, la única persona en la que confiaba lo suficiente para no contárselo a nadie más o usar aquellas información en su contra. Era muy dulce, leal y cariñosa. Y se había dado cuenta de ello desde el día que le propuso matrimonio.

—¿De veras crees que Jess puede llegar a ser la esposa que quieres?

—Puede que no —respondió él—, pero es la esposa que necesito.

—Ni siquiera está aquí —dijo Sylvie.

Era cierto. La había dejado marcharse. Era la cosa más estúpida que había hecho, pero algunos errores podían ser corregidos. Jess era su esposa y así iba a seguir siendo. No estaba dispuesto a dejar que se saliera con la suya.

Jess había aceptado el ofrecimiento de Richard y estaba en su apartamento durante la semana que él iba a estar en Australia.

Lo había llamado para preguntarle dónde podía alojarse y él había insistido en que se quedara cuidándole su casa. Se habían visto la noche en la que él salía de viaje y le había insistido para que descansara y reconsiderara volver junto a su apuesto esposo. En lugar de eso, no había dejado de trabajar, haciendo dibujos en un cuaderno que había comprado en una tienda cercana. Pero por la noche se sentía terriblemente sola.

Después de una larga mañana sin poder sacarse a Gabriel de la cabeza, decidió pasear hasta la galería. Quizá Trixie, una de las asistentes de Richard, quisiera ir con ella a comer. Parecía estar a

punto de llover, así que confiaba en que Trixie conociera algún sitio por allí cerca.

Empujó la puerta de cristal y se detuvo al ver la figura de un hombre dentro.

—¿Gabe?

Todo su cuerpo se estremeció.

—No estabas en el apartamento.

—¿Tenías que venir hasta aquí para alguna reunión? —preguntó ella, jugueteando con su bolso.

Parecía un hombre de negocios con sus pantalones oscuros y su impecable camisa verde, aquella que tantos recuerdos le traía. El impacto emocional fue brutal. Claro que seguro que él no había reparado en ello al ponérsela.

—Sí, una reunión muy importante —dijo y se acercó a ella—. Vayamos a dar un paseo —añadió abriéndole la puerta.

Le debería haber dicho que no, pero se había sorprendido tanto al verlo que salió sin decir palabra. Fue el frío aire del invierno el que le devolvió a la realidad.

—¿De qué quieres hablar? —dijo tratando de impedir que su presencia la alterara, como le había ocurrido desde que lo conociera —. ¿Quieres que firme algo para acelerar el divorcio?

—Trixie me ha dicho que hay un parque por aquí cerca —dijo él.

Había un extraño brillo en sus ojos verdes.

—¿Ibas a llamarme alguna vez? —preguntó él al llegar a un estrecho camino que desembocaba en el parque.

—Quería encontrar un apartamento primero. Pensé que te sería más cómodo sabiendo adonde tenías que enviar mis cosas y mis cuadros —mintió. No se veía capaz de hablar con él.

El se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—¿Y no pensaste que podía estar preocupado?

El camino terminó. Jess necesitaba tiempo para pensar y desvió la mirada hacia el solitario parque. Seguramente, no había nadie debido al mal tiempo. Había nubes espesas en el cielo y parecían a punto de descargar en cualquier momento. Enseguida apartó aquellos pensamientos, puesto que Gabe estaba esperando una respuesta.

—No. Sé que no soy una de tus prioridades. Debo de estar entre la reconstrucción de los establos y la revisión de tus libros de

cuentas.

La expresión del rostro de Gabe se volvió tensa.

—Entonces, ¿por qué me amas?

—No lo sé. Eres arrogante, insensible y estás acostumbrado a salirte con la tuya. Si tuviera algo de sentido común, dejaría de amarte en este preciso instante.

—No —dijo tomándola de los brazos.

—No puedes controlar esto, Gabe —dijo ella apoyando las manos en su pecho, con la respiración entrecortada—. Me gustaría que pudieras. Entonces, todo sería como tú quieres y yo sería feliz en lugar de sentirme como si me hubiera roto en mil pedazos.

No estaba dispuesto a dejar que se apartara.

—Si me amas, ¿por qué estás en Auckland? Deberías haberte quedado en Angel. Puedes volver hoy mismo y no diré una palabra.

—¡Sabes por qué estoy aquí! —dijo ella golpeándole en el pecho —. Aunque pudiera aceptar vivir con un hombre que sólo me ve como una posesión...

La besó. Le dio un apasionado e intenso beso que la pilló desprevenida. El cielo tronó, pero no tenía nada que ver con la tormenta de su interior.

—Te necesito.

No podía creer lo que acababa de oír.

—¿Gabe?

—Eres la peor esposa que podía imaginar —dijo él tomándola por el rostro—. Discutes conmigo continuamente, no haces nada de lo que te pido y no puedo dejar de pensar en ti como si fuera un adolescente. ¿Qué hay de bueno en eso?

El corazón de Jess latía con tanta fuerza que apenas podía escuchar sus pensamientos.

—No lo siento.

—No tienes por qué —dijo Gabe apoyando su frente en la de Jess —. Vuelve conmigo, Jessie. No creo que pudiera soportar volver solo a casa.

No estaba dispuesta a ponerle las cosas fáciles.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres que vuelva a casa?

—Eres mi esposa.

—Ese no es motivo suficiente.

—Qué cabezota eres. Ya sabes por qué.

Jess se había dado cuenta del sentimiento que había detrás de aquellas palabras que no era capaz de decir. Pero necesitaba oírlas y si su matrimonio seguía adelante, tenía que darle la ternura que necesitaba.

—Te quiero.

Su mundo se detuvo. Se apartó de él y acarició su mejilla.

—¿Por qué haces que parezca algo malo?

—¿Porqué tienes que cuestionar todo, Jess? Acepta que te quiero y regresa conmigo a casa.

Una gota de lluvia cayó sobre su mejilla.

—¿Qué pasa con el bebé, Gabe?

Él hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Ahí no puedo ceder.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustan los niños y no quiero tener uno cerca.

—Mentiroso —susurró ella, secándose la lluvia del rostro.

El se dio media vuelta y por un momento, Jess pensó que lo había perdido y si no hubiera estado embarazada, habría aceptado su decisión. Pero tenía una vida en su interior y necesitaba luchar por su felicidad.

De pronto, él volvió a girarse.

—Se mueren —dijo Gabe con los ojos llenos de dolor—. Se me había olvidado lo débiles que son los niños hasta que te vi con Cecily en brazos.

Entonces, todo quedó claro. Gabriel no temía hacer daño a su hijo, tan sólo temía encariñarse con él.

—Pero si estás dispuesto a amarme, ¿por qué no puedes amar también a nuestro hijo? —dijo ella, aunque sabía que no era lo que quería escuchar.

El se pasó la mano por el pelo.

—¿Sabes lo difícil que es para mí aceptar tu amor? Perdí cuatro personas queridas en aquel incendio.

Sus lágrimas se mezclaron con las gotas frías que caían del cielo. Ella se acercó a Gabe, pero el cayó al suelo sobre sus rodillas.

—Yo era su héroe—dijo él mientras Jess se arrodillaba a su lado —. Se supone que debía haberlos salvado.

—Gabe...

—Tú eres fuerte, Jess. Sé que puedes cuidar de ti, pero de un

bebé…

—A mí también me asusta —admitió—. Pero no me queda otra opción —dijo Llevándole la mano a su vientre—. Y a ti tampoco. Este bebé te llamara papá y te considerara su héroe porque tú eres esa clase de hombre. No hay nada que puedas hacer para evitarlo.

—No —dijo él agitando con fuerza su cabeza.

Sintiéndose frustrada y temerosa, por fin vio luz al final del túnel.

—Gabe —dijo tomándolo de los hombros—. ¿De veras crees que serías capaz de enviar a nuestro hijo a un internado y confiar su bienestar a unos desconocidos? ¿Crees que así dormirás mejor que sabiendo que está al final del pasillo?

El palideció.

—Querrás a nuestro hijo —continuó Jess, queriendo decir que eso era algo que ninguno de los dos podía evitar.

—No. Tienes razón respecto a lo de enviarlo fuera. Pero es lo único en lo que voy a ceder. Este hijo será tu responsabilidad.

—De acuerdo, Gabe.

Por primera vez, se dio cuenta de que conocía mejor a su marido de lo que él mismo se conocía.

Aquel hombre tenía una capacidad de amar tan intensa, que casi había acabado con él cuando perdió a sus seres queridos. Había admitido que la amaba y estaba convencida de que igualmente abriría su corazón a aquel niño. No tenía ninguna duda de que en cuanto viera al bebé, él mismo se daría cuenta de que sería incapaz de no quererlo.

—Jess —dijo él tomando su rostro entre las manos y besándola suavemente en los labios—. Si alguna vez vuelves a dejarme, no creo que pudiera ser tan razonable.

—¿A esto lo llamas razonable? —dijo ella extendiendo los brazos bajo la lluvia justo en el momento en que un rayo de sol iluminaba su cara.

—Vamos—dijo él poniéndose de pie—. Tienes que secarte. No podemos arriesgarnos a que pilles un constipado.

Tomándolo de la mano, sonrió. Pobre Gabriel, acostumbrado siempre a salirse con la suya. Apenas podía adivinar que su esposa estaba a punto de convertir su vida en algo aún más impredecible.

Jess se había equivocado. Gabe no se encariñó con el niño al verlo, sino que lo hizo en algún momento entre el octavo mes de embarazo y el parto. Recordando su rostro aterrorizado mientras sujetaba a Raphael Michael Dumont entre sus brazos en el hospital, Jess partió el sándwich que tenía en la mano por la mitad y se lo dio al niño que correteaba a su alrededor.

—Aquí tienes, cariño.

—¿Y el de papá? —preguntó el niño de tres años.

—Está en el estudio.

—Yo se lo llevo.

Jess lo siguió con la bandeja de la merienda y cuando llegó al estudio, se encontró a Rafe de pie junto al sofá en el que estaba sentado Gabriel. Rafe estaba riendo por algo que había dicho su padre, que estaba dando un bocado al sándwich mientras acariciaba los rizos del pequeño.

De un salto, Rafe se sentó junto a Gabe.

Jess dejó la bandeja en la mesa y se sentó al otro lado de Gabe.

—¿Molestamos?

—Sí, todo el tiempo. No puedo trabajar.

—Estupendo —dijo ella sonriente, mientras lo abrazaba—. Te pones muy serio cuando te dejamos a solas.

El la estrechó en sus brazos. Al igual que su hijo, se sentía amada.

—Creo que ha llegado el momento de que aprenda a montar — dijo Jess.

—Es demasiado pequeño.

—¿Cuándo aprendiste a montar?

—Ya me ocuparé de enseñarlo —dijo él después de unos segundos.

—Creo que podríamos usar a Daisy. Es una yegua muy dócil.

—Los Tanner tienen un poni que piensan vender.

—Buena idea.

—¿Qué ha dicho Richard de tus nuevas obras?

Jess sonrió al recordar la última conversación que había tenido con el dueño de la galería.

—Dice que aparte de tener muy buen ojo para los hombres atractivos, soy también un genio artístico.

—Eso explica por qué te casaste conmigo —dijo y la besó, haciéndola sentarse sobre su regazo.

Ella se derritió. Los años desde su boda habían intensificado la atracción que había entre ellos.

—Papá —gritó Rafe con un juguete entre sus manos—. Esto no es trabajo —añadió confiando en que su padre se lo arreglara. Para eso estaban los héroes.

Y Gabriel Dumont, en el fondo, siempre había sido un héroe.

Fin


Fin